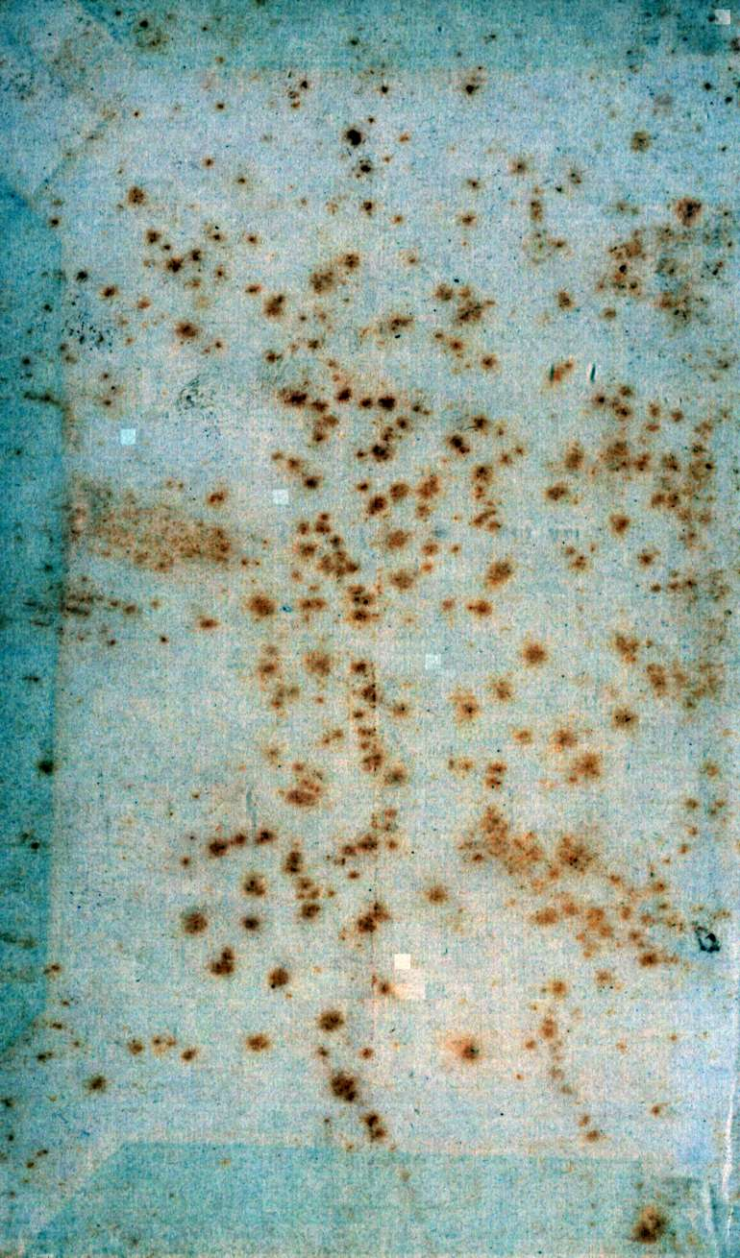

ANT
XIX
187

A. Alvarez

HISTORIA DE UN SPAHI

BIBLIOTECA DE LA SEDE

OBRAS DEL MISMO AUTOR [1]

		Rústica.	Tela.
		Pesetas	Pesetas
Pierre Loti.	*Mi hermano Ives*....	2 50	3
—	*Recuerdos de destierro*.....	2,50	3
—	*Aziyadé*.....	2,50	3
—	*Flores de hastío*.....	2,50	3
—	*El casamiento de Loti*.....	2,50	3
—	*Madame Chrysantherné*.....	2,50	3

(1) Véase al final del tomo el Catálogo de todas las obras de El Cosmos Editorial.

R.67.164

HISTORIA DE UN SPAHI

NOVELA ORIGINAL DE

PIERRE LOTI

VERSION CASTELLANA

DE

P. SAN ROMÁN.

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL,
Arco de Santa María, 4, bajo.

1889.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que exige la ley.

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3, esquina á la de las Huertas.

HISTORIA DE UN SPHAI

INTRODUCCIÓN

I

Descendiendo por la costa africana, después de haber atravesado el imperio de Marruecos, se recorre durante varios días y noches un país interminable y desolado. Es el desierto de Sahara, ese inmenso mar sin agua á que los moros llaman el país de la sed.

Las playas de este interminable desierto tienen una extensión de quinientas leguas, sin un punto de referencia para los navíos, sin una planta, sin un vestigio de vida.

Aquellas soledades en que reina un calor abrasador que aumenta de día en día á medida que se desciende, desfilan ante los ojos del viajero con triste monotonía llenas de movibles dunas y de indefinidos horizontes.

Al fin se ve aparecer en medio de las arenas una antigua y blanca ciudad rodeada de amarillentas palmeras.

Es San Luis de Senegal, capital de la región del mismo nombre.

Una iglesia, una mezquita, una torre y casas á la morisca. Todo esto parece dormir bajo aquel sol abrasador, como duermen las dos ciudades portuguesas que florecieron en otro tiempo en el Congo: San Pablo y San Felipe de Benguela.

Al aproximarse, sorprende al viajero ver que aquella ciudad no esté edificada en la playa y que no tenga puerto ni comunicación con el exterior.

La costa oriental es inhospitalaria como la del Sahara y una interminable fila de escollos impiden á los barcos abordar á élla.

También se ven al acercarse á tierra inmensos hormigueros humanos y millares y millares de viviendas con cubiertas de paja, cabañas liliputienses con puntiagudos tejados donde se alberga un pueblo de negros.

Son dos grandes arrabales de pescadores, *Guet-n'adar* y *U'dar-toute* que separan á San Luis del mar.

Si el viajero se detiene cerca de estos arrabales, pronto ve llegar grandes piraguas de agudas proas conducidas por negros que reman vigorosamente.

Estos negros son verdaderos hércules, admirable-

mente formados; pero su cara recuerda mucho á la del mono.

Al parar los escollos suelen encallar gran número de veces; pero con esa perseverancia propia de su raza y con una agilidad y una fuerza de clonwns, otras tantas ponen á flote su piragua, volviendo después á emprender la marcha.

El sudor y el agua del mar relucen sobre la piel de aquellos hombres medio desnudos que parecen de barnizado ébano.

Al llegar sonriénse con aire de triunfo dejando ver las hileras de sus blanquísimos dientes.

Su traje se compone de un amuleto y de un collar de vidrio. La carga de su piragua es una caja de plomo cuidadosamente cerrada, en que llevan la correspondencia, En ella van las órdenes del gobernador para los navíos que llegan y la correspondencia para las gentes de la colonia.

Cuando se tiene prisa puede uno confiarse sin temor en las manos de aquellos hombres, seguro de ser respetado y depositado sobre la arena sin contratiempo alguno.

Pero es más cómodo seguir el camino hacia el Sur, hasta la desembocadura del Senegal, en cuyo punto se encuentran barcos achatados que conducen tranquilamente á los pasajeros á San Luis por el río.

Este alejamiento del mar es para aquella población la causa de su poco adelanto y de su aspecto triste.

San Luis no puede servir de puerto de arribada á los paquebots ni á los navios mercantes que descienden del otro hemisferio. Se va allí cuando la necesidad obliga, y al pisar aquellas arenas inhospitalarias, parece sentirse uno prisionero y separado por completo del resto del mundo.

II

En el barrio norte de San Luis, cerca de la mezquita, había una antigua y reducida casa aislada, que pertenecía á un traficante del alto río, llamado Samba-Hamet. Estaba blanqueada con cal; sus muros eran de ladrillo agrieteado, sus maderas contraídas por el calor, servían de vivienda á legiones de insectos, hormigas blancas y verdes lagartos. Los marabus que anidaban frecuentemente en sus tejados, castañeteaban su pico al sol, alargando gravemente su pelado cuello hácia la calle recta y desierta, cuando por casualidad pasaba alguien... ¡Qué triste es esta parte de tierra africana! Una frágil palmera paseaba lentamente todos los dias su raquítica sombra á lo largo de la abrasada muralla; este era el único árbol de aquel barrio, el único punto verde en que la fatigada vista podía detenerse. Sobre sus ramas amarillas iban á menudo á detener su vuelo esos diminutos pájaros azules y rosados que se llaman en Francia bengalis. Alrededor todo era arena, siempre

arena. Ni un poco de musgo, ni un arbusto, ni una señal de vegetación sobre aquel suelo abrasado por todos los hálitos del ardoroso y estéril Sahara.

III

En el piso bajo de la casa á que nos referimos, una negra, vieja, horrible, llamada Coura-n'diaye, antigua favorita de un Rey negro, habitaba en medio de los restos de su fortuna, rodeada de sus extrañas vestiduras, de sus pequeños esclavos cubiertos de cuentas de cristal azul, sus cabras, sus grandes carneros y sus flacos y amarillentos perros.

En la parte superior había una gran sala cuadrada, alta de techo, á la cual se subía por una escalera de madera carcomida situada en el exterior.

IV

Todas las noches un hombre vestido de rojo y con turbante musulmán, un spahí subía á la puesta del sol á casa de Samba-Hamet.

Los marabus, que anidaban en esta, le veían venir desde lejos y le reconocían al momento por su aire y por los vistosos colores de su traje, dejándole entrar sin demostrar la más pequeña inquietud, como á una persona largo tiempo conocida.

Era éste un hombre de elevada estatura, de arro-

gante aptitud y de raza blanca, aun cuando el sol africano había tostado ya por completo su rostro y pecho.

Aquel spahí era hermoso en extremo, de una belleza varonil y grave, de grandes ojos brillantes y rasgados como los de un árabe; su turbante echado hacia atrás dejaba escapar un mechón de cabellos negros que caían sobre su ancha y pura frente.

La roja vestidura le sentaba admirablemente y respiraba toda su persona la agilidad y la fuerza.

Era en general grave y pensativo; pero cuando sonreía, su sonrisa tenía una gracia felina que dejaba entrever unos hermosos dientes de extraordinaria blancura.

V

Una noche, el hombre de la roja vestidura tenía aun más que nunca el aire soñador, cuando subía á casa de Samba Hamet.

Entró en la habitación alta, que era la suya, y pareció sorprenderse al encontrarla vacía.

Se aproximó á un gran cofre, apoyado sobre banquillos, chapeado de una placa de cobre y pintado de vivos colores, como esos de que se sirven los Yolofs para encerrar objetos preciosos.

El spahi trató de abrirle; pero le encontró cerrado.

Entonces se tendió en su *tara*, que es una especie

de sofá que fabrican los negros de las orillas del Garubia.

Luego sacó de su pecho una carta, que se puso á leer después de haber besado la firma.

VI

¿Era aquella alguna carta de amor, escrita por alguna linda francesa ó por alguna romántica española al hermoso spahi de Africa, que parecía creado para el amor?

Esta carta nos dará probablemente el nudo de alguna dramática aventura por la cual comience esta historia.

....
.....

VII

La carta que había besado el spahí llevaba el timbre de un oculto pueblo de los Cévenes.

Estaba escrita por una mano temblorosa y poco ejercitada. Los renglones eran desiguales y torcidos, y abundaban las faltas de ortografía.

Decía así:

«Mi querido hijo.»

La presente es para darte noticias de nuestra salud

que, gracias á Dios, es bastante buena; pero tu padre dice que se siente envejecer y el pobre vé tan poco que soy yo, tu madre, la que tiene que escribirte, esperando que me dispenses, hijo mío, pues ya sabes que no sé hacerlo mejor.

«No puedes figurarte, querido hijo, cuántos trabajos estamos pasando desde hace algún tiempo. En los tres años que hace que partiste, nada nos sale bien; la prosperidad, así como la alegría, se han marchado contigo.»

»El año es malo á causa de las grandes heladas que han caído en nuestros campos, y que lo han perdido todo, menos lo de la orilla del camino.

»La vaca ha estado enferma y hemos gastado mucho con élla. Además, tu padre no gana el jornal todos los días, porque prefieren para el trabajo la gente joven, y, en fin, hemos tenido que componer una parte de tejado de casa, que amenazaba ruina.

Bien sabemos que no ganas mucho; pero dice tu padre, que si puedes enviarnos lo que nos has prometido sin hacer un gran sacrificio, nos será muy útil.

»Los Mery podrían prestarnos algo, pues ya sabes que son muy ricos; pero no quisiéramos, por nada del mundo, tener que dirigirnos á éllos.

»Vemos á menudo á tu prima Juana Mery, que está cada dia más guapa. No tiene más gusto que venirnos á ver para hablar de tí; dice que no desea más que ser tu mujer, querido Juan; pero que su

padre no quiere que le hablen de este matrimonio, porque dice que somos pobres y que tú has sido una mala cabeza. Creo, sin embargo, que si ganases los galones de sargento y si te viesen volver al país con tu magnífico traje de militar, no podrían menos de aceptarte por yerno. Entonces podría yo morir tranquila al veros casados. Haríais una casita cerca de la nuestra, y todos seríamos felices. Tú padre y yo hacemos estos proyectos constantemente.

»Enviamos sin falta algún dinero, hijo mio, pues te aseguro que estamos muy necesitados.

»Tu padre sufre mucho al pensar en nuestra situación de este año, y muchas veces, durante la noche, observó que no duerme y suspira. Si no puedes enviarnos mucho, por lo menos envíanos algo.

«Adios, mi querido hijo. La gente del pueblo pregunta mucho por tí y que cuándo vendrás. Los vecinos todos te envian muchos recuerdos; en cuanto á mí, ya sabes que no tengo un momento de alegría desde que te fuiste.

»Te envío un abrazo y tu padre otro.

»Tu madre que te adora:»

FRANCISCA PEYRAL.

VIII

—Juan se apoyó en la ventana y se puso á soñar mirando vagamente el paisaje africano que se extendía ante su vista.

Las puntiagudas siluetas de las casas de los yolofes, hacinadas á sus piés y á lo lejos el mar agitado y la eterna línea de los rompientes africanos. Un sol próximo á desaparecer iluminaba aún con rojiza claridad aquel panorama en cuyo fondo se destacaba el abrasado desierto y un punto en que se detuvieron sus ojos: el cementerio de Sorr, donde ya descansaban algunos de sus camaradas muertos de la fiebre, bajo aquel clima maldito.

¡Oh! volver al lado de los pobres padres! ¡Vivir con Juana en una casita cerca del hogar paterno! ¿Por qué estaba en Africa?.. ¿Qué había de comun entre él y aquel país?.. ¿Qué significaba aquel traje rojo y aquel turbante con que habían cubierto su cabeza?..

Y el pobre guerrero del Senegal pensaba en su aldea...

Cuando el sol desapareció y cayó la noche, sus ideas se fueron haciendo más tristes...

Del lado de *N'dar toute* los precipitados golpes del tán, tán, llamaban á los negros á sus danzas y las casas yolofes se iban iluminando.

Un vientecillo de Diciembre se levantó arrastrando algunos remolinos de arena y haciendo correr un estremecimiento una impresión inusitada de frío por aquel país abrasado.....

.....

La puerta se abrió, y un perro con aspecto fiero, de pequeñas orejas, un verdadero perro indígena de la raza *Caobé*, entró ruidosamente y se puso á dar saltos alrededor de su amo.

Al mismo tiempo apareció una negra jovencita que, alegre y risueña, saludó haciendo una reverencia al modo de su país y diciendo: *¡Keou!* (buenas noches.)

IX

El spahí la miró distraidamente, y la dijo:

Fatou Gayé, abre ese cofre, que voy á sacar dinero.

—¡Dinero!—exclamó Fatan Gayé abriendo mucho sus grandes ojos negros.—¡Tú dinero! repitió la negrita con esa mezcla de miedo y de descaro de los niños que hacen algo malo y temen ser castigados.

Y al decir esto, señalaba con timidez sus orejas adornadas de unos pendientes de oro admirablemente trabajados.

Aquellas joyas de oro puro de Galam tenían una delicadeza maravillosa que sólo los artistas negros tienen el secreto de dar, cuando trabajan á la som-

bra de sus tiendas de campaña sentados en las ardientes arenas del desierto.

¡Faton Gayé acababa de comprar aquellos objetos, largo tiempo deseados, con el dinero del spahi, con cien francos que había ído juntando poco á poco, y eran el fruto de sus economías de soldado que destinaba á sus pobres padres!.....

.....

Los ojos del spahi relampaguearon, y dirigiéndose á donde estaba colgado su látigo, le cogió violentamente dispuesto á castigar; pero antes de descargar el golpe, su brazo cayó desarmado.

Juan Peyral era incapaz de hacer daño á nadie y menos á un ser débil.

No hizo tampoco reproche alguno á la negrita, pues sabía que era inútil.

El solo tenía la culpa, pues debía haber escondido mejor un dinero que tan necesario les era á sus pobres padres.

Faton Gayé sabía muy bien las zalamerías que había de hacer á su amante: enlazábale con sus brazos negros como el ébano formados como los de una estátua y apoyaba su cabeza sobre el pecho del spahí con tal coquetería y abandono, que muy pronto excitaba en él los ardientes deseos que habían de promover el perdón de su falta.....

.....

Y el spahi se dejó caer negligentemente en su *tara*

al lado de la negra, prometiéndose buscar al dia siguiente el dinero que esperaban allá, en la choza, sus viejos padres.....

.....

PRIMERA PARTE

I

Hacia tres años que Juan Peyral había pisado la africana tierra y una gran transformación se había operado en él.

El joven había pasado por varias fases morales. El sitio, el clima, y la naturaleza habian ido ejerciendo poco á poco sobre él todas sus influencias enervantes.

Juan se había deslizado insensiblemente por pendientes desconocidas y era el amante de Faton Gayé, joven negra de raza Khassonkée, que había logrado envolverle en una seducción impura y sensual, en un extraño encanto, como producido por sus misteriosos amuletos.. .....

.....

La historia del pasado de Juan no era muy complicada.

A los veinte años, la *suerte* le había arrancado de los brazos de su madre que lloraba, y había partido,

como otros muchos, cantando con toda la fuerza de sus pulmones para no deshacerse en lágrimas.

Su elevada estatura había sido causa de que le escogieran para caballería, y el misterioso atractivo de lo desconocido le había arrastrado el cuerpo de spahis.

Su infancia había pasado en los Cevenes, en un pueblo ignorado, rodeado de bosques.

Había crecido respirando el aire puro de aquellas montañas como una de sus hermosas plantas.

Las primeras imágenes grabadas en su imaginación de niño habían sido puras y sencillas: su padre, su madre y una casita bajo los castaños.

Todos estos recuerdos estaban grabados en su imaginación con rasgos indelebles.

Desde los primeros años de su vida no quedaba grabado en su memoria más que aquel pueblecillo en que había nacido, ni había en su imaginación otro recuerdo que el de sus bosques, sus peñas y sus arroyos.

En aquellos bosques, donde vagamundeaba todo el día, había tenido sus primeros ensueños de solitario y sus contemplaciones de pastorcillo.

También conservaba de aquellos tiempos un mal recuerdo: el del día en que le enviaron á la escuela del pueblo: ¡un sitio en el que era preciso estarse quieto todo el día!.. Por fin, habían tenido que renunciar á enviarle, porque se escapaba siempre.

El domingo le ponían su traje de día de fiesta y su

madre le llevaba á la iglesia en compañía de su prima Juanita, á la cual recogían al pasar por casa del tío Mery. Después se iba á jugar á la barra con los demás chicos. Sabía que él era el más hermoso de todos y el más fuerte, por lo cual encontraba por todas partes la más completa sumisión en sus compañeros de juego.

Conforme creció, su independencia y aquella necesidad contínua de movimiento que siempre había tenido, se acentuaron mucho más.

A lo mejor se iba en un caballo á dar carreras por los bosques, siempre cargado con una escopeta vieja que motivaba disputas muy frecuentes con el guarda.

Este carácter causaba la desesperación de su tío Mery, que hubiera deseado hacerle aprender un oficio y hacer de él un hombre pacífico.

Sin embargo, Juan era querido de todos, pues tenía buen corazón y, á pesar de su mala cabeza, cuando le reprendían con dulzura, hacían de él lo que querían.

El tío Mery, con sus sermones y sus amenazas, no tenía sobre él la más pequeña influencia; pero cuando su madre le reñía y él comprendía que la había dado algún disgusto, bajaba la cabeza y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Era indómito, pero no libertino, y en su pueblo estaba al abrigo de todo contagio malsano y de precoces depravaciones. Así es que cuando cumplió los veinte años y entró en el servicio, Juan estaba tan

puro y casi tan ignorante de las cosas de la vida como un niño.

II

Después había experimentado sorpresas de todos géneros.

Había seguido á sus nuevos compañeros á sitios en que había aprendido á conocer el amor en medio de todo lo que la prostitución de las grandes ciudades puede ofrecer de más ayecto é indigno.

La sorpresa, el disgusto y al mismo tiempo el atractivo devorador de todo aquello que hasta entonces había ignorado, habían trastornado mucho su ardiente y joven imaginación.

Algunos días más tarde, un navío le había llevado lejos, muy lejos, á través de un mar tranquilo y azul, para dejarle aturdido y confuso aún en las costas del Senegal.

III

Un día de Noviembre, en la época en que los grandes baobats dejan caer al suelo sus últimas hojas, Juan Peyral contemplaba con tristeza aquel rincón de tierra donde su destino le condenaba á pasar cinco años.

El espectáculo sorprendente de aquel país había

halagado su viva imaginación y se sentía poseído de cierto orgullo al retorcer su bigote, cuyas guías se ban alargando rápidamente y al contemplar su turbante, su uniforme rojo, su caballo y su sable.

Se había encontrado hermoso con aquel atavío, y esto le había satisfecho.

IV

¡Noviembre! Esta es la estación más hermosa del Senegal, correspondiente á nuestro invierno de Francia.

El calor es menos fuerte y el viento seco del desierto reemplaza á las grandes tempestades del estío.

Cuando esta estación comienza en el Senegal, se puede con toda seguridad vivir al aire libre, pues durante seis meses no cae una gota de agua en aquel país abrasado un día y otro por un sol devorador...

.....

Esta es la estación de los reptiles. El agua falta en todas partes. Los pantanos se secan y la hierbecilla muere.

Sin embargo, las noches son frías, y á la puesta de sol se levanta generalmente una gran brisa de mar que resuena en las eternas rocas de la playa de Africa y sacude sin piedad las últimas hojas del otoño.

¡Triste otoño que no tiene consigo ni las largas veladas de Francia, ni el encanto de las primeras he-

ladas, ni la recolección, ni los dorados frutos! ¡Nunca dió fruta alguna aquel país desheredado de Dios! ¡Ni aun nacen allí los dátiles del desierto!

La sensación de invierno que se experimenta allí en medio de una temperatura aun tórrida causa á la imaginación una impresión extraña.

Grandes esplanadas caldeadas, tristes, cubiertas de hierba seca en que se elevan por algunos sitios al lado de raquíticas palmeras, colosales baobats cuyas ramas desnudas son habitadas por familias de pájaros y de murciélagos.

V

El aburrimiento se apoderó muy pronto del pobre Juan.

Experimentaba una melancolía que nunca había sentido, vaga, indefinible.

Era la nostalgia de sus montañas, de su aldea y de la choza de sus amados padres.

Los spahis, sus nuevos compañeros, habían arrastrado ya su enorme sable en diferentes guarniciones de la India y de Argelia. En los fumaderos (1) de las ciudades marítimas, donde habían paseado su juventud, habían adquirido ese espíritu burlón y libertino

(1) N. del T.—Establecimientos análogos á nuestros cafés.

que se forma recorriendo el mundo. Conocían en Argot, en Sabir y en árabe cínicos refranes que sabían aplicar con mucha gracia.

Buenos muchachos en el fondo y alegres camaradas, tenían costumbres que Juan no comprendía y placeres que le causaban extremada repugnancia.

Juan era soñador por naturaleza, como casi todos los montañeses. En la población viciosa y positivista de las grandes ciudades no existen los soñadores; pero entre los hombres que se han criado en el campo, entre los marinos y entre los hijos de los pescadores que han crecido en una barca en medio de los peligros del mar, se encuentran hombres que *sueñan*, verdaderos poetas mudos que lo comprenden todo; pero que no pueden dar forma á sus impresiones y son incapaces de expresarlas.....

.....

Juan tenía muchos ratos desocupados y los empleaba en observar y en pensar.

Todas las tardes seguía la playa inmensa y se bañaba junto á las grandes rocas de las costas africanas, divirtiéndose como un niño en dejarse balancear por las enormes olas que le cubrían de arena.

Otras veces andaba sin cesar por el solo placer de moverse, de aspirar con fuerza el aire salado que venía del mar.

Aquellas llanuras, sin fin, le disgustaban; ofendían su vista acostumbrada á contemplar montañas, y el

joven sentía como una necesidad de avanzar siempre como para ensanchar el horizonte, como para ver *más allá*.....

.....

La playa, al crepúsculo, estaba cubierta de hombres negros que volvían á los pueblos cargados de haces de trigo.

Los pescadores también volvían cargados con sus redes y rodeados de ruidosas caravanas compuestas de mujeres y niños.

Las pescas del Senegal son abundantísimas y las redes se rompen bajo el peso del pescado: las negras llevaban sobre la cabeza enormes cestos, completamente cargados, y los niños volvían á sus casas engalanados de coronas de pececillos que formaban ellos mismos enganchándolos unos con otros.

Se veían caravanas pintorescas de moros que desfilaban formando extraños grupos iluminados por aquella luz aun más extraña.

Las últimas claridades del horizonte se extendían por aquel país de arena, y el sol se iba apagando entre sangrientos vapores.

Entonces era el momento en que todo aquel pueblo negro, con el rostro pegado al suelo, hacía su oración de la tarde.

Aquella era la hora santa del mahometano. Desde la Meca hasta la costa de Sahara el nombre de Mahoma repetido de boca en boca, pasaba como un sus

piro misterioso por el Africa, deslizándose suavemente á través del Sudán, y yendo á morir entre aquellos labios negros á la orilla del inmenso mar agitado.

Los ancianos fakires, revestidos con sus túnicas y vueltos hacia el mar, recitaban sus rezos con la frente en la arena.

Toda la playa se cubría de hombres prosternados; reinaba el mayor silencio, y la noche descendía entonces con la rapidez propia de los países del sol.....

.....

Entonces Juan volvía al barrio de los spahís, en el Sur de San Luis.

En la espaciosa sala blanca, cuyas ventanas estaban abiertas, todo estaba silencioso y tranquilo.

Las camas numeradas de los spahís, estaban alineadas á lo largo de los desnudos muros; la tibia brisa del mar agitaba sus mosquiteros de muselina.

Todos los spahís estaban fuera. Juan volvia á la hora en que los demás recorrían las desiertas calles en busca de sus placeres ó de sus amores.

Entonces le parecía más triste aquel barrio aislado y pensaba más que nunca en su madre.

VI

Habia en el barrio de San Luis antiguas casas de ladrillo que se iluminaban por las noches con brillantes luces y á la hora en que todo dormía en la desierta villa, salían de allí ruidos extraños y fuertes vapores de tabaco y alcohol.

Allí los spahis reinaban como señores; allí los pobres guerreros, de rojo uniforme, iban á hacer ruido y á aturdirse, á beber por necesidad ó por apuesta grandes cantidades de alcohol y á gastar lastimosamente la poderosa sabia de su vida.

La innoble prostitución mulata los esperaba en aquellos lugares testigos de inmundas bacanales excitadas por el ajenjo y por el clíma de Africa.

Pero Juan evitaba con horror ir á aquellos lugares de placer, pues era muy juicioso y guardaba sus pequeñas economías de soldado, reservándolas para el dichoso instante del regreso.

Era muy juicioso y sin embargo sus camaradas no se burlaban de él.

El hermoso Muller que era un muchachote alsaciano y que pasaba por un héroe en el barrio de los spahis á consecuencia de su pasado de duelos y aventuras, le demostraba particular afecto; pero el verdadero amigo de Juan era Nyaorfall el spahi negro, un

gigante africano de la hermosa raza Fonta-Diablankue El rostro de este hombre era imposible y en su perfil árabe se dibujaba una leve risa siempre fija en sus lábios siendo su conjunto el de una hermosa estátua de mármol negro.

Este era el amigo de Juan. Nuestro spahi, invitado por él iba muchas veces á su morada indígena de Guet-n'dar, donde Nyaor-fall le hacía sentar entre sus mujeressobre una blanca sábana, ofreciéndole la hospitalidad á estilo de su raza: es decir, dándole á co mer *kouss-kouss*y los *gourous*.

VII

Lo *hermoso de la estación* llevaba un poco de animación á aquellas calles de San Luis parecidas á las de las Necrópolis.

Después de la puesta del sol, algunas mujeres europeas que la fiebre había respetado, paseaban sus trajes al estilo de Europa en la plaza del Gobierno ó en alguna alameda de palmeras de Guet-n'dar. Era como un recuerdo de Europa en aquel país de destierro.

En la gran plaza del Gobierno, que estaba rodeada de simétricos edificios con fachadasblancas, cualquiera se hubiera podido creer en un pueblo europeo del Mediodia, á no ser por aquel horizonte de arena, aquella es planada inmensa que dibujaba á lo lejos su implacable é infinita línea.

Los escasos paseantes se conocían y señalaban mutuamente.

Juan miraba á aquella gente y esta á su vez le miraba á él.

Aquel hermoso spahí, que se paseaba solo con un aire tan grave y tan sereno, daba en qué pensar á las gentes de San Luis, que suponian tenía que existir en su vida alguna aventura novelesca.....

....

Una mujer sobre todo miraba á Juan, una mujer que era más elegante que las otras y más bonita.

Según decian era de raza mulata pero su cutis tenia la blancura del de una parisien.

Blanca y pálida, con cabellos de un rubio rojo,—el rubio de las mulatas—y grandes ojos rodeados de profundas ojeras azules que se entornaban lentamente con una languidez de criolla, parecía esta mujer hecha para desper tar profundas pasiones.

Era la mujer de un rico armador; pero en San Luis la designaban por su nombre cemo á una muchacha de color; la llamaban desdeñosamente Cora.

Venía de París y causaba envidia con sus trajes á las demás mujeres.

Juan notaba que en todo su ser y en su manera de vestirse había una cosa particular, una gracia que las demás no poseian. Veia sobre todo que erahermosa, y cuando le miraba al pasar, que era siempre

que se encontraban, sentia que un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—Te ama Peyral, no hay duda, habia dicho á Juan el hermoso Müller, como hombre entendido en esta clase de aventuras.

VII

Cora le amaba, en efecto, á su manera, á la manera que aman las de su raza, y un día le mandó llamar á su casa para decírselo.....

.....

¡Pobre Juan! los dos meses que siguieron á aquella primera entrevista pasaron para él en medio de encantadores sueños.

Aquel lujo desconocido, aquella mujer elegante y perfumada, turbaban de una manera extraña su cuerpo virgen y su cabeza ardien te. El amor, de que hasta entonces no habia visto más que una cínica parodia, le extasiaba ahora...

Y todo aquello le había sido otorgado sin reservas, de una vez, como las grandes fortunas de los cuentos de hadas.

Sin embargo, se sentía confundido cuando pensaba en el impudor de aquella mujer y en su espontánea confesión.

Pero cuando estaba á su lado, sólo pensaba en el amor que le inspiraba.....

También él cuidaba ahora mucho de la compostura de su persona, perfumándose y peinando su bigote y sus negros cabellos.

Le parecía, como á todos los amantes jóvenes, que la vida acababa de abrirse para él desde el día en que había encontrado á su querida y que toda su existencia pasada no era nada.

IX

Cora también le amaba; pero el corazón tomaba poca parte en este amor.

.....

Era de la raza de mulatos de Borbony, había sido educada en la ociosidad sensual y en el lujo de las criollas ricas; pero siempre había sido mal mirada por las mujeres blancas, que desdeñaban su trato y la rechazaban como á una *joven de color*.

Las mismas preocupaciones de raza la habían seguido en San Luis, y aun cuando era la mujer de uno de los más ricos armadores del país, la consideraban como inferior, pues á pesar de su hermosura y posición, no podían olvidar su raza.

En París había tenido varios amantes de la aristocracia, porque su fortuna la había permitido hacer algún papel en Francia y probar el vicio del mundo elegante.

X

La mansión de Cora era una inmensa casa de ladrillo, que tenía el sello egipcio de los antiguos barrios de San Luis.

En la planta baja tenía grandes patios donde venían á tenderse en la arena los camellos y los moros del desierto, donde se mezclaban en extraño concierto los gruñidos de los animales, con la charla de los esclavos negros.

En el piso alto tenía interminables galerías sostenidas por columnas macizas y cuadradas como las columnas de Babilonia.

Se subía á las habitaciones por escaleras exteriores de piedra blanca, de un aspecto monumental.

Todo esto, tétrico, triste, como todo San Luis, ciudad que sólo vive de su pasado, colonia de otro tiempo que se acaba.

El salón tenía cierto aspecto señorial por sus grandes dimensiones, y su mobiliario del último siglo. Los lagartos azules, los gatos, las cotorras y las gacelas caseras se perseguían allí y jugueteaban sobre los ricos tejidos de Guinea; las sirvientes negras que le atravesaban con paso indolente, arrastrando sus sandalias, dejaban al pasar los olores acres de *soumaré* y de almizcle con que estaban perfumados sus amuletos.

Todo aquello respiraba la melancolía del destierro y de la soledad, sobre todo, por la noche, cuando los ruidos del día cesaban para dejar oir la queja eterna de las rompientes africanas.....

.....

En la habitación de Cora todo era más risueño y más moderno. Los muebles y las colgaduras, acabadas de llegar de Paris, daban un aspecto elegante, fresco y confortable, y al entrar se respiraba el perfume de ricas esencias, compradas á los perfumistas de los boulevares.

Allí era donde Juan pasaba sus horas de embriaguez. Aquella habitación le hacía el efecto de un palacio encantado sobrepujando á todo lo que su imaginación había podido soñar de más lujoso y encantador.

Aquella mujer era su vida y toda su felicidad.

Por un refinamiento de crueldad, Cora había querido poseer el alma de Juan al mismo tiempo que su cuerpo, y con una zalamería de criolla, había representado con aquel amante, más joven que ella, una irresistible comedia de ingenuidad y de amor, con la cual había conseguido apoderarse de él por completo.

XI

Una negrita muy graciosa, de la que Juan no se

ocupaba nunca, habitaba la casa de Cora en calidad de cautiva. Esta negrita era Fatou-Gayé.

Había sido llevada á San Luis hacía poco tiempo y vendida como esclava por los moros Donaich, que la habían capturado en una de sus excursiones vandálicas en el país de los khassonkes.

Su gran malicia y su feroz independencia habían hecho que la señalasen un empleo muy inferior en el servicio de la casa. Era considerada, en fin, como una carga inútil y una adquisición deplorable.

No teniendo aún la edad en que las negras de San Luis juzgan conveniente vestirse, iba generalmente desnuda con un collar de grisgris al cuello y algunas cuentas de vidrio alrededor de las caderas. Su cabeza estaba cuidadosamente afeitada, salvo cinco mechoncitos retorcidos y engomados, semejantes á cinco rabos de ratón y colocados á intervalos regulares desde la frente hasta la parte baja de la nuca. Cada una de estas mechas terminaba por una cuenta de coral, excepto la del centro, que sostenía un objeto más precioso; era éste un zequí, de oro muy antiguo, que había debido proceder de Argelia.

Sin este extraño tocado las facciones de Fatou-Gaye hubieran llamado la atención por su regularidad y belleza. Era un tipo khassonke en toda su pureza; una linda figura griega con piel suave y negra como ébano barnizado, dientes de deslumbradora blancura, una extremada movilidad en los ojos en

los que brillaban dos hermosas pupilas de azabache sobre un fondo blanco azulado.

Cuando Juan salía de casa de su querida, encontraba casi siempre á aquella criatura.

En cuanto ella le veía, se envolvia en un paño azul —su vestido de gala—y se adelantaba hacía él sonriendo; con esa vocecilla aflautada de las negras tomaba entonaciones dulces y cariñosas, é inclinando la cabeza y haciendo movimiento de pajarillo enamorado, le decia:

—*May mau coper, souma toubab* (Dame cobre bianco mio.)

Esta era la cantinela de todas aquellas negritas. Juan estaba acostumbrado á ella y cuando iba de buen humor y tenía cinco céntimos en el bolsillo, se los daba á Fatou-Gaye.

Y lo más raro es que Fatou-Gaye, en lugar de comprarse un terrón de azucar como las demás hubieran hecho, se escondia en algún rincón y se ponia á coser cuidadosamente en los saquitos de sus amuletos el dinero que la daba el spahí.

XII

Una noche de Febrero, Juan sintió que la sospechase apoderaba de su alma.

Cora le había rogado que se retirase antes de las doce de la noche, y en el momento de partir había

creído oir pasos en la habitación próxima, como si en ella hubiese alguien esperando.

Hizo que no lo notaba, y salió, y á los pocos minutos volvió á paso de lobo, andando sin ruido por la arena.

Escaló un muro para subir á la terraza, y una vez allí, se aproximó á un balcón que estaba entreabierto: era el de la habitación de Cora.....

.....

Alguien usurpaba su puesto al lado de su querida: un joven vestido de oficial de marina estaba allí como en su casa: medio tendido en un canapé y con aspecto de autoridad y de desdén.

Cora estaba de pie y ambos hablaban.

Al principio le pareció á Juan que hablaban en un idioma desconocido... eran palabras francesas sin embargo; pero no podían comprender su sentido. Aquellas frases le hacian el efecto de sardónicos enigmas cuyo sentido no alcanzaba á comprender... Cora tampoco era la misma, su expresión había cambiado y una impúdica sonrisa vagaba en sus labios, una sonrisa que él no había visto nunca.....

.....

Y el spahí temblaba... le parecia que toda la sangre había afluído á su corazón y sentía en su cabeza algo como el ruido del mar.

Se avergonzaba de estar allí, y sin embargo, quería quedarse y... comprender...

Por fin oyó su nombre... hablaba de él... Se aproximó, apoyándose en el muro, y oyó distintamente estas palabras:

—Hacéis mal Cora—decía el joven con voz tranquila y burlona sonrisa—pero la verdad es que ese muchacho es guapo y os ama con locura.

—Es cierto; pero yo quería dos, y os he escogido por que os llamais Juan como él. A no ser así, hubiera sido capaz de equivocarme de nombre al hablarle, por que soy muy distraída.....

.....

Y Cora se aproximó al joven oficial.

Su expresión entonces cambió aún más.

Con todas las zalamerías enervantes y voluptuosas del acento criollo, le dirigió palabras en voz muy baja y le tendió sus labios aun calientes por los besos del spahi.....

.....

Pero el oficial de marina había visto el rostro pálido de Juan Peyral, que los miraba por el balcón entreabierto y por toda respuesta se le señaló con la mano á Cora...

El spahi estaba alli, inmovil, petrificado, fijando en ellos su estraviada mirada...

Cuando notó que se fijaban en él, retrocedió sin saber lo que hacía.

Cora había avanzado bruscamente hacia él con la

expresión indignada de una sultana estorbada por una mirada indiscreta.

Por fin llegó casi hasta él, y cerrando el balcón con un movimiento de ira corrió el cerrojo por detrás...

La mulata, la hija de esclava, acababa de reaparecer en su atroz cinismo, bajo la mujer elegante y aristocrática, y como las de su raza, no había tenido ni remordimientos, ni miedo, ni piedad.....

.....

La mujer de color y su amante oyeron como el ruido de un cuerpo que cae pesadamente al suelo, un ruido que tenía algo de siniestro en el silencio de la noche... y más tarde, hacia el amanecer, un sollozo detrás de aquel balcón y como el roce de unas manos que buscasen en la oscuridad donde apoyarse.

El spahí se había levantado y se alejaba apoyándose en el muro..... .....

.....

XIII

Andando sin saber á dónde iba y hundiéndose en la arena hasta el tobillo, Juan se fué hasta Guetan'dar, la villa negra de millares de puntiagudas chozas.

Tropezaban sus pies en la oscuridad con hombres y mujeres dormidos en el suelo que, envueltos en paños blancos, le hacían el efecto de fantasmas.

Pronto notó que se encontraba cerca del mar por el

ruido de las rompientes. Distinguía el roce de los crustáceos que huían á su paso. Recordaba haber visto un cadáver en la playa despojado por completo de sus ropas y le asustó aquel género de muerte.

Sin embargo, aquellas rocas le atraían; se sentía como fascinado por aquellas grandes volutas brillantes, ya plateadas por la indecisa luz de la mañana, que se extendían hasta perderse de vista.

Le parecía que su frescura había de aliviar su abrasada cabeza y que en aquella humedad bienhechora la muerte sería menos cruel.....

.....

Después pensó en su madre y en Juana, la prometida de su infancia... y no quiso morir.

Se dejó caer en la arena, y un pesado y extraño sueño cerró sus ojos.....

.....

XIV

Hacía dos horas que era ya de día, y Juan continuaba durmiendo.

El joven soñaba con su infancia, con los bosques de Cevenes. En aquellos bosques, aun más sombrios en la obscuridad de los sueños, veía imágenes confusas como lejanos recuerdos... El estaba allí, de niño, con su madre, á la sombra de las seculares encinas, y en aquel suelo cubierto de líquen y de plantas y gramí-

neas, recogiendo campanillas azules y brezos.....

....

Cuando se despertó miró á su alrrededor asombrado...

Las arenas brillaban bajo el sol tórrido, y algunas negras adornadas de sus collares y amuletos pasaban cantando.

Grandes buitres cruzaban silenciosamente el aire inmóvil, y las cigarras hacían gran ruido..... .....

....

XV

Entonces vió que su cabeza estaba resguardada por un tenderete de seda azul sostenido por una série de varillas clavadas en la arena, cuyo tenderete proyectaba sobre él extrañas y cenicientas sombras.

Le pareció que los dibujos de aquel paño azul no le eran desconocidos.

Volvió la cabeza, y vió detras de él á Fatou-Gaye sentada y mirándole de hito en hito.

La negrita le había seguido, y había tendido sobre él su paño de lujo.

Sin aquella sombra el spahi hubiera tomado seguramente una insolación mortal, al dormir echado en arena.

Desde hacía algunas horas estaba allí, sentada en el suelo, en éxtasis, besando suavemente los párpa-

dos de Juan, cuando no pasaba nadie, temiendo que despertase y no poderle ya tener para ella sola; temblando al mismo tiempo que estuviese muerto, y dichosa tal vez de que lo hubiese estado, pues entonces le hubiera arrastrado lejos, muy lejos y hubiese estado con él mucho tiempo, hasta morir á su lado y abrazada á su cuerpo para que no los separasen más...

—Soy yo, blanco mío—dijo al verle abrir los ojos. —He cubierto tu cuerpo con mi paño por que sé que el sol de San Luis no es bueno para los *toubabs* de Francia... Yo sabía—continuó la negrita en una gerga difícil de entender y con expresivos ademanes—sabía que otro *toubabs* venía á verla... Anoche no me quise acostar para oirlos, y me escondí en la escalera debajo de...

Cuando caiste delante del balcón, te ví, y todo el tiempo que estuviste allí, lo pasé á tu lado. Después, cuando te levantaste, te he seguido.

Juan levantó hacia ella sus asombrados ojos llenos de dulzura y de reconocimiento.

El pobre joven estaba conmovido hasta el fondo de su corazón.

—No digas nada de esto, pequeña. Vuelve pronto, y no digas que me has visto. Vé á casa de tu ama cuanto antes, Fatou, que yo me voy también á casa de los spahís...

Y al decir esto la acariciaba del mismo modo que

al enorme perro que por las noches iba al cuartel á echarse con él en su cama de soldado.

Fatou-Gayé se extremeció al sentir las inocentes caricias de Juan, y con la cabeza baja y los ojos medio cerrados, recogió su paño de gala, le dobló con cuidado y se fué temblando de placer.

XVI

¡Pobre Juan! Sufrir era para él una cosa nueva. Se revolvía ante aquel poder desconocido que venía á destrozar sin piedad su corazón.

Rabia concentrada, rabia contra aquel joven que hubiese deseado deshacer entre sus manos; rabia contra aquella mujer á quien hubiese matado con gusto á fuerza de latigazos. Todo esto experimentaba, al mismo tiempo que una especie de necesidad material de movimiento, de emprender una carrera vertiginosa que no acabase nunca.

Los compañeros que le rodeaban en lugar de servirle de consuelo le exasperaban. Sentía sobre él sus miradas curiosas que eran ya interrogadoras, y que mañana tal vez se volverían irónicas.

Por la tarde pidió y obtuvo permiso para ir con Nyaor-fall á probar unos caballos hacia el norte de Berbería.

El cielo estaba muy nublado. Un cielo de invierno, como se vé pocas veces en aquel país.

Densos nubarrones, negros y bajos daban un aspecto siniestro y hacían aparecer la explanada de arena tan blanca, como si una sábana de nieve se hubiese extendido por el desierto.

Cuando los dos spahís pasaban con sus albornoces, arrastrados por la violenta carrera de sus caballos, algunos enormes buitres que se habían posado en el suelo huían asustados, y al tomar su azorado vuelo describían en el aire fantásticas curvas.....

.....

Por la noche Juan y Nyaor volvieron al cuartel cubiertos de sudor y con los caballos estenuados por la fatiga.

XVII

Pero después de aquella sobreexcitación, vino la fiebre.

Entonces, ¡pobre Juan! le acostaron inerte en su colchoncillo gris.

Después le colocaron en unas parihuelas y le llevaron al hospital.....

.....

XVIII

En la hora del medio día, el hospital está silencioso como la casa de un muerto.

¡El medio día!.. La cigarra canta y también cantan las negras con su voz chillona canciones soñolientas y vagas.

En toda la extensión de las desiertas esplanadas del Senegal, el sol lanza sus rayos de fuego .....

.....

¡El medio día! En el hospital las largas galerías y pasillos están desiertos.

En la alta muralla del centro, tendida de blanquísima cal que á los rayos del sol deslumbra, el reloj marca las doce; alrededor de la esfera está escrita con tintas que el sol de Africa ha hecho palidecer, la triste inscripción latina: *Vitae fugaces exibet horas* («De la fugaz vida cuento las horas.»)

Las doce campanadas suenan tristemente con ese timbre conocido de los moribundos, con ese timbre que todos los que han ido á morir allí, oyen en sus febriles insomnios.

¡El medio día! ¡La hora terrible en que mueren los enfermos!

Parece que se respira en aquel hospital indefinibles emanaciones de fiebre, efluvios de muerte.....

.....

En el piso alto, en una sala abiérta, algunas personas cuchichean muy bajito.

Se oye el ruido, apenas perceptible, de los discretos pasos de la buena hermana que va andando con precaución.

La hermana Pacome, pálida y agitada habla con un médico y un sacerdote sentado á la cabecera de un lecho rodeado de un mosquitero blanco.

Por las ventanas abiertas se ve el sol, un sol deslumbrador y arena, siempre arena.

¿Va á morir el spahí? ¿Ha llegado el momento en que el alma de Juan va á cruzar el aire sofocante del medio día?.. ¿Dónde irá á posarse estando tan lejos de su hogar? ¿Dónde irá á desvanecerse?.....

.....

Pero no. El médico que ha estado esperando largo rato, creyendo que habría llegado la hora suprema, acaba de retirarse muy despacito para no hacer ruido.

.....

Han llegado las horas más frescas de la tarde y el viento de alta mar trae á los moribundos alguna calma.

¡Tal vez será mañana! pero ahora Juan está más tranquilo y su cabeza menos ardorosa!

En la calle, delante de la puerta del hospital, está

una negrita sentada en la arena, y cuando alguien pasa, hace que juega con las piedrecillas. Está allí desde por la mañana, tratando de no llamar la atención sin duda por miedo de que vayan á cogerla los esclavos de su ama. No se atreve á preguntar nada á nadie; pero sabe muy bien que si el spahí muriese le sacarían por aquella puerta para llevarle al cementerio de Sorr.

XIX

Juan tuvo aún fiebre durante una semana y delirio á las horas del medio día. Aún tenía miedo el doctor á la repetición del acceso; pero el peligro había pasado, la enfermedad estaba vencida.

¡Oh, qué horas esas del centro del día para los pobres enfermos! Sólo los que han tenido fiebre junto á esos ríos de Africa conocen esas horas de aletargamiento, de sueño y de muerte.

Un poco antes del medio día, Juan se durmió con ese sueño que tiene algo del no ser, turbado por visiones confusas, con persistentes impresiones de sufrimiento. De cuando en cuando experimentaba sensaciónes de muerte y perdía por un instante la conciencia de sí mismo.

Hacia las cuatro se despertó y pidió agua; las visiones se iban borrando y retrocediendo hasta desvanecerse entre las blancas cortinas de la habitación.

Sólo le quedaba ya un horrible dolor de cabeza como si tuviese en ella plomo derretido; pero el acceso había pasado.

Entre aquellas figuras sonrientes ó serias, reales ó imaginarias que flotaban á su alrededor, dos ó tres veces, había creído reconocer al amante de Cora que, de pié, al lado de su cama, le miraba con dulzura y desaparecía en cuanto él levantaba sus ojos para mirarle.

Era un sueño sin duda, como eran sueño todas aquellas gentes de su país que había creído ver con expresiones extrañas y cuerpos deformes; pero ¡cosa singular! desde que había creído ver al joven marino de aquella manera, no sentia yá odio contra él.

Una noche..; pero no, aquella noche no soñaba; estaba allí, delante de él, con el mismo uniforme que llevaba en casa de Cora, con los dos galones que brillaban sobre su manga azul.

Juan le miró levantando un poco la cabeza, y extendió hacia él su brazo debilitado para convencerse si era sombra ó realidad.

Entonces el joven, viendo que le había reconocido, antes de desaparecer como de costumbre, tomó la mano de Juan y la estrechó diciendo:

—¡Perdón!

Dos lágrimas, las primeras, brotaron de los ojos del spahí, y ensancharon su oprimido pecho.

XX

La convalecencia no fué larga. Una vez pasada la fiebre, la juventud y la fuerza recobraron bien pronto sus derechos.

Pero el pobre Juan no podía olvidar, y sufría mucho.

A veces se apoderaba de él una loca desesperación y tenía ideas de venganzas casi salvajes; pero esto pasaba pronto, y el pobre spahí pensaba que sería capaz de todas las humillaciones que ella le impusiera con tal de poder volver á verla y á poseerla como antes.

Su nuevo amigo, el oficial de marina, iba de cuando en cuando á sentarse á su cabecera y le hablaba como á un niño enfermo, aún cuando era de su misma edad, poco más ó menos.

—Juan—le dijo un día con dulzura.—Mirad, voy á deciros una cosa que tal vez os sirva de consuelo. Os doy mi palabra de honor de que no he vuelto á ver á esa mujer... desde aquella noche que sabeis... Hay en esto muchas cosas que vos ignorais todavía; pero os aseguro que no tardareis en comprender que es una tontería tomarse tantos disgustos por tan poca cosa. En cuanto á mí, os hago el juramento de no volver á ver más á esa mujer.

Esta fué la única alusión que entre los dos jóvenes se hizo de Cora.

Aquella promesa calmó á Juan.

¡Oh! sí, ahora comprendía el pobre spahí que debía *ignorar todavía muchas cosas*; muchas cosas propias de otras clases de gentes que la que á él le había rodeado hasta entonces. Perversidades frías y refinadas que traspasaban los límites de cuanto alcanzaba su imaginacion. Poco á poco, sin embargo, se iba aficionando á aquel amigo á quien no podía comprender, que era dulce después de haber sido cínico, y que lo decía todo con una calma y una tranquilidad inexplicables, ofreciéndole ahora su protección de oficial como compensación de las angustias que le había causado.

Pero ya no le importaban las protecciones ni los ascensos. Nada podía alegrarle. Su corazón, tan joven aún, estaba completamente lleno de la amargura de aquel primer dolor.....

.....

XXI

Es la una de la noche, y la casa de Virginia Escolástica, que es una taberna grande y obscura, estaba, como sucede en casas de mala fama, cerrada con pesadas puertas forradas de hierro.

Una lamparilla que exhalaba un olor fétido, ilumi-

naba un confuso montón de cosas que se movían penosamente en la pesada atmósfera.

Uniformes rojos y desnudeces negras formaban extraños enlaces. En las mesas y en el suelo, vasos y botellas rotas entre mares de cerveza y alcohol.

La temperatura que allí reinaba era verdaderamente sofocante y casi no se podía respirar entre los olores del ajenjo, de especias y de sudor negro.

La fiesta debía haber sido alegre y ruidosa sobre toda ponderación; pero en el momento de que hablamos, había concluído.

Ya no se oían ni cantares ni ruidos; había llegado el período del cansancio; á la alegría, había sucedido el embrutecimiento.

Los spahís estaban allí, unos con los ojos inyectados, la frente apoyada en las manos y estúpida sonrisa en los labios; otros, en aptitudes más dignas, procuraban revelarse contra la borrachera y levantaban la orgullosa cabeza revelando en sus rostros hermosos, cuyos ojos permanecían serenos aún, la tristeza y el desaliento.

Allí estaba también toda la pandilla de Virginia Escolástica, que se componía de negritas de doce años ¡y también de negritos!

Prestando oído, hubiera podido escucharse fuera el lejano grito de los chacales que rondaban los alrededores del cementerio de Sorr, donde muchos de los que había allí no tardarían quizá en reposar pagando

así sus excesos. Virginia Escolástica, fea y cobriza, con los ásperos cabellos recogidos en una redecilla roja y más borracha que ninguno de los que estaban allí, tenía la rubia cabeza de un spahí entre sus manos y enjugaba la sangre que brotaba de una herida que tenía en la frente. El herido era un joven, alto, blanco y con cabellos dorados como las mies, y estaba allí tendido sin conocimiento, y Virginia, ayudada de un negro, rociaba su rostro con agua fresca y aplicaba á la herida compresas de agua y vinagre.

Y no era aquello por pura sensibilidad, no: de un momento á otro podía llegar la policía, y esto la ponia verdaderamente inquieta.

La sangre seguia corriendo, y á pesar de haber hecho cuanto les era posible no podían contenerla: ya el miedo había despejado de su borrachera á la vieja.

Juan estaba sentado en un rincón completamente embriagado; pero derecho en su asiento y con los ojos fijos y vidriosos.

El era el que había hecho aquella herida con un picaporte de hierro arrancado á una puerta el cual conservaba aún en su mano crispada é inconsciente del golpe que había dado.....

.....

Desde hacía un mes que estaba curado, se le veía todas las noches en las tabernas á la cabeza de los más alborotados y de los más borrachos, imitando á los más cínicos y desvergonzados.

Después de aquel mes de sufrimiento, había recorrido un camino terrible. Había leído novelas en las que todo era nuevo para su imaginación. Además, había recorrido el círculo de las conquistas fáciles de San Luis, mulatas ó blancas de las que su belleza le había conquistado la posesión sin resistencia.

¡Y sobre todo se había hecho borracho!

¡Oh, vosotros los que haceis la tranquila vida de familia sentados junto al hogar, no juzguéis nunca á los marinos, á los spahis, á aquellos á quienes la suerte ha arrojado, con naturalezas ardientes, en condiciones de existencia anormales en medio del inmenso mar ó de los mas lejanos paises del sol y sintiendo deseos, privaciones é influencias que ignoráis! ¡No juzguéis á estos desterrados ó errantes, cuyos sufrimientos, goces ó impresiones os son desconocidos!

Juan bebía más que ninguno de sus compañeros, bebía atrozmente.

—¿Cómo podrá beber tanto—decían todos á su alrededor—no teniendo costumbre?

Precisamente por que no tenía costumbre su cabeza era más fuerte y por el momento resistía más, lo cual le daba gran fama entre sus compañeros.

A pesar de todas sus bravatas, el pobre Juan no había podido acostumbrarse á la innoble prostitución negra, y cuando las pensionistas de Virginia Escolástica ponían sus manos sobre él, las separa-

ba con la punta de su látigo como á animales inmundos y las desgraciadas criaturas le consideraban como una especie de ídolo al que no podían acercarse.

Cuando había bebido, se hacía malo y era temible por su fuerza brutal y malos instintos.

Ahora acababa de herir á un compañero porque éste había dicho, como por casualidad, una frase burlona respecto á sus amores y después no había vuelto á acordarse de nada y permanecía alli inmovil con la vista fija y conservando en la mano el sangriento picaporte..... .....
....
....

De pronto sus ojos lanzaron un relámpago. Ahora era la vieja el objeto de su rabia inmotivada, y atacado de esa ira insensata de los borrachos, se levantó furioso y amenazador.

La vieja sintió un miedo horrible.

—¡Sujetadle!—dijo á los séres inertes que dormían debajo de las mesas.

Algunas cabezas se levantaron, y manos sin fuerza trataron de detener á Juan cogiéndose á sus ropas; pero el socorro no fué eficaz.

—¡A beber vieja bruja, á beber!—decía Juan—¡diablo negro, vieja horrible, á beber!..

—Sí, sí—decía ella con voz ahogada por el miedo—dices muy bien, á beber... ¡Sam, pronto, trae ajenjo para *acabarle*, ajenjo mezclado con aguardiente.

Virginia Escolástica en estos casos no miraba el gasto.

Juan bebió de un trago todo el contenido del vaso, y después de haberle arrojado contra la pared, cayó como herido por el rayo.....

Estaba *acabado*, *rematado*, como decía la vieja, y ya no era temible.

La vieja Escolástica era fuerte y se había despejado por completo. Así, que con la ayuda de su criada negra, cogió á Juan como una masa inerte y después de haber registrado todos sus bolsillos para robarle cuanto le quedaba, abrió la puerta y le arrojó fuera.

Juan cayó con los brazos extendidos y su rostro chocó con la compacta arena de la calle.

Y la *vieja*, vomitando un torrente de injurias monstruosas, cerró la puerta, que se juntó pesadamente y haciendo un gran ruido.

Ya no se oyó más que el viento que venia del cementerio, trayendo en el silencio de la noche el grito agudo de los chacales, el concierto siniestro de los *desenterradores* de muertos.

XXII

FRANCISCA PEYRAL A SU HIJO

«Mi querido hijo:

»No hemos recibido respuesta á nuestra carta y tu padre dice que empieza á estar con cuidado.

»He notado que se pone muy pálido siempre que pasa Toinou, el cartero, y le dice que no hay nada para nosotros. Yo también estoy con cuidado; pero siempre confío en que Dios librará de todo peligro á mi querido hijo como se lo ruego, y también creo que no te sucederá ningun mal por mala conducta, pues si no fuese así, me darías el mayor de los disgustos.

»Tu padre quiere que te diga que no está muy tranquilo por que también él ha estado en el ejército y sabe lo que es eso. Dice que hay muchos peligros para los jóvenes que no son muy juiciosos, por que los compañeros los arrastran á las tabernas y al trato de mujeres malas, que no sirven más que para hacerlos caer en el mal. Te digo esto, hijo mío, por complacerle; pero yo ya sé que mi querido Juan es formal y tiene un corazón que le alejará de todas esas cosas repugnantes.

»El mes que viene te volveremos á enviar un poco de dinero, pues creo que te hará falta para muchas cosas. Sé muy bien que no gastarás más de lo necesario, cuando pienses en lo que tu pobre padre está trabajando; en cuanto á mí, el trabajo de las mujeres no es gran cosa y sólo hablo por él.

»Siempre hablamos de tí en las veladas. No pasa noche sin que nombremos muchas veces á nuestro Juan.

»Todos los vecinos te envían recuerdos.

»Recibe un abrazo muy apretado de tu padre y otro mío.

Tu madre,

FRANCISCA PEYRAL.

En el calabozo del cuartel, donde estaba en cerrado *por embriaguez y por haber sido recogido por la guardia*, fué donde Juan recibió esta carta.

Por fortuna, la herida del spahi rubio no era muy grave, y ni el herido ni sus compañeros habían querido denunciar á Peyral.

Juan, con el traje destrozado y lleno de sangre y la camisa hecha girones no había podido aún despejarse por completo; sentía como una niebla ante sus ojos y apenas podía leer la carta de su madre.

Además, del mismo modo que sus facultades físicas, sentía también veladas sus afecciones de la infancia y sus recuerdos de familia.

La causa de todo esto era Cora, pues sucede así en ciertos períodos de aturdimiento y de vértigo, y después aquel velo se descorre y vuelve uno poco á poco á sus primeras impresiones y cariños.

A pesar de la frialdad de Juan aquella pobre carta tan confiada no tardó en encontrar el camino de su corazón.

El joven la besó respetuosamente y se echó á llorar.

Después se juró no volver á beber más, y como

la afición no estaba todavía encarnada en él, pudo en adelante cumplir su juramento, y nunca volvió á emborracharse.

XXIII

Pocos dias después una circunstancia imprevista vino á introducir en la vida de Juan una distracción sana y necesaria.

Se dió orden á los spahis, para que fuesen á establecerse, para cambiar de aire, al campamento de Dialambau, á unas cuantas millas de distancia, al sur de San Luis, y cerca de la embocadura del río.

El día de la marcha Fatou-Gayé fué al cuartel con su lindo paño azul á hacer una visita de despedida á su amigo, que la besó por primera vez en sus redondas mejillas negras.

A la caída de la tarde los spahis se pusieron en marcha.....

.....

En cuanto á Cora, pasados los primeros momentos de sobreexcitación y de rabia, echaba de menos á sus amantes.

La verdad es que los amaba á ambos; los dos Juanes hablaban igualmente á sus sentidos.

Gozaba al verse tratada como una divinidad por el spahi, haciendo gran contraste con lo que sucedía con el otro que la trataba como quien era, como á

una perdida. Nunca nadie la había demostrado un desprecio más tranquilo ni más completo, y aquella novedad también tenía para ella mucho encanto.

Pero ya no la vieron más en San Luis arrastrar su larga cola por la arena.

Un día partió misteriosamente para una de las factorías más alejadas del sur, en cumplimiento de una orden dada á su marido por la autoridad.

Fatou-Gayé había hablado sin duda, y en San Luis había hecho mucha impresión el último escándalo dado por aquella mujer.

XXIV

Era una tranquila noche de fines de Febrero. verdadera noche de invierno tranquila y fría, después de un día abrasador.

La colonia de los spahis, caminando hacia Dialambau atraviesa al paso las explanadas de Legbar. Van *en columna de viaje*, y Juan, que se ha quedado á la retaguardia, camina tranquilamente en compañía de su amigo Nyaor.

El Shara y el Soudan tienen esas noches frías que gozan del claro esplendor de nuestras noches de invierno, sino que con más trasparencia y claridad.

Un silencio de muerte reina en todo aquel país.

El cielo tiene un azulado verdoso y la luna alumbra como en pleno día, dibujando los objetes con

asombrosa claridad, envolviéndolos en sus rosadas tintas.

A lo lejos, perdiéndose de vista, los pantanos cubiertos con la triste vejetación de los inmensos árboles africanos: así es todo ese país de Africa, desde la ribera izquierda del río hasta los confines inaccesibles de la Guinea.

Sirius se eleva lentamente, la luna está en el cénit. El silencio es pavoroso.

Sobre la rosada arena se elevan los grandes euforbios azulados; su silueta es corta y dura. La una dibuja las más pequeñas sombras de las plantas, con una claridad fija y glacial llena de inmovilidad y de misterio.

Algunas plantas bajas y espesas forman grandes manchas negras sobre el fondo luminoso y rosado de las arenas.

Pantanos cenagosos, arrojan vapores que forman sobre ellos como un humo blanco y son el origen de mortíferas fiebres.

Al pasar cerca de estos pantanos se experimenta una extraña sensación de frío, muy extraña, después del calor abrasador del día.

El aire húmedo está impregnado del olor que despiden aquellas lagunas...

Aquí y allí, á lo largo del camino, se ven cadáveres retorcidos por el dolor; esqueletos de camellos, de los cuáles mana un jugo negro y fétido. Están

allí, á la luz de la luna, mostrando con impudencia su vientre desgarrado por los buitres y su asquerosa descomposición.....»

.....

De cuando en cuando el graznido de alguna ave acuática, turba el pavoroso silencio.....

.....

A lo lejos un baobal extiende en el aire inmóvil sus enormes ramas, como una gran madrépora, como un árbol de piedra, y la luna dibuja con extraña dureza de contornos su rígida estructura de mastodonte, impresionando á la imaginación como un objeto inerte, petrificado y frío.

Entre sus relucientes y pulimentadas ramas se distingue confusamente una gran masa negra. ¡Siempre los buitres!..

Familias de estas aves de rapiña duermen allí confiadas y tranquilas sin oir á los soldados que se aproximan...

Y la luna al arrojar la luz sobre sus negras alas les presta los azulados y metálicos reflejos del acero.

.....

.....

Juan se asombraba al ver por primera vez todos los detalles íntimos de aquel país, en plena noche....

.....

.....

De pronto un concierto de gritos que tenía un no

se que de feroz y de siniestro se dejó oir distintamente.

En las noches de San Luis, cuando el viento venía del lado de los cementerios, Juan había creído oir gemidos semejantes; pero aquella noche, era allí, al lado, en la hierba donde se cantaba el lúgubre concierto, donde se oían los tristes aullidos de los chacales y los agudos y estridentes maullidos de las hienas. Se libraba una batalla entre dos bandas errantes, disputándose los restos de los camellos muertos.

—¿Qué es eso?—dijo Juan al spahi negro.

Un presentimiento tal vez, una idea pavorosa se apoderó de nuestro spahi. Aquellos aullidos tan cercanos hicieron que un estremecimiento recorriese su cuerpo y que sus cabellos se erizasen.

—Esas fieras—respondió Nyaor-fall, con una expresiva pantomima—buscan á los muertos para comérselos...

Y al decir *comérselos* hacía el simulacro de morder su brazo negro con sus finos y blancos dientes...

Juan comprendió, y más adelante, cada vez que oía por la noche los lúgubres aullidos, recordaba aquella explicación dada de un modo tan expresivo por la mímica de Nyaor, y él que en pleno día no tenía miedo á nada, se estremecía entonces, sintiéndose invadido por uno de esos terrores supersticiosos y vagos que suelen tener los montañeses.....

El ruido se calma, y se va perdiendo al alejarse; después vuelve á oirse más velado en otro punto del horizonte y se va apagando poco á poco, hasta que todo queda en el silencio.

Sobre las tranquilas aguas, las blancas nieblas van espesándose á la aproximación de la mañana.

Se siente uno penetrado y transido por la humedad helada de los pantanos. Sensación extraña en aquel país: ¡hace frío! El rocío cae la luna va bajando poco á poco hacia occidente, se vela y por fin se apaga.

La soledad oprime el corazón.

Por fin en el horizonte se ven los picos de unas chozas; es la aldea de Dialambau, donde los spahis deben acampar.

XXV

El país estaba desierto por los alrededores del campamento de Dialamban, y solo había en él grandes lagos de aguas fétidas ó grandes explanadas de arena donde crecían algunas raquíticas plantas.

Juan iba allí á dar largos paseos solitarios, con su fusil al hombro, cazando ó soñando; siempre con sus vagos ensueños de montañes.

También le gustaba mucho ir en piragua al otro ribazo del río ó perderse en el dédalo de los *marigots* senegaleses.

¡Inmensos pantanos en que dormían las aguas templadas y tranquilas, riberas en que el suelo traidor era imaccesible al pie humano! ¡Tal era aquel país!

Blancas garzotas se paseaban tranquilamente entre la monótona verdura de los árboles tropicales á cuyo pie se arrastraban los reptiles. Gigantescos mamíferos y lotos blancos y rosados, desplegaban sus ramas y extendían sus hojas para recibir los rayos del ardiente sol africano.....

.....

Juan Peyral empezaba á tomar cariño á aquel país.

XXVI

Habia llegado el mes de Mayo.

Los spahís recogían alegremente sus bagajes y sus tiendas de campaña para regresar á San Luis á tomar posesión de su gran cuartel reparado, limpio y enlucido con cal viva y á volver á sus placeres: las mulatas y el ajenjo.

¡El mes de Mayo! El mes en Francia del verdor y de las flores; pero en los tristes campos de Dialambau nada había florecido. Arboles ó hierbas, todo lo que no se encontraba dentro del agua amarilla de los pantanos, estaba marchito, seco y sin vida.

La tierra tenía sed. Hacía seis meses que no había caído del cielo ni una gota de agua.

La temperatura se elevaba y las frescas brisas de la tarde habían cesado.

La estación de los sofocantes calores y de las lluvias torrenciales, la estación que todos los años ven venir con espanto los europeos que viven en el Senegal porque trae la fiebre, la anemia y á menudo la muerte.

Sin embargo, es necesario haber vivido en el *país de la sed* para comprender las delicias de la primera lluvia y el placer que se experimenta al sentirse mojado por las gruesas gotas de aquella agua.

¡Oh, la primera tempestad!..

En un cielo inmóvil y plomizo que forma cúpula sombría, un *extraño signo del cielo* sube del horizonte.

Y sube, sube siempre tomando raras y espantosas formas. Parece la erupción de un volcán gigantesco, la explosión de un mundo.

Grandes arcos que se dibujan en el cielo van subiendo y sobreponiéndose unos á otros como grandes bóvedas de piedra que van á desplomarse sobre el mundo. Y todo esto se ilumina de repente con resplandores metálicos, azulados ó verdosos.

Los artistas que han pintado el diluvio ó los cataclismos del mundo primitivo, no han podido imaginar aspectos tan fantásticos ni cielos tan terribles.

Y entre tanto, ni un soplo de aire, ni un estremecimiento de la abrasada naturaleza.....

Pero de pronto viene una ráfaga terrible, un latigazo formidable azota los árboles, las plantas y los pájaros, haciendo danzar en confuso torbellino á los asustados buitres.

Es la tormenta que se desencadena: todo tiembla y se quebranta; la naturaleza se humilla bajo el terrible poder del meteoro que pasa.

Durante veinte minutos, todas las cataratas del cielo se abren sobre la tierra y un verdadero diluvio refresca el ardiente suelo de Africa en tanto que el viento sopla con furia regando la tierra de hojas, de ramas y de cascotes.....

.....

Después, bruscamente todo se serena. Las últimas ráfagas arrastran las últimas nubes cobrizas.

El meteoro ha pasado y el cielo vuelve á quedar inmóvil y azul.....

.....

La primera tormenta sorprendió á los spahis en marcha y produjo una desbandada alegre y ruidosa.

El pueblo de Pourokan estaba allí cerca, á un lado del camino y á él se dirigieron los spahis, corriendo en desorden.

Las mujeres que limpiaban el grano y los niños que jugaban á su lado, las gallinas que andaban picando de aquí y allí y los perros que dormían al sol, todos entraban precipitadamente á cobijarse bajo los puntiagudos tejadillos.

Las chozas, ya demasiado estrechas, fueron invadidas por los spahis que entraban alegremente, los unos abrazando á las muchachas y los otros jugando como unos niños y sacando la cabeza fuera de las puertas para tener el placer de sentir el agua del cielo sobre sus ardorosas frentes.

Los caballos, amarrados fuera á los árboles, relinchaban y piafaban de miedo, y los perros, las cabras, los carneros y todos los animales del pueblo se reunían y estrechaban á las puertas, saltando y empujándolas con la cabeza y con los cuernos para entrar, buscando también protección y abrigo.

Un gran alboroto de gritos y carcajadas de las negras, el ruido del viento y de la tempestad con sus formidables truenos, formaban extraño contraste bajo aquel cielo negro, bajo aquella obscuridad en pleno día rasgada por fulgurantes resplandores.

Y la lluvia cayendo á torrentes por las grietas de los tejadillos de seca paja, echaba por aquí y allá duchas inexperadas, ya sobre el lomo de un gato, ya sobre alguna gallina ó ya sobre la cabeza de un spahi.

.....

Cuando pasó la tormenta y se restableció el orden, los spahis volvieron á ponerse en camino por los senderos más transitables.

En el azul y claro cielo se veían aún algunas nubecillas extrañas que huían arrastradas por el viento.

Fuertes olores desconocidos salían de la tierra alte-

rada al contacto de las primeras gotas de agua.

La naturaleza iba á comenzar á dar á luz sus prodigiosas creaciones.

XXVII

Fatou-Gayé estaba apostada desde muy temprano á la entrada de San Luis para presenciar la llegada de la columna.

Cuando vió pasar á Juan le saludó con un «keou» discreto acompañado de una ceremoniosa reverencia.

No quiso molestarle en las filas y tuvo el buen acierto de esperar dos horas para poder saludarle en el cuartel.

Fatou había cambiado mucho.

En tres meses había crecido y se había desarrollado de repente como las plantas de su país.

Ya no pedía cuartos y había adquirido cierta graciosa timidez que la sentaba muy bien.

Un *boubon* de muselina blanca cubría ahora su redondeado pecho como es uso en las jovencitas que pasan á mujeres y estaba muy perfumada con almizcle y con *soumaré*.

Ya no llevaba aquellos rabos en la cabeza, sino que dejaba crecer sus cabellos que no tardarían en poder ser manejados por las hábiles manos de una peinadora, el complicado remate que debe coronar la cabeza de toda mujer africana.

Pero demasiado cortas aunque se esparcían en in

domables ricillos, lo cual cambiaba por completo su fisonomía que de cómica había llegado á ser graciosa y original, casi encantadora.

Era una mezcla de niña, de mujer y de diablillo negro, gracioso y lindo.

—¿Sabes Peyral que es preciosa la pequeña?—decían los spahis riendo.

Juan había notado perfectamente que era bonita; pero por entonces le tenía sin cuidado.

El joven trató de volver á hacer tranquilamente la misma vida que antes, dando sus paseos por la playa y haciendo sus campestres expediciones.

Los meses de calma y tranquilidad que acababa de pasar en el campamento, le habían hecho mucho bien y por decirlo así, había recobrado casi su equilibrio moral.

La imagen de sus padres y de su carta prometida que le esperaba confiada en su pueblo, habían recobrado sobre él todos sus derechos y su imperio.

Había desistido por completo de sus locuras anteriores, y ahora no podía explicarse cómo Virginia Scolástica le había contado entre sus parroquianos.

No solamente se había jurado no beber más, sino también ser fiel á su prometida hasta el venturoso día de su matrimonio.

XXVIII

El aire estaba cargado de efluvios y de enervantes aromas de nacientes plantas.

La naturaleza no cesaba de prodigar sus abundantes creaciones.

En los primeros momentos de su llegada, Juan había echado una mirada de disgusto sobre aquella población negra en que para él todos los rostros eran iguales, y no hubiera sabido distinguir un individuo de otro.

Poco á poco, sin embargo, se había ido acostumbrando á aquellos rostros y ahora ya los distinguía.

Al ver pasar á las muchachas negras con sus brazaletes de plata, las comparaba y encontraba feas á unas y bonitas á otras.

En fin, ya las negras tenían para él una fisonomía como las blancas, y le repugnaban menos.

XXIX

¡Junio! este mes es allí la primavera; pero la primavera rápida calenturienta, de enervantes aromas y de terribles tempestades.

Había llegado la época de la vuelta de las mariposas, de los pájaros y de la vida; los colibris habían

dejado su vestidura gris para tomar los vistosos colores del estío.

Todo florecía como por encanto. Un poco de sombra tibia y dulce se encontraba ahora bajo los árboles frondosos y sobre el suelo húmedo. Las sensitivas, que florecian con profusión, parecían enormes ramos de naranjas en las que los colibris cantaban con su dulce vocecilla parecida á la de la golondrina.

Hasta los mismos baobats habían revestido sus ramas, por algunos días, de fresco follage de un verde claro.

En el campo el suelo estaba cubierto de flores raras y olorosas, y los turbiones que regaban todo esto eran de aguas tibias y perfumadas.

Por la noche en las frondosas hierbas, nacidas la víspera, se veían multitud de gusanos de luz semejantes á fosfóricos átomos.

Y la naturaleza se había apresurado tanto á crear todo aquello que en ocho dias lo había trasformado todo.

XXX

Todas las noches Juan encontraba en su camino á la linda Fatou con su cabeza rizada de diablillo negro.

Por cierto que sus cabellos crecían tan deprisa como la hierba y muy pronto las hábiles peinadoras iban á poder sacar partido de ellos.

XXXI

Mucha gente se casaba en aquella primavera.

A menudo, durante esas noches enervantes de Junio, Juan encontraba los cortejos de las bodas que iban desfilando por la arena en fantásticas procesiones.

Toda aquella gente cantaba y se acompañaba con palmaditas y con golpes de *tan-tan*.

Aquellos cantos y aquella alegría negra tenía una cosa inexplicable de voluptuoso y sensual.

Juan visitaba á menudo en Guet-n'dar á su amigo Nyaor, y aquellas escenas de la vida íntima de los yolofs, le turbaban.

¡Qué solo, que aislado de sus semejantes se sentía en aquella tierra maldita!

¡Pensaba en la que amaba con el casto amor de la infancia, soñaba con Juana Mery!.. ¡Ay!.. ¡No hacía más que seis meses que estaba en Africa!.. ¡Tenía que esperar aún más de cuatro años para verla!..

Y el pobre muchacho pensaba que le faltaría valor para vivir sólo y que necesitaba alguno que le ayudase á pasar su época de destierro... ¿Pero quién?

¿Fatou-Gayé tal vez?..

¡Oh, nunca!.. ¡Qué profanación de sí mismo!.. Y además parecerse á sus camaradas los parroquianos

de Virginia Scolástica... ¡Engañar como ellos á las muchachas negras!

Juan tenía una dignidad, un pudor instintivo que le había preservado hasta entonces de aquellos arranques de sensualidad.

—No, nunca caeré tan bajo—se decía.

XXXII

Todas las noches daba nuestro héroe largos paseos.

Las lluvias tempestuosas continuaban cayendo, y las grandes y fétidas lagunas de aguas estancadas, saturadas de miasmas febriles, ganaban terreno cada día, creciendo continuamente.

Una hermosa vegetación cubría ahora aquel país de arena.

Por la tarde el sol parecía palidecer bajo la acción de un calor insoportable y de las emanaciones deletéreas.

A las horas en que se ponía aquel sol amarillento, cuando Juan se encontraba sólo en medio de aquellos pantanos desolados donde todo era nuevo y extraño para su imaginación, una tristeza inexplicable se apoderaba de él.

El joven paseaba sus miradas alrededor del dilatado horizonte cortado á veces por inmovibles vapores, y no comprendía lo que podía haber en el aspecto de

las cosas de triste y de anormal para que se oprimiese así su corazón.

Algunos pájaros, cuyo canto le era desconocido, se llamaban como quejándose sobre las altas hierbas.

Y la eterna tristeza de la tierra de Kan caía sobre aquel cuadro...

A esas horas crepusculares los pantanos de Africa tienen y comunican una tristeza que no hay idioma humano que tenga palabras capaces de explicarla.

XXXIII

¡Anamalis fobil! gritaban los *Griots* con los ojos ya inflamados, los músculos tendidos, y su busto, que quedaba al descubierto, reluciente de sudor.

Y todos repetían con frenesí dando palmadas: *¡Anamalis fobil! ¡Anamalis fobil!*.. la traducción de estas palabras quemaría las páginas de este libro... *¡Anamalis fobil!* eran las primeras palabras y el estribillo de un cántico endiablado lleno de ardor y de impudencia: el canto de las danzas de negros en la primavera...

¡*Anamalis fobil*! aullido de deseo desenfrenado, de virilidad negra exaltada por el sol, y de histerismo tórrido... Aleluya del amor negro, himno de reducción cantado también por la naturaleza, por el aire, por la tierra, por las plantas y por los perfumes.

En las danzas de las primaveras, los muchachos

se mezclaban con las jovencitas que acababan de tomar, con gran pompa, su traje nubil (pues, como ya hemos dicho, hasta la edad del desarrollo van desnudas) y con un ritmo, loco de notas rabiosas, cantaban todos á un tiempo, bailando sobre las arenas: ¡*Anamalis fobil*!.....

.....

XXXIV

¡*Anamalis fobil*!

¡Todos los tiernos botones de los grandes baobats se habían abierto en mil verdes hojas!

Y Juan sentía que aquella primavera negra le quemaba la sangre que corría como veneno devorador por sus venas. La renovación de aquella naturaleza le enervaba, por que aquella vida no era la suya. En los hombres la sangre que hervía era negra y en las plantas la savia que subía estaba envenenada: las flores tenían peligrosos perfumes que trastornaban, y Juan sentía que la savia de sus veintidos años también subía á su cabeza; pero de una manera que le causaba fiebre y que parecía iba á ahogarle de un momento á otro.

¡*Anamalis fobil*! ¡Oh, qué rápida primavera!.. Aún no había terminado Junio, y ya bajo la influencia de un calor mortal, en una atmósfera que no era respirable, las hojas se habían puesto amarillas, las plantas

estaban marchitas; las frutas, demasiado maduras, caían al suelo...

XXXV

¡*Anamalis fobil*!.. Hay ciertas frutas acres, amargas en los países cálidos, detestables bajo nuestras latitudes, pero que son muy á propósito allá para ciertos estados de sed ó de sufrimientos, hasta el punto de parecer exquisitas.

Del mismo modo aquella negrita de rizados cabellos, formas estátuas y ojos de azabache, que sabían ya lo que pedían á Juan, y que, sin embargo, se bajaban ante él con una mezcla de timidez y de pudor, era un sabroso fruto de Soudan, tempranamente madurado por el sol tropical y henchido de jugos tóxicos, respirando voluptuosidades desconocidas é insanas...

XXXVI

¡*Anamalis fobil*!

Juan había hecho apresuradamente su *toilette* de noche.

Por la mañana había dicho á Fatou-Gayé que fuese á esperarle al pie de cierto *baobat* aislado en los pantanos de Sorr.....

.....

Antes de salir el joven, se asomó á una de las grandes ventanas del cuartel.

Apoyó en sus manos su abrasada cabeza para reflexionar un momento, pero la reflexión era difícil respirando aquel aire pesado y malsano, y el pensamiento de lo que iba á hacer, hizo temblar al joven.

Había luchado algunos dias, había sido impulsado por encontrados sentimientos que luchaban en él.

Una especie de horror instintivo se mezclaba aún con el terrible deseo de sus sentidos... y además era un poco supersticioso, como todos los montañeses y tenía miedo á los sortilegios y amuletos de las negras.

Le parecía que iba á franquear el dintel de una puerta fatal, á firmar con aquella raza negra un pacto funesto; que velos aún más espesos y oscuros iban á interponerse entre él y su madre y su prometida, y todo lo que había dejado en el país más tierno y querido.

Un crepúsculo de fuego se reflejaba en el río, y la antigua y blanca ciudad aparecía rosada en su parte de luz y azulada en sus sombras.

Largas filas de camellos caminaban por la esplanada tomando el camino del desierto.

Se oía ya el *tan-tan* de los *griots* y el canto de los deseos desenfrenados que resonaba á lo lejos:

¡Anamalis fobil!—¡Faramata hi! .....

....

La hora de la cita dada á Fatou-Gayé había pasado casi...

Y Juan partió corriendo para reunirse con ella en los pantanos de Sorr.....

.....

¡Anamalis fobil!—¡Faramata hi!

Sobre su extraño lecho un *baobat* aislado extendía sus ramas; bajo un cielo amarillento, cuya bóveda inmovil y triste estaba cargada de electricidad, de emanaciones terrestres y de sustancias vitales.

Sería necesario, para pintar este lecho nupcial, tener colores como no podíamos encontrar en ninguna paleta. Expresarnos con palabras africanas, tener sus cantos, su ruido y su silencio, tener los aromas del Senegal, el relámpago y el fuego sombrío, la transparencia y la obscuridad.

Y sin embargo, en aquel cuadro no había más que un *baobat* solitario y aislado en medio de una explanada de arena.....

.....

Y Juan, en el delirio de sus sentidos, experimentaba aún una especie de horror involuntario al ver destacarse sobre aquel fondo de obscuridad crepuscular, el negro aún más intenso del cuerpo de la desposada y al contemplar tan cerca de los suyos los brillantes y movibles ojos de Fatou-Gayé.

Grandes murciélagos atravesaban el aire por encima de éllos sin hacer ruido.

Su silencioso vuelo los asemejaba á negros fantasmas que, batiendo sus alas, se aproximaban á los dos jóvenes hasta el punto de rozarse con éllos... y era que su curiosidad de aves nocturnas estaba muy excitada porque FatouGayé había extendido un gran paño blanco que se destacaba en la arena.....

.....

¡*Anamalis fobil*!.. ¡*Faramata hi*!.....

.....

SEGUNDA PARTE

I

...Tres años habían pasado.....

.....

Tres veces había vuelto la horrible primavera y el invierno... tres la *estación de la sed* con sus noches frías y sus helados vientos del desierto...

...Juan dormía extendido en su *tara*, en su blanco cuartito de la casa de Samba-Hamet. Su perro estaba echado corca de él con las patas de delante muy extendidas, el cuerpo apoyado sobre las dos de detrás, la lengua fuera, la respiración anhelante y los ojos abiertos é inmóviles. En aquella actitud parecía uno de esos chacales esculpidos que hay en los templos egipcios...

Fatou-Gayé estaba sentada en el suelo á los piés de su amante

Eran las doce, el mediodía, la silenciosa hora de la siesta... Recordad el calor que hace en Julio á esa hora en nuestros países é imaginad mucho más calor aún y más luz... Sin embargo, aquel era un día de

Diciembre. El viento del desierto soplaba con su diaria é inevitable regularidad; todo estaba marchito y muerto; y sobre aquella arena el viento trazaba al pasar millares y millares de onduladas estrías que parecían minúsculas olas de aquel *gran mar sin agua*.

.....

Fatou-Gayé estaba sentada en el suelo, como hemos dicho, y llevaba desnudo hasta la cintura su hermoso cuerpo, según la costumbre entre los suyos cuando están en su casa.

Su brillante y negra espalda se inclinaba en graciosa curva que empezaba desde la cintura y terminaba en el extraordinario edificio de coral y ambar que componía su peinado.

Alrededor de la casa de Samba-Hamet sólo turbaba le silencio los imperceptibles ruídos de los reptiles al arrastrarse por el suelo.

Y en tanto Fatou, medio dormida, con la barba apoyada en sus dos manos cantaba muy bajito aires y canciones que jamás había oido, y que, sin embargo, no componía ella.

Eran el fruto de sus ensueños de amor y de su voluptuosa languidez que se traducían y exhalaban en extrañas y soñolientas canciones. Acción refleja; efecto producido sobre el cerebro de la negrita por toda aquella languidez de las cosas... que se desbordaba bajo la forma de canciones.

¡Oh! en aquel silencio del mediodía, en aquel en-

sueño febril de la siesta, como vibra y llora un canto vago, inconsciente resultado de *las cosas*, paráfrasis del silencio y del calor, de la soledad y del destierro!

.....

Entre Juan y Fatou se han hecho las paces.

Juan ha perdonado como siempre, y la historia de los *khaliss* y de los pendientes de oro de Galam está completamente olvidada.

El dinero, que los padres de Juan pedían, ha sido ya encontrado y enviado á Francia.

Le ha prestado el buen Nyaor, en hermosas monedas de plata con efigies muy antiguas, las cuales tenía con otras muchas, guardadas en un cofre de cobre.

Juan se las devolverá cuando pueda, y esto es una preocupación para el joven spahi; pero siquiera los pobres y queridos viejos que habían contado con su ayuda, no carecerán de aquel dinero y estarán tranquilos.

Lo demás es secundario .....

.....

Adormecido en su *tara* y con su esclava á los pies, Juan tiene cierta actitud descuidada que le da el aspecto de un príncipe árabe. Nada queda ya del pobre montañés de los Cevenes. El spahi ha tomado ese aire de majestad indefinible de los hijos del desierto. Aquellos tres años pasados en el Senegal durante los cuales se han aclarado tanto las filas de los spahis, han servido para robustecerle á él.

Su rostro está muy tostado por aquel sol; su fuerza se ha desarrollado y sus facciones se han acentuado en todo lo que tenían de fino y hermoso.

Una especie de atonía moral, períodos de indiferencia y olvido, que son como los sueños del corazón interrumpidos de cuando en cuando por ráfagas en que se despierta al sufrimiento, era del efecto producido sobre él por aquellos tres años pasados en Africa.

El clima del Senegal no había podido doblegar de otro modo su poderosa naturaleza.

Poco á poco ha llegado á ser un soldado modelo, puntual, vigilante y bravo.

Y, sin embargo, aún no adornan su manga más que modestos galones de lana.

Los dorados galones de sargento, que tantas veces han brillado ante sus ojos, no le han sido concedidos aún.

No tiene protectores, y sobre todo, ¡qué escándalo! ¡vive con una mujer negra!..

Embriagarse, dar escándalo, pasar la noche en las calles completamente borracho, riñiendo y hasta hiriendo con los sables á todo el que pasa, ir á todos los garitos y usar de todas las prostituciones; eso está muy bien...

Pero tener para sí solo, apartada del sendero de la virtud, á una negrita de buena casa que ha recibido el sacramento del bautismo, no puede perdonarse...

Juan había recibido varias amonestaciones de sus

jefes con este motivo, acompañadas de terribles amenazas si no se corregía.

Ante aquellas tempestades había descubierto su fiera cabeza y escuchado con el estoicismo que manda la disciplina, disimulando bajo cierto aire de contricción, el terrible deseo que le dominaba de servirse del látigo.

Después había seguido haciendo exactamente igual.

Tal vez con algún disimulo, durante algunos días, pero había seguido guardando á Fatou.

Lo que pasaba en su corazón, en cuanto á aquella criatura, era tan complicado, que el más hábil hubiese perdido su trabajo al tratar de explicarlo.

El joven se abandonaba sin comprenderlo, como á un pérfido encanto de amuleto, al que no tenía fuerza para sustraerse.

Los velos que cubrían su pasado y sus recuerdos se iban haciendo cada vez más densos dejándose arrastrar sin resistencia por su turbado corazón, indeciso, entristecido por la separación y el destierro...

Y todos los días, todos los días aquel sol... Todas las mañanas verle salir con una regularidad inexorable á la misma hora, sin nubes y sin frescura!..

¡Qué sol aquel, ancho, amarillo ó rojo, que los llanos horizontes dejan ver surgir tan bajo como en el mar, y que apenas sale empieza á enviar á la cabeza y á las sienes la penosa impresión de sus rayos de fuego!.....

Hacía dos años que Fatou-Gayé y Juan habitaban juntos la casa de Samba-Hamet y en el cuartel de los spahís habían acabado por dejar pasar lo que no habían podido impedir.

Juan Peyral era, después de todo, un spahí ejemplar; pero estaba entre todos bien entendido que conservaría á perpetuidad sus modestos galones de lana, y nunca iría más allá.

Fatou en casa de Cora era cautiva y no esclava, distinción esencial establecida por los reglamentos de la colonia, y de la cual se había aprovechado al instante la negrita cautiva; sus amos no tenían el derecho de echarla, pero ella tenía el de irse, y una vez fuera por su propia voluntad, era libre. Como se vé Fatou había usado de este derecho.

Además, estaba bautizada, y esto constituía una libertad más.

Su cabecita maliciosa y llena de picardías como la de un mono, había comprendido todo esto perfectamente.

Para una mujer que no ha abjurado de la religión de Maghrceb, entregarse á un hombre blanco, es una cosa ignominiosa y que merece el mayor desprecio.

Pero para Fatou no existían estas preocupaciones.

Es verdad que los suyos la llamaban algunas veces ¡*Kefir*! y esto era muy doloroso á la singular negrita.

Cuando veía venir á lo lejos alguna banda de *khussonkés* que reconocía en seguida por sus altos peina-

dos, acudía intimidada y conmovida dando vueltas alrededor de aquellos horribles hilos de largas melenas, tratando de entablar conversación en el amado idioma nativo. (Los negros conservan siempre el amor al país, á la tribu y hasta el rincón en que han nacido.)

Pero ¡ay! algunas veces, cuando estaba en lo mejor de su charla, á una palabra de cualquier negrita mal intencionada que conocia la historia de Fatou, los hombres negros, los kanssoukees, volvían la cabeza con desprecio diciendo con una sonrisa y contracción de lábios imperceptibles aquella palabra de *¡kefir!* (infiel), que es el *roumí* de los argelinos y el *giaouir* de los orientales.

Entonces la pequeña Fatou huía avergonzada y con el corazón oprimido.

Pero á pesar de todo, preferia ser *¡kefir!* y poseer á Juan .....

.....

¡Pobre Juan! ¡Duerme sobre el ligero *tara* mucho más; que ese descanso del día, que ese sueño pesado se prolongue aún mucho tiempo, pues el instante del despertar es sombrío!..

¡Oh, el despertar, después del letargo del medio día!.. ¿De dónde proviene la lucidez extraña que se tiene en esos momentos de espanto? Las ideas son al principio tristes, confusas, desnudas; recuerdos tenebrosos y llenos de misterio, como de una existen-

cia anterior á la de este mundo; pero de repente la memoria se despeja, y con una precisión extraordinaria ve las escenas de otro tiempo; los recuerdos de la infancia reaparecen iluminándose el pasado con una luz radiante y clara. Recuerdos de las montañas de Cevenes en las noches del estío mezclándose con la impresión del horrible calor de Africa; angustia de la separación, de la dicha perdida; síntesis rápida y dolorosa de toda la existencia, las cosas de la vida vistas en un panorama con aspectos de ultra tumba: todo esto sentía Juan al despertar.....

.....

En aquellos momentos, sobre todo, parecía el spahi recobrar la conciencia de la marcha rápida é inalterable del tiempo, que la atonía de su espíritu le impedía generalmente apreciar...

Al despertarse oía resonar contra el *tara* el débil latido de las arterias de su frente y le parecía escuchar las pulsaciones del tiempo, el tic tac del gran reloj misterioso de la eternidad: y Juan sentía que el tiempo pasaba, que huía con la rapidez de una cosa que cae en el vacío y que su vida pasaba también con el tiempo, sin que pudiese retenerla...

Y el joven se levantaba bruscamente saliendo de aquel pesado letargo con un deseo loco de partir y con el corazón lleno de rábia desesperada ante los años que le separaban aún del regreso á su patria.

.....

Fatou-Gayé comprendía vagamente que aquel despertar era un instante peligroso, un instante crítico en el que el hombre blanco se le escapaba.

Así es que la negrita espiaba aquel despertar, y cuando veía á Juan abrir sus grandes y melancólicos ojos, después levantarse de repente con la vista estraviada, se aproximaba corriendo y se arrodillaba junto á él para servirle ó enlazaba alrededor de su cuello los torneados brazos diciéndo:

—¿Qué tienes, blanco mío?

Y procuraba dar á su voz una entonación tan dulce y lánguida como el sonido de la guitarra de un *griot*.

Pero aquellas impresiones tristísimas de Juan no eran de larga duración.

A los pocos momentos su habitual atonía volvía á invadirle y empezaba otra vez á ver las cosas bajo su aspecto acostumbrado.

II

El peinado de Fatou-Gayé era una operación importante y complicada que se verificaba unavez por semana, y en la cual casi se empleaba un día.

Muy de mañana, la negrita se ponía en camino hácia Guet'n-dar, la villa negra donde habitaba en una choza puntiaguda hecha de paja y de tierra, la peinadora de más renombre de las damas de la Nubia.

Fatou pasaba alli varias horas, durante las cua-

Granada

les se abandonaba en manos de aquella artista paciente y minuciosa.

La peinadora empezaba por deshacer aquella obra de arte desensartando las cuentas una por una, asi como los demás adornos del peinado.

Despues volvía á construir tan sorprendente edificio colocando de nuevo los corales, el ambar, las cuentas de oro y las lentejuelas.

Las bolas de ambar tenían el tamaño de manzanas y eran herencia materna, preciosas joyas de familia llevadas cuidadosamente ocultas á la tierra de esclavitud.

Pero lo más difícil de peinar era la parte de detrás de la cabeza; es decir, la nuca de Fatou-Gayé. Allí había que dividir las crespas mechas de cabellos, en millares de pequeños tirabuzones engomados y rígidos, cuidadosamente alineados.

Cada uno de aquellos tirabuzones se rollaba separadamente alrededor de una larga paja cubriéndole después de una espesa capa de goma, y para dejar á esto el tiempo necesario para secarse, las pajas tenían que permanecer así colocadas hasta el día siguiente.

Fatou volvía, pues, á su casa con todas estas pajas entre sus cabellos, teniendo aquella noche todo el aspecto de un puerco espín.

Pero al día siguiente, cuando se sacaba la goma y se quitaban las pajas, ¡qué hermoso efecto!

Fatou cubría su peinado, según la moda *khassonkee*, con una gasa del país tan trasparente, que más bien parecía una tela de araña azul y brillante...

Y aquel peinado, sólidamente construido, duraba noche y día durante toda una semana.....

.....

Fatou-Gayé se calzaba con elegantes y pequeñas sandalias de cuero sostenidas por trencillas que pasaban por entre el dedo pulgar y el siguiente como en el calzado de los antiguos coturnos.

Llevaba además Fatou ese paño estrecho y ceñido que los egipcios del tiempo de los Faraones legaron á la Nubia. Encima de este paño, la negrita llevaba un *boubou*; este boubou consiste en un gran cuadro de muselina con un agujero para meter la cabeza.

Los adornos y joyas que usaba se componían de gruesas pulseras de plata, que ceñían sus muñecas y tobillos y olorosos collares de *soumare*; pues la fortuna de Juan no le permitía el uso de collares de ambar ó de oro.

Los soumares son unas trenzas hechas de varias sartas formadas con unas bolitas oscuras. Estas bolitas, que crecen á orillas del Gambia, tienen un olor penetrante algo parecido á la pimienta. Un perfume *sui géneris*, uno de los olores más característicos del Senegal.....

.....

Y estaba muy hermosa Fatou-Gayé con aquel pei-

nado salvaje que le daba el aspecto de una divinidad del Indostan engalanada para una fiesta religiosa.

Sus facciones no eran las facciones irregulares y abultadas de ciertas razas africanas que consideran en Europa como el modelo general de la raza negra.

Fatou era un tipo khassonkée muy puro.

Nariz recta y fina con pequeñas ventanas un poco levantadas y muy movibles, una boca bien dibujada y graciosa con admirables dientes, y sobre todo hermosísimos ojos negros con reflejos azulados expresivos y llenos, según las ocasiones, de extraña gravedad ó de misteriosa malicia.

III

Fatou no trabajaba nunca.

Juan tenía en ella una verdadera odalisca.

La negrita se cuidaba tan solo de arreglarse y tener siempre planchados y limpios sus *boubous* y sus paños.

Estaba siempre aseada y limpia como una gata negra, vestida de blanco; primero por instinto de limpieza y luego por que había comprendido que Juan no la toleraria de otra manera; pero fuera de estos cuidados de su persona, no era capaz de ninguna clase de trabajo.

Desde que los pobres viejos Peyral, padres de Juan, no podían enviar á su querido hijo las pequeñas

economías que con tanto trabajo y pieza por pieza, habían ido guardando para él. Desde que *Nada los salía bien*, según escribía la vieja Francisca, hasta el extremo de haber tenido que recurrir al bolsillo del spahí, el gasto de Fatou iba á ser muy difícil de sostener.

Afortunadamente Fatou-Gayé era una personita extremadamente sóbria, cuya vida material no costaba casi nada.

En todos los países del Soudam la mujer está colocada con respecto del hombre en condiciones de inferioridad muy exageradas.

Varias veces en el curso de su vida la mujer es comprada y vendida como una cabeza de ganado, á precio que aumenta ó disminuye, según su hermosura, edad y condiciones.

Juan preguntaba un día á su amigo Nyaor:

—¿Qué has hecho de Nokhondounkhoullé, tu mujer, aquella tan hermosa?

Y Nyaor le respondió con tranquila sonrisa:

—Nokhondounkhoullé era muy habladora y la he vendido. Con el dinero que me han dado por ella, he comprado treinta corderos, que siempre están callados.

A la mujer se la destina el trabajo más rudo para los indígenas: el de moler el trigo para hacer los *kouskous*.

En el momento en que despunta el día en toda la

Nubia, desde Tombouctou hasta la costas de Guinea, en todos los pueblos de rastrojo, bajo el sol devorador, los morteros de madera de las negras resuenan estrepitosamente.

Millares de brazos rodeados de brazaletes se rinden en este trabajo, y las obreras charlatanas y disputadoras mezclan con aquel ruido monótono el concierto de sus agudas voces que parecen chillidos de mono.

De todo esto, resulta un característico ruido que anuncia desde muy lejos, en los matorrales y en el desierto, la aproximación de uno de esos pueblos del Africa...

El producto de este trabajo eterno que gasta generaciones y generaciones de negras, es una harina de trigo muy basta con la cual se confecciona una especie de gachas insustanciales que se llaman el *kouskous*.

El *kouskous* es la base de la alimentación de los pueblos negros.

Fatou-Gayé escapaba de este trabajo legendario de las mujeres de su raza.

Todas las tardes bajaba á casa de Couran'diaye, la vieja poetisa del rey El Hadj, la mujer *griote*.

Alli, mediante una pequeña cantidad mensual, Fatou tenía derecho á sentarse entre las esclavas de la anciana favorita, alrededor de las grandes calabazas donde, humeaba el kouskous caliente, y comer con todo el apetito de sus diez y seis años.

Desde lo alto de su *tara*, extendida sobre finos lienzos de complicado tegido, la vieja presidía las comidas con una dignidad imposible.

En estas comidas se presenciaban escenas muy graciosas.

Las esclavas pequeñas, desnudas y acurrucadas en el suelo, alrededor de las enormes calabazas, comían todas á un tiempo metiendolas manos en el *kouskous*.

Por todos lados se oían gritos y risas. Las negras se hacían gestos y señas unas á otras para hacer alguna jugarreta convenida de antemano á alguna compañera.

Y en medio de este alboroto, llegadas intespestivas de los grandes carneros, que allí se cuentan entre los animales domésticos, gatos que van alargando una pata á hurtadillas, hasta meterla en la comida, perros que llegan corriendo y antes que puedan impedirlo hunden su afilado hocico en las calabazas...

Y al ver todo esto, carcajadas que descubren magníficas hileras de blancos dientes engarzados en encías de un rojo subido..... .....

.....

Fatou estaba siempre muy compuesta y limpia cuando Juan, que entraba en el cuartel á las cuatro, volvía después del toque de retreta.

El rostro de la negrita había adquirido bajo su alto

peinado de ídolo, una expresión seria y casi melancólica que le daba mucho encanto.

Por la noche era muy triste el barrio en que vivían Juan y Fatou.

Juan permanecía á menudo largas horas apoyado en la ventana de su desnuda y blanca habitación.

La brisa del mar hacía temblar en el techo los pergaminos sagrados que Fatou había colgado allí con largos hilos para que velasen su sueño.

Juan veía ante él los grandes horizontes del Senegal, el cabo de Berberia y una explanada inmensa en el fondo de la cual se dibujaban los sombríos vapores del crepúsculo y la entrada del desierto.

Otras noches el spahí se sentaba á la puerta de la casa de Samba-Hamet ante aquella plaza rodeada de construcciones de ladrillo ya ruinosas, en medio de la cual crecía la débil palmera amarilla de la clase de los espinos, que era el único arbol del barrio.

El joven seguia con sus grandes y obscuros ojos de distraída expresión, los juegos de dos ó tres negritas que se perseguían y brincaban alegremente al fresco de la noche.

En Diciembre la puesta del sol traía generalmente á San Luis brisas frescas y grandes nubes que de repente cubrían el cielo; pero que no descargaban jamás, sino que pasaban muy altas y huían.

Jamás una gota de agua, nunca una impresión de humedad. Era la *estación seca* y en toda la natu-

raleza no se hubiera encontrado un átomo de vapor de agua.

Sin embargo, aquellas noches de Diciembre eran un consuelo. Se respiraba una frescura penetrante, que causaba grata sensación de bienestar físico, al par que cierta impresión de melancolía inexplicable.....

Y cuando en aquellas noches Juan estaba sentado delante de su puerta, su pensamiento iba lejos, muy lejos...

—Tan lejos, que recorría aquel trayecto que sus ojos contemplaban todos los días en los grandes mapas que adornaban las paredes del cuartel.

Sí; en aquellas noches su espíritu cruzaba un panorama que el pobre spahi se había formado en su imaginación.

Primero atravesaba aquel gran desierto sombrío que empezaba allí, detrás de su casa.

Esta primera parte del viaje era la que su pensamiento hacía más lentamente, retardándose en un infinito de soledades misteriosas cuyas arenas detenían su marcha.

Después franqueaba la Argelia y el Mediterraneo, llegaba á las costas de Francia, subía al valle de Bhone y... llegaba por fin á aquel punto señalado en el mapa por pequeñas prominencias negras, que él se complacía en mirar como lacimas azuladas por las nubes; ¡los Cevenes!

¡Las montañas!... ¡hacía tanto tiempo que sus ojos no veían más que desiertas llanuras!... tanto,.. que hasta había perdido la noción de los accidentados terrenos de su país.

¡Pues y los árboles! ¡Los grandes bosques de castaños, húmedos y llenos de sombra, donde corrian verdaderos arroyos de agua viva, donde el suelo era de *tierra* tapizada de frescas y finísimas hierbas!..

Le parecía al pobre spahí que hubiese experimentado un gran consuelo, viendo, aunque no fuera más que un poco de tierra húmeda y de musgo, en vez de tener, siempre ante los ojos, aquella triste arena arrastrada por el viento del desierto.

Su querido pueblo, que en aquel viaje ideal se le aparecía de repente: con su vieja iglesia, que él se imaginaba entonces cubierta de nieve; la campana tocando al *angelus* (eran las siete de la tarde), ¡y su cabaña allí cerca!... Todo esto azulado y envuelto en el vapor de la niebla en una noche de Diciembre muy fría y débilmente iluminada por un pálido rayo de luna.

¿Era esto posible? ¿En aquel mismo instante, en aquella hora, al mismo tiempo que todo lo que le rodeaba, existia tanta ventura en alguna parte?...

¡Oh, sí, existia! no era solo un recuerdo; no era una visión el pasado... Era una cosa real y verdadera... no estaba muy lejos... y, á aquella misma hora; en

aquel mismo instante, había gentes que disfrutaban de esta ventura, y era posible... hasta fácil, obtenerla.....

¿Qué harían sus pobres padres en aquel momento en que él pensaba en ellos?

Sin duda, estarían sentados junto al fuego, ante la gran chimenea donde llameaban alegremente algunas ramas cogidas en el bosque.

Allí veía todos los objetos familiares de su infancia: la lamparita de las veladas de invierno, los viejos muebles, el gato dormido en un escabel .. y, entre todas aquellas cosas amigas, colocaba su pensamiento á los amados dueños de la cabaña...

Sí, todo debía estar en tal disposición á aquella hora. La cena debía haber terminado y *ellos* estarían sentados junto al fuego... algo envejecidos... Su padre, en la actitud acostumbrada, apoyando en una mano su hermosa cabeza gris... una cabeza de antiguo coracero convertido en montañés .. y su madre haciendo calceta; moviendo rápidamente las agujas entre sus benditas y laboriosas manos, dando vueltas á la rueca para hilar bien el rubio cáñamo...

¡Tal vez estaría Juana con ellos!

Su madre le había escrito, diciéndole que la niña solía ir á hacerles compañía en las veladas de invierno.

¿Cómo estaría ahora?

Muy cambiada y embellecida, le había escrito su madre.

¿Cómo sería su fisonomía de mujercita que él no había visto?.....

.....

Al lado del hermoso spahi, de rojo uniforme, estaba Fatou-Gayé sentada, con su enorme peinado con adornos de ambar y lentejuelas.

La noche había acabado de desplegar su negro manto, y en la solitaria plaza, las negritas continuaban jugando y persiguiéndose, pasando y repasando en la obscuridad como nocturnas mariposas.

Una de éllas estaba completamente desnuda, y las otras dos con anchos y flotantes *boubous*, que las hacían parecer dos murciélagos de blancas alas.

Aquel viento frio las excitaba á correr y corrían como esos gatitos que en las casas experimentan la necesidad de dar carreras desenfrenadas cuando sopla el viento seco, precursor de los hielos.

IV

Digresión sobre la música y sobre cierta clase de gentes llamadas griots

El arte de la música es confiado en el Soudam á una tribu especial llamada de los GRIOTS, en cuya tribu se trasmite de padres á hijos la cualidad de

ser músicos ambulantes y compositores de cantos heróicos.

Los GRIOTS tienen el cuidado de llevar el tan tan en las *bamboulas* y de cantar durante las fiestas en alabanza de los personajes negros.

Cuando un jefe experimenta la necesidad de oir ensalzar sus propias glorias, manda á sus *griots* que vayan á sentarse á su alrededor y á componer inmediatamente en su honor, larga serie de coplas en que entonan acompañando sus agrias voces con los sonidos de una guitarrilla cuyas primitivas cuerdas están colocadas sobre pieles de serpiente.

Los griots son los hombres más filósofos y más perezosos del mundo; llevan una vida errante y no se cuidan jamás del porvenir.

Recorren los pueblos, solos, ó siguiendo á los grandes jefes del ejército, recibiendo por todas partes limosna y siendo considerados poco más ó menos como en Europa los gitanos.

Algunas veces son colmados de oro y de favores como en nuestros países las cortesanas; pero durante su vida están excluídos de las ceremonias religiosas y á su muerte no reciben sepultura sagrada.

Componen tristes romances de vagas y misteriosas palabras, cantos heróicos que tienen algo de las baladas por su monotonía y de la marcha guerrera por su ritmo animado y nervioso; bailables llenos de frenesí y cantos de amor, que parecen transportes de rabia amorosa; aullidos de bestias delirantes.

Pero en toda esta música negra, la melodía se parece siempre.

Como en los pueblos primitivos está compuesta de frases cortas y tristes, especie de gamas, más ó menos accidentadas, que parten desde las notas más altas de la voz humana y descienden bruscamente hasta las más bajas, encadenándose como quejas.

Las negras cantan mucho, mientras trabajan ó durante el perezoso sueño de la siesta y en medio de la gran calma del medio día, mucho más abrasadora allí que en nuestros campos, ese canto de las mujeres de Nubia, que mezclado con el de la cigarra, tiene su encanto particular.

Pero sería imposible transportarle fuera de aquel cuadro exótico de sol y de arena, porque oído en otra parte ese canto, ya no sería el mismo.

Cuanto más primitiva parece la melodía á fuerza de ser monótona, más difícil y complicado es el ritmo.

Los largos cortejos de bodas que se encuentran por la noche, cantan, bajo la dirección de los griots, extraños coros cuyo acompañamiento es un desacorde persistente y que están, desde el principio hasta el fin, llenos de dificultades rítmicas y de rarezas.

Un instrumento más sencillo, que reservado á las mujeres, desempeña en este conjunto un papel importante: consiste en una especie de plancha alargada y abierta en una de sus extremidades, y este objeto, que se toca con la mano, ya en su abertura, ya

en su otro extremo, produce dos sonidos diferentes, uno seco y otro sordo, sin que pueda producir más, y, sin embargo, el resultado así obtenido es sorprendente.

Es difícil expresar el efecto siniestro y casi diabólico del ruido lejano, producido por las voces de las negras, medio apagadas por cientos de instrumentos semejantes á los descritos.

Un desacorde perpetuo de los acompañamientos; síncopas inexperadas, aunque perfectamente comprendidas y observadas, por todos los ejecutantes, son los rasgos más característicos de este arte, (inferior tal vez, pero tan diferente que puede asegurarse no es imitación del nuestro), que nuestras organizaciones europeas no nos permiten llegar á comprender.

V

Bamboula

Un griot da unos cuantos golpes sobre su tan tan.

Esta es la llamada, y todo el mundo se reune á su alrededor.

Las mujeres acuden, y formando un círculo, entonan uno de esos cantos obscenos que tanto les apasionan.

Una de ellas, la primera que llega, sale de entre la multitud y se lanza en el medio, en el círculo vacío donde resuena el tambor.

Empieza á bailar, haciendo sonar las cuentas de sus

collares y pulseras y los adornos que cuelgan de su cabeza.

Su paso, lento al principio, va acompañado de gestos terriblemente licenciosos, y pronto se acelera hasta el frenesí; se diría que imita los extremecimientos de un mono loco ó las contorsiones de una poseída.

Agotadas sus fuerzas, la bailarina se retira anhelante, rendida y cubierta de sudor.

Sus compañeras la acogen con aplausos y con hurras.

Después. otra ocupa el puesto en el baile y luego otra, hasta que todas han tomado parte en él.

Las viejas se distinguen por una indecencia más cínica y más rabiosa, por decirlo así.

El niño, que muchas de ellas suelen llevar á la espalda, terriblemente mareado, lanza gritos penetrantes.

Pero las negras pierden en semejantes casos el sentimiento maternal y no hay nada capaz de detenerlas.

En todas las comarcas del Senegal las salidas de la luna son los momentos particularmente consagrados á la *bamboula* en las noches debaile.

A la caída de la tarde se forman los grupos.

Las mujeres se ponen, para estas ocasiones, sus paños de colores más vivos, engalanándose con joyas de oro fino de Galám, con pesados brazaletes de plata y con grandes collares de multitud de sartas de ambar y de coral.....

.....

Y cuando el rojo disco aparece. siempre agrandado y deformado por el espejismo, arrojando sobre el horizonte sangrientos resplandores, un extremecimiento furioso corre por aquella multitud, y la fiesta comienza.

En ciertas épocas del año, delante de la casa de Samba-Hamet, la solitaria plaza era el lugar escogido para teatro de las fantásticas *bamboulas*.

En estas ocasiones Coura-n'diaye prestaba á Fatou algunas de sus alhajas más preciosas para ir á la fiesta.

Algunas veces asistía ella misma, como en sus buenos tiempos.

Y entonces. cuando la vieja griote se adelantaba cubierta de oro y con la cabeza alta, llevando en sus apagados ojos una llama misteriosa, un murmullo de admiración se dejaba oir por todas partes.

Sobre el pecho de momia negra de Coura-n'dieye que pendía vacío y seco, se ostentaban los maravillosos presentes de El Hadj el conquistador: collares de malaquita de un precioso verde pálido y sartas de gruesas bolas de oro de un trabajo inimitable. Llevaba los brazos cubiertos de oro, así como los tobillos y los dedos de los pies que iban llenos de valiosas sortijas, y hasta su cabeza era un artístico edificio de oro.

La vieja, semejante á un ídolo engalanado, se po-

nía á cantar y poco á poco iba animándose y agitando sus brazos de esqueleto, que apenas podían soportar el peso de los brazaletes.

Su voz ronca y cavernosa resonaba al principio como si saliera del fondo de una cueva; pero luego se iba haciendo vibrante hasta estremecer á quien la oía.

Se veía entonces un destello, se oía un eco póstumo de la poetisa de El Hadj.

En sus ojos dilatados, que brillaban en aquel momento con extraños fulgores, parecía que se veían pasar reflejos de las grandes guerras misteriosas de otro tiempo y de aquellos días que ya nunca habían de volver; los ejércitos de El Hadj volando en el desierto, y las grandes matanzas de esclavos que dejaban los campos cubiertos de cuerpos con que saciar el hambre de los buitres; el asalto de Segon-Koro y todos los pueblos de Marsina, que median centenares de leguas iluminadas por el ardiente sol, desde Medina á Tombouctou.....

.....

Coura-n'dieye quedaba muy fatigada cuando terminaba sus canciones.

Volvía á su casa débil y temblorosa, y se tendía en su tara.

Cuando sus esclavas la habían despojado de sus alhajas, se iban de puntillas para no hacer ruido y dejarla dormir.

Coura-n'dieye se quedaba entonces inmovil como una muerta, y permanecía acostada durante dos dias.

VI

Guet-n'dar, la villa negra edificada de paja y tierra sobre las doradas arenas era un pueblo de aspecto casi alegre.

La constituían millares y millares de chozas, medio escondidas detrás de las empalizadas de rosales secos y coronadas todas por un gran *sombrero* de cañas y de paja.

Y los millares de puntas, de esos millares de tejados, figuraban las formas más extravagantes y más picudas. Las unas derechas amenazando al cielo, las otras, atravesadas, amenazando á sus vecinos, y las otras, en fin, retorcidas, curvadas, inclinadas, como rendidas por la fuerza de tanto y tanto sol, pareciendo querer enrollarse y retorcerse como trompas de elefante.....

Y todo esto, visto en panorama ydibujando extrañas perspectivas sobre la uniformidad de un cielo despejado y azul.

En el centro de Guet-n'dar y dividiendo la ciudad de Norte á Sur, hay una ancha calle de arena alineada y recta que desemboca en el desierto.

¡El desierto por campo y por horizonte!.....

....

A cada lado de esa hermosa calle existe un dédalo de callejuelas tortuosas y estrechas como los senderos de un laberinto.

Por uno de estos barrios conducía Fatou á Juan, y, para conducirle á la manera negra, le llevaba un dedo cogido en su manecita cerrada y negra, adornada con sortijas de cobre.

Estamos en Febrero, son las siete de la mañana y el sol comienza á asomar.

La hora es agradable y fresca hasta en el Senegal.

Juan va andando con su paso igual y grave, sonriendo interiormente al pensar en la graciosa expedición que Fatou le obliga á hacer y en el extraño personaje á quien van á visitar.

El joven se deja conducir de buen grado pues aquel paseo le interesa y le distrae.

El tiempo está hermoso; el aire puro de la mañana y el bienestar físico producido por aquella rara frescura, ejercen benéfica influencia sobre el spahi.

Además, en aquel momento Fatou-Gayé le parecía inocente, graciosa, y casi la amaba.

Estaba en uno de esos instantes raros y fugitivos en que sus recuerdos se apagaban, y en que aquel país de Africa parecía sonreirle.

Uno de esos instantes en que el spahi se abandona sin pensamientos sombríos á aquella vida que desde hace tres años le mece y le duerme con un

sueño pesado y peligroso, turbado por siniestras visiones.

El aire de la mañana es fresco y puro.

Detrás de las empalizadas grises, que forman las estrechas callejas de Guet-n'dar, se comienzan á oir los primeros y sonoros golpes de los morteros, que están moliendo la harina para los kouskous, mezclándose este ruido con los gritos de las negras madrugadoras.

Se respiran los olores penetrantes de los amuletos de cuero, del kouskous y del soumare.

Algunos negritos empiezan á salir á las puertas con su hinchado vientre, adornado de un hilo de cuentas azules, del cual pende un relicario ó amuleto. Su sonrisa hace que su boca, ya grande, se dilate hasta las orejas y en su cabeza afeitada ostentan tres rabitos cortos y rebeldes.

Todos miran á Juan curiosamente con sus grandes ojos negros y hasta algunos más atrevidos le dicen:

—¡Toubab!.. ¡Toubab!.. ¡Toubab!..

—¡Buenos días!.....

.....

Esto es muy propio de aquel país inhospitalario y alejado de la patria, donde los más pequeños detalles y las menores cosas son extrañas.

Pero hay tal magia en aquellas auroras trópicales, tal limpidez en aquellas mañanas y tal bienestar en aquella frescura inusitada, que Juan responde ale-

gremente á los saludos de los niños negros, sonríe á las reflexiones de Fatou y se abandona y olvida...

El personaje á cuya casa se dirigían Juan y Fatou era un viejo hechicero que se llamaba Samba-Latir.

Cuando ambos estuvieron en su casa, sentados en el suelo sobre blancos lienzos, Fatou tomó la palabra y explicó su caso, que era, como va á verse, grave y crítico:

Desde hacía varios dias se encontraba siempre á la misma hora á cierta vieja muy fea que le miraba de una manera singular:

«¡Con el rabillo del ojo y sin volver la cabeza!»..

Por fin la noche del día anterior había entrado en su casa deshecha en lágrimas declarando á Juan que se sentía embrujada.

Toda la noche había tenido que estar con la cabeza metida en agua para atenuar los primeros efectos de aquel maleficio.

En la preciosa colección de amuletos que poseía; los había contra toda especie de males y de accidentes; contra los malos sueños y los venenos de las plantas; contra las caídas peligrosas y el veneno de los animales; contra las infidelidades del corazón de Juan y los disgustos de las hormigas blancas; contra los cólicos y contra el caimán.

Pero contra el mal de ojo de una vieja, que se empeña en embrujarle á uno al pasar, no estaba prevenida la pobre Fatou-Gayé.

Además, le habían dicho que precisamente en aquello, Samba-Latir era una especialidad reconocida, y por eso Fatou-Gayé había recurrido inmediatamente á él.

Samba-Latir, que precisamente tenía preparado todo lo que se necesitaba para el caso, sacó de un cofrecito misterioso un sobrecito rojo pendiente de un cordón de cuero y le colgó al cuello de Fatou, pronunciando las palabras sacramentales, con lo cual el espíritu maligno quedó conjurado.

Todo esto no costaba más que dos *kaliss* de plata (diez pesetas) y el spahí, que no sabía regatear y menos un amuleto, pagó sin replicar.

Sin embargo, al dar aquellas dos monedas, sintió que la sangre se agolpaba á su rostro.

Y no por que tuviese apego al dinero, pues jamás había conocido su valor, sino porque los dos *kaliss* era casi todo lo que le quedaba, y sobre todo, porque pensaba con remordimiento que sus pobres padres se privaban de muchas cosas, que costaban menos de dos *kaliss* y que seguramente eran más útiles que los amuletos de Samba-Latir.

VII

Carta de Juana Mery á su primo Juan

«Mi querido Juan:

«Ya han pasado tres años desde tu partida y siempre estoy esperando que me hables de tu vuelta.

»Tengo completa fé en tí y sé que no eres capaz de engañarme, pero no puedo menos de ponerme muy triste al ver que el tiempo pasa sin volverte á ver.

»Además, dicen mis padres que si tú hubieses querido no te hubiera sido difícil obtener una licencia para venir á vernos. No están contentos contigo porque hay en el pueblo quien les habla mal de tí; sin embargo, creo que en esto tienen razón, pues nuestro primo Pedro vino dos veces al país mientras fué soldado.

»Por aquí corren voces de que me voy á casar con Suirot. ¿Crees tú que pueda yo casarme con ese tonto que se las echa de señorito?.. Digan lo que quieran, ya tú sabes que para mí no hay nadie en el mundo como mi queridísimo Juan.

»Respecto a los bailes, puedes estar bien tranquilo, pues no hay cuidado de que nadie consiga hacerme ir, aunque digan por esto que me doy tono.

»Para bailar con el tonto de Suirot; con el necio de Toinou ó con otros por el estilo, no vale la pena de ir á ninguna parte. Yo me encuentro mucho mejor, por las noches, sentada á la puerta de casa de Rosa hilando, y pensando en mi Juan, que vale mucho más que todo el mundo. Estos son, por cierto, primo mío, los mejores ratos de mi vida.

»Te doy las gracias por tu retrato que no puede estar más parecido. Dicen que has cambiado mucho

y que estás más guapo; pero yo te encuentro lo mismo. Le he puesto encima de la chimenea grande y mi ramo de Pascuas le he colocado á su alrededor. De este modo, cuando entro en el cuarto, es lo primero que veo.

»Aún no me he atrevido á ponerme, mi querido Juan, ese brazalete hecho por las negras que tú me has enviado, por miedo á las murmuraciones de Olivette y de Rosa, que dicen que soy muy señorita.

¡Oh! pero cuando tú vengas y nos casemos, no haré lo mismo; entonces me pondré todas mis galas para ir contigo.

»Ven aunque no sea más que para que se me quite un poco esta tristeza que tengo de no verte en tanto tiempo. Algunas veces me río con los demás, pero después se me hace un nudo en la garganta y siento una tristeza tan grande, que tengo que esconderme para llorar.

»Adios, mi querido Juan, te abraza con todo su corazón tu prima,

JUANA MERY.»

VIII

Las manos de Fatou, que eran de un hermoso color negro por encima, tenían las palmas rosadas.

Por mucho tiempo esto había causado horror al spahí que no quería ver las manos de Fatou, pues le

causaban, á pesar suyo, la misma impresión de repugnancia que si viera las patas de un mono.

Aquellas manos eran, sin embargo, pequeñas y delicadas y estaban unidas al brazo por una fina y redonda muñeca.

Pero aquella decoloración de las palmas de las manos tenia algo de irracional que imponía.

Esto, unido á ciertas entonaciones de un sonido extraño que se le escapaban á la negrita algunas veces cuando estaba muy animada y á ciertos gestos y actitudes, no podía menos de recordar misteriosos parecidos que turbaban la imaginación.....

Sin embargo, Juan con el tiempo se había ido acostumbrando á todo esto y ya no le inquietaba.

En los momentos en que Fatou le parecía graciosa ó sentía alguna inclinación hacia ella, hasta la llamaba riendo con un nombre yolok, que significa *muchacha-mono*.

Fatou se sentía muy ofendida por aquellas bromas y tomaba entonces actitudes y posturas tan trágicas, que hacían reir al spahí.

Un día (hacía un tiempo hermoso, una temperatura suave bajo un cielo purísimo) un día, Friz Muller, que iba á ver á Juan á su casa, había subido sin ruido y se había detenido en el dintel de la puerta.

Desde allí podía presenciar á su gusto la escena siguiente:

Juan sonriendo como un niño que se divierte parecía examinar á Fatou con extremada atención extendiendo sus brazos, haciéndola dar vueltas y examinándola en diferentes actitudes.

Luego decía aparentando un gran convencimiento de sus palabras y como sacando en conclusión de sus observaciones.

—Exactamente igual que un mono.

Y Fatou respondía muy ofendida.

—¡Ah, Juan, Juan! No digas eso blanco mío... Mono no sabe hablá y yo en cambio hablo muy bien.

Entonces Fritz Muller soltó una sonora carcajada. Juan le imitó al ver sobre todo el aire digno y *comme il faut* que Fatou-Gayé se esforzaba en tomar á fin de protestar con su actitud de aquellas comparaciones impolíticas.

—En todo caso será un mono muy bonito, dijo Fritz Muller, que admiraba mucho la belleza de Fatou, pues había vivido mucho tiempo en los países negros y sabía apreciar la hermosura de las hijas del Soudan.

IX

En una sala blanca, cuyas anchas ventanas están abiertas de par en par al viento de la noche, se ven dos lámparas cuya luz atrae algunas mariposas y una gran mesa, alrededor de la cual hay muchos hombres vestidos de rojo que con sus voces produ-

cen una alegre algazara y algunas maritornes muy negras que sirven alrededor. En una palabra, se presencia una cena de las spahís.

Por el día ha habido fiesta en San Luis: una fiesta puramente militar; revista y carreras de caballos en el desierto, carreras de camellos, de bueyes y, en fin, todo el programa de fiestas acostumbradas en esos pueblecitos de la Nubia.

Por las calles se han visto circular con su uniforme á todos los hombres más notables de la guarnición; marinos, spahis ó tiradores. Se han visto mulatas con sus trajes de fiesta; las viejas *síguardes* del Senegal, muy orgullosas con su alto peinado y sus dos rizos colgando en tirabuzón, según la moda de 1820, y *signardes* jóvenes con los trajes de nuestra época. Además, dos ó tres mujeres blancas con trajes elegantes y frescos, y detrás de ellas, como retaguardia, la multitud negra cubierta de *grisgris* y de adornos, salvajes. Todo Guet-n'dar en día de gala.

Todo lo que San Luis puede desplegar de animación y de vida, todo lo que la vieja colonia puede ostentar de gente en sus calles, se reune en un día, volviendo después á encerrarse en sus casas silenciosas, cubiertas de un sudario uniforme de blanquísima cal.....

Y los spahís, que han tenido parada todo el día en la plaza del Gobierno, están muy alegres y muy excitados por aquel desusado movimiento.

Celebran aquella noche las condecoraciones y las medallas que les ha traído el último correo de Francia, y Juan, que de ordinario hace *rancho aparte*, asiste con ellos á aquella cena que es una *comida del cuerpo*.

Mucho han tenido que hacer las maritornes negras para servir á los spahís, y no porque ellos hayan comido mucho, sino porque han bebido de firme y casi todos están *alegres*.

Muchos brindis se han cruzado, muchos chistes llenos de candidez ó de cinismo se han oido, mucho ingenio se ha derramado; de ese ingenio de los spahís tan original y que es á la vez excéptico é infantil, extrañas canciones aprendidas no se sabe dónde, en Argelia ó en la India, se han escuchado por todas partes; las unas en cómicos monólogos y las otras en coros terribles, acompañadas del ruido de vasos que iban á estrellarse en el suelo ó de puñetazos que hacían temblar las mesas. Se han contado anécdotas picarescas y graciosas que han hecho resonar alegres carcajadas, y también se han oido palabras capaces de hacer subir el rubor á la frente del mismísimo diablo.

De repente un spahí se levanta y extendiendo su mano en la que se vé una copa de champagne, lanza este brindis inexperado.

—¡Brindo por los compañeros que han caído en la Meca y en Bobdiarah!

¡Extraño brindis que el autor de este relato no ha inventado seguramente!

¿Era esta extraña salutación un homenaje rendido al recuerdo, ó una broma sacrílega dirigida á los muertos?...

Sólo podemos decir que el que había lanzado este fúnebre brindis estaba completamente borracho y sus ojos tenían una expresión sombría.....

.....

¡Ay! dentro de algunos años, ¿quién se acordará de *aquellos que cayeron derrotados* en Bobdiarah y en la Meca y cuyos huesos se han igualado ya con la arena del desierto?

La gente de San Luis que los vió partir, habrá retenido sus nombres tal vez... pero dentro de algunos años, ¿quién se acordará de ellos y podrá pronunciarlos todavía?.....

.....

Y muchos vasos fueron vaciados á la memoria de los muertos.

Pero aquel extraño brindis había hecho reinar por un instante un gran silencio de asombro, y aunque el ruido comenzó de nuevo, parecía que un crespón negro había sido arrojado sobre la alegría de los spahís.

Juan sobre todo, cuyos ojos se habían animado al presenciar la alegría de sus compañeros y que aquella noche por casualidad reía con todo su co-

razón, Juan se puso grave y pensativo sin saber por qué...

¡*Muertos allá en el desierto!*

¡Oh, sin poderlo evitar esta idea helaba su sangre como el rumor del grito de un chacal y hacía correr un extremecimiento por todo su cuerpo!

¡Pobre Juan! Aún era muy niño, aún no era bastante aguerrido ni bastante soldado.

Y no porque no fuese valiente, pues no conocía el miedo, y menos el miedo á batirse.

Cuando oía hablar de Boubakar-Segou, que estaba por entonces con su ejército casi á las puertas de San Luis, sentía que su corazón latía más deprisa, y soñaba pensando que si él fuera á la guerra, se sentiría ensalzado á sus propios ojos.

¡Ver por fin el fuego, hacer la guerra á un Rey negro! ¡Oh! había momentos en que este deseo se apoderaba de él de una manera violenta!

¡Para batirse se había hecho spahí y no para ir á vivir oscurecido en una casita blanca bajo los sortilegios de una joven khassonkée!.....

.....

¡Pobres spahís, que bebeis á la memoria de los muertos!

Reid, cantad, estad alegres y locos, aprovechad ese instante de dicha que pasa!...

Pero vuestros cantos y vuestra algazara son discordantes en ese país del sol, pues aún deben estar

reciente allá, en el desierto, las huellas que han dejado al caer los cuerpos de vuestros hermanos.....

... .

X

¡Galám!

Nadie puede comprender lo que esta sola palabra despierta de misteriosos ecos en el fondo de un alma negra desterrada de su país.

La primera vez que Juan había preguntado á Fatou (Hacía mucho tiempo de esto, cuando la negrita estaba en casa de Cora.)

—¿De dónde eres, pequeña?

Fatou había respondido con voz conmovida:

—Del país de Galám...

¡Pobres razas negras del Soudan, desterradas, alejadas del suelo natal por las grandes guerras ó por el hambre, por todas esas devastaciones de las primitivas comarcas!

Vendidos, convertidos en esclavos, muchas veces han recorrido á pie bajo el látigo del capataz, inmensas llanuras de aquel país mayores que la Europa entera; pero en el fondo de su corazón negro, la imagen de la patria ha permanecido grabada con caracteres indelebles á pesar de la distancia y del tiempo.

Ya sea la lejana Tombouton, ya Segou-Koro que refleja en el Niger sus grandes palacios de tierra blan-

ca, ya un pobre pueblecillo perdido en algún punto del desierto, ó escondido en algún rincón ignorado de las montañas del sur, y del cual ha hecho el paso del conquistador, un montón de cenizas y una carnicería para los buitres permanece siempre grabado en su corazón.

—¡Galam!

Palabra que se repite de boca en boca con recogimiento y misterio.

—¡Galam! (decía Fatou). ¡Juan, un día yo te llevaré conmigo á Galam!..

¡Vieja y sagrada tierra de Galam que Fatou veía, cerrando los ojos; país del oro y del marfil, país en cuyas aguas tibias duermen los caimanes á la sombra de los altos árboles y en cuyo suelo resuena tantas veces el pesado paso del elefante!..

Juan había deseado en otro tiempo ver el país de Galam, del que Fatou le había hecho descripciones extraordinarias que habían excitado su imaginación accesible al prestigio de todo lo nuevo y todo lo desconocido.

Pero ahora su curiosidad había pasado. No deseaba ya saber ni ver nada de aquel país del Africa y prefería continuar haciendo en San Luis aquella vida monótona, esperando la llegada del dichoso momento en que volviese á los Cevenes.

Además le asustaba la idea de internarse en la tierra de Fatou, tan lejos del mar que en aquel país de

fuego es la única cosa *fresca*, la única cosa de donde vienen brisas consoladoras, y también la única vía y el solo medio de comunicación con el resto del mundo.

¡Oh! internarse en el país de Galam, donde el aire debía ser aún más abrasador y más pesado; no, Juan no quería ir, y hubiera renunciado si se lo hubieran propuesto.

Quería sólo pensar en su país, rodeado de montañas y surcado por frescos y transparentes ríos.... Solo de pensar en la tierra de Fatou, sentía más calor y se abrasaba su cabeza.

XI

Fatou no podía ver un *ngabou* (un hipopótamo) sin correr el riesgo de quedarse muerta inmediatamente.

Era esto una maldición que había echado á su familia un hechicero del país de Galám.

Se había tratado de conjurar esta maldición por todos los medios posibles, pero inútilmente, y entre los ascendientes de Fatou se contaban numerosos ejemplos de personas que habían caído muertas á la vista de esos terribles animales, y este maleficio perseguiría sin piedad á todas las generaciones.

Estas maldiciones son frecuentes en el Soudan: hay algunas familias que no pueden ver al león, otras al

chacal, otras (y estas son las más desgraciadas) al caimán.

Es esta una desgracia, tanto más grande, cuanto que los amuletos no pueden nada contra ella.

No es posible imaginar las precauciones que se veían obligados á tomar los antecesores de Fatou en el país de Galám.

No se paseaban nunca por el campo á la hora en que los hipopótamos solian estar, y sobre todo, no se acercaban jamás á esos grandes pantanos cenagosos donde ellos descansan muchas veces.

En cuanto á Fatou, habiendo sabido que en cierta casa de San Luis vivía prisionero un joven hipopótamo, se veía obligada á dar siempre un gran rodeo por miedo de sucumbir á una terrible curiosidad de que se sentía poseida por ver la cara de aquel animal (del cual se complacía en escuchar de sus amigas minuciosas descripciones), curiosidad que, como se adivinará sin trabajo, provenía también del maleficio.

XII

Los días trascurrian lentamente en su pesada monotonía, todos iguales.

El mismo servicio diario en el cuartel de los spahis, el mismo sol sobre sus blancos muros y el mismo silencio alrededor.

Los ecos de la guerra contra *Boubakar Segón*, hijo del Hady, eran el tema de las conversaciones de los jóvenes de uniforme rojo.

Por lo demás, en aquella villa sin vida no sucedía nunca ningún acontecimiento, y los ruidos de Europa llegaban allí como apagados por la distancia y el calor.

Juan pasaba por diferentes fases morales. Tenía sus altos y bajos, y aunque casi siempre estaba bajo el influjo de un cansancio vago y de una gran indiferencia hacia todo, algunas veces la nostalgia del país se apoderaba de él y le hacía sufrir horriblemente.

El invierno se aproximaba. Las brisas de las costas se habían calmado y hacía ya muchos días en que casi faltaba el aire para respirar y en que el mar estaba inmóvil como una balsa, reflejando en su inmenso espejo la deslumbradora luz tórrida.....

. ...

¿Amaba Juan á Fatou-Gayé?

El mismo no hubiera podido decirlo; pues el pobre y turbado corazón del spahí no lo sabía.

La consideraba como á un ser inferior poco más ó menos que á su perro africano, y no se tomaba el trabajo de averiguar lo que había en el fondo de aquella almita negra, negra como el cuerpo que la encerraba.

La pequeña Fatou era indudablemente disimulada

y embustera y poseía una dosis increible de malicia y de perversidad. Juan sabía esto perfectamente; pero sabía también la abnegación completa que la negrita tenía para él, cariño del perro á su amo, adoración de negra por su ídolo, y, sin saber positivamente hasta qué grado de heroismo era capaz de llevarla este sentimiento, no podía menos de agradecerle y de sentirse conmovido por él.

Algunas veces se revelaba su orgullo, y su dignidad de *hombre blanco* se despertaba. La fé prometida á su novia y hollada por una muchacha de raza negra, dirigía amargos reproches á su conciencia, y entonces se avergonzaba de ser tan débil.

Pero cada vez estaba más hermosa Fatou-Gayé. Cuando andaba, tenía esa gracia y esa flexibilidad que las mujeres africanas parecen haber heredado de las razas felinas de su país; cuando dormía, con los brazos levantados rodeando su cabeza, parecía una estatua griega. Bajo aquel alto peinado lleno de ambar y oro, su rostro fino y regular; reflejaba por instantes algo de la belleza misteriosa de un hermoso ídolo de ébano; sus grandes ojos de azulados reflejos que se entornaban con una gracia singular, su sonrisa que dejaba ver lentamente dos hileras de blanquísimas perlas, todo, en fin, tenía un encanto particular y sensual, un gran poder de seduccion material, algo indefinible que parecía tener á la vez de la mano de la joven virgen y de

la tigre, y que hacía correr por las venas del spahí estremecimientos desconocidos.....

.....

Juan experimentaba una especie de horror supersticioso por todos aquellos amuletos, y había momentos en que toda aquella profusión de grigris le molestaba y de buena gana los hubiese arrojado todos por la ventana.

No creía en ellos, pero al verlos por todas partes y saber que casi todos ellos estaban allí porque tenían la virtud de retenerle al lado de Fatou y de enlazarle, á ella al encontrarlos escondidos bajo su tara, al verlos colgados en el techo y en las paredes y muchas veces al despertar, pendientes de su cuello, no podía menos de sentir que todo aquello arrojaba á su alrededor, en el aire que respiraba, emanaciones insanas.

....

Y cada día el dinero iba faltando más.

Decididamente Juan pensaba despedir á Fatou.

Emplearía los dos años que le faltaban en ganar por fin los galones dorados y enviaría todos los meses á sus padres una cantidad para hacerlos la vida más cómoda y aún podría hacer él además algunas economías para hacer los regalos de boda á Juana Mery y para los gastos que había de producirle su matrimonio.

Pero... ya fuese el poder de los amuletos, ya fuese la fuerza de la costumbre, ya inercia de su voluntad

debilitada por el pesado clima, lo cierto es que Fatou continuaba reteniéndole bajo su poder, y Juan no se separaba de ella.....

Su prometida... Mucho pensaba en ella, y si hubiese tenido que perder la vida, le hubiera sido indiferente; pero alejarse de Fatou..

Su recuerdo estaba como rodeado de luminosos destellos. Aquella hermosa niña *hecha ya una mujer*, de que le hablaba su madre, se le aparecía cercada de una sagrada aureola.

Cada día está más hermosa, le habían escrito, y Juan trataba de representarse su rostro de mujer, agrandando las facciones de la niña de quince años que habia dejado. Ella entraba en todos sus proyectos felices del porvenir.

Pero aquella joya preciosa que él creía poseer allá, muy lejos, bien segura, esperándole en su hogar, era una imagen un poco borrada en el pasado y bastante lejana en el porvenir, por lo cual la perdía de vista por instantes...

¡Y sus pobres padres! Cuánto los amaba también á ellos... Por su padre sentía un amor filial profundo y una veneración que casi era un culto.

Pero su madre ocupaba aún un puesto más preferido, más tierno en su corazón.

Mirad á los marineros, á los spahis, á todos esos abandonados, á todos esos pobres muchachos que pasan su vida lejos, en el mar ó en los países de

destierro en las condiciones de existencia más rudas y más anormales; escoged á los peores, á las más malas cabezas, á los más alborotados; buscad en su corazón, en lo más recóndito, en lo más profundo, y encontraréis á menudo en ese santuario el rostro arrugado y curtido de una viejecita: ¡su madre!

XIII

El invierno ha llegado por cuarta vez.

Empiezan los dias casi intolerables en que la atmósfera no tiene un suspiro y en que el cielo inmóvil y plomizo se refleja en un mar unido é inmovil donde se balancean numerosas familias de tiburones.

Todo á lo largo de la costa de Africa la monótona línea de arena toma bajo la reverberación del sol una blancura deslumbradora.

Han llegado los dias de los grandes combates de la pesca.

De repente la superficie tersa y unida se riza sin causa apreciable en una extensión de varios cientos de metros.

Es un barco inmenso de fugitivos pescados, que vá á flor de agua con toda la rapidez que pueden llevar sus millares de nadadores, ante la voracidad de un ejército de tiburones.

Estos son también los días preferidos por los ne-

gros que tienen canoas, para las grandes travesías y las carreras de velocidad.

En estos días en que parece que, para nuestras organizaciones europeas, el aire pesado no es respirable, la vida se nos escapa y todo movimiento nos es imposible; en estos días, si dormís en alguna barca del río, cubierta de mojadas cortinas, á menudo, enmedio de vuestro penoso sueño del medio día, seréis despertados por los gritos y los silbidos de los remeros, y por un gran ruido de agua fuertemente azotada con los remos.

Es una banda de piraguas que pasa. Una lucha furiosa bajo un sol de fuego.

Y toda la población está allí, agrupada en la playa. Los espectadores excitan á los concurrentes con un gran griterío, y allá, lo mismo que en nuestros países, los vencedores son acogidos con palmadas y los vencidos con silbidos.

XIV

Juan no estaba en el cuartel de los spahis más que el tiempo indispensable para el cumplimiento de su servicio, y aun en éste le reemplazaban muchas veces sus compañeros.

Sus jefes cerraban los ojos sobre estos arreglos que le permitían estar casi todo el día en su casa.

Todos le querían; el atractivo de inteligencia y hon-

radez que se desprendía de él, el encanto de su persona, de su voz y de sus maneras, habían ido ejerciendo poco á poco, sobre todos los ánimos, su poderosa influencia.

Juan había acabado, pues, á pesar de todo, por conquistarse la estimación general y por crearse una situación aparte que le proporcionaba cierta independencia y libertad. Había, encontrado en fin, el medio de ser un soldado puntual y un hombre libre.

XV

Una tarde Juan fué llamado al cuartel.

Aquella tarde no tenía éste su aspecto acostumbrado de tristeza.

En el patio algunos grupos hablaban alegremente y por las escaleras se notaba gran movimiento de spahis que subían y bajaban corriendo como bajo la influencia de una gran alegría.

Algo nuevo debia ocurrir indudablemente.

—¡Gran noticia para tí Peyral—le gritó desde lejos Huller el Alsaciano.—Mañana partes para Argel! ¡Eres un hombre de suerte!

Habían llegado de Francia doce spahis nuevos en el vapor de Dakár, y doce de los más antiguos, entre los cuales estaba Juan, iban á partir para su patria.

En la tarde del siguiente día debian salir para Dakár.

En Dakár tomarian el paquebot francés con destino á Burdeos; de allí irían á Marsella por la línea del Mediodía (con las correspondientes dilaciones en el camino que permitirían ir á hacer una *escapada al país*), es decir, á aquellos que tenían *un país* y *un hogar*. Después, en Marsella, tomarían el paquebot de Argel, que es la ciudad preferida por los spahis... ¡y los últimos años de servicio pasarían como un sueño!

XVI

Juan volvió á su casa siguiendo la orilla del río.

La noche clara y estrellada caía sobre el Senegal asfixiante, pesada, llena de calma y de luminosa transparencia.

Solo turbaba el silencio algún ligero ruido producido por el río, y á lo lejos el sonido del tambor tocando el *anamalis fobil* de la primavera, que Juan oía en aquel país por la cuarta vez y que estaba mezclado á los recuerdos de sus primeras y enervantes voluptuosidades del país negro, y que ahora venía á saludar su partida.

Los rayos de la luna, las hermosas estrellas que brillaban en el ancho horizonte, las hogueras encendi-

das en la ribera opuesta, en el pueblo de Sorr; todo esto, reflejándose en el agua.

Y el calor inmovilizado en el aire, el calor emanando del agua, de las forforescencias, de todas partes; la naturaleza, en fin, saturada de calor y de fósforo; una calma llena de misterio, una tranquila melancolía de todas las cosas enlas orillas del Senegal.

.....

.....

Era cierta aquella grata é inexperada noticia.

Había visto escrito su nombre en la lista de los que iban á partir.

Al día siguiente por la noche bajaría por aquel río para no volver á subir jamás.

Aquella tarde no podía hacer nada para su partida por que las oficinas del cuartel estaban cerradas. Todos los preparativos, pues, quedaban para el día siguiente: no podía por el momento hacer otra cosa que pensar, reunir sus ideas, dejarse mecer por toda clase de ensueños; despedirse de todo en el país del destierro.

El pobre spahí sentíase turbado por impresiones diferentes.

Dentro de un mes quizá haría una rápida aparición en su pueblo, abrazaría á sus amados padres, vería á Juana transformada en mujer; entrevería todo esto al vuelo, como en un sueño!...

Esta era la idea dominante que venía de minuto

en minuto á trastornarle causando en su corazón una impresión tal, que le hacía latir más deprisa...

Y sin embargo, no estaba preparado para aquella entrevista, y todo género de tristes reflexiones se mezclaban á este gozo inexperado.

¿Qué dirían cuando le vieran aparecer al cabo de tres años sin haber ganado siquiera los modestos galones de sargento? ¡Cuando le vieran que no llevaba nada á nadie de su largo viaje, ni aún siquiera se había equipado para presentarse convenientemente en su pueblo!

No, no, aquel viaje era de masiado precipitado.

Es cierto que la idea de partir le entusiasmaba, pero era teniendo por delante algunos dias.

Además, aquella Argélia que no conocia, no le decia nada.

¡Tener aún que ir á aclimatarse á otra parte!

Puesto que de todas maneras tenía que pasar lejos de su país aquellos años de su existencia lo mismo daba concluirlos allí mismo, á la orilla del gran río triste, pero cuya tristeza le era ya tan familiar.....

.....

¡Ay! el desgraciado amaba el Senegal; ahora lo notaba muy bien, estaba ligado á aquellos lugares por muchos lazos íntimos y misteriosos.

La idea de su vuelta le entusiasmaba pero no podía abandonar sin cierto sentimiento el país de la arena y la casa de Samba Hamet y aún aquella tris-

teza sombría y aún aquel exceso de calor y de luz.

No estaba preparado para irse tan pronto.....

.....

Los efluvios de cuanto le rodeaba habían ido poco á poco infiltrándose en sus venas y el pobre spahi se sentía retenido, ligado por lazos invisibles.

Las ideas acabaron por embrollarse en su turbada cabeza. Aquella libertad inexperada le dió miedo y sintió aquella noche triste y abrasadora en que por todas partes se aspiraban emanaciones sofocantes, influencias extrañas y misteriosas que libraban una terrible lucha en su alma.

Parecía que todos los poderes de la oscuridad y de la muerte luchaban contra los de la luz y la vida.

XVII

Las marchas militares son bruscas.

Al dia siguiente por la noche Juan, con todos sus bagajes empaquetados á escape, y sus papeles en regla, está apoyado en la barandilla de la cubierta de un navio que baja el río y fumando su cigarrillo, mira cómo se va alejando San Luis.

Fatou-Gayé está acurrucada á su lado con todos sus paños y todos sus grigris embalados muy de prisa en cuatro grandes calabazas.

Fatou ha estado dispuesta á la hora de partir.

Juan ha tenido que pagar su pasaje hasta Dakár con los últimos *kalís* de su sueldo.

Esta vez lo ha hecho de muy buena gana, feliz por darla gusto en este último capricho... y también quizá por conservarla algún tiempo más á su lado.

Las lágrimas de Fatou, que han sido copiosas, los gritos de *viuda* que ha lanzado, siguiendo el uso de su país, han sido sinceros y desgarradores.

Juan se ha conmovido hasta el fondo del alma al ver su desesperación y ha olvidado que Fatou era hipócrita, mentirosa y negra.

A medida que su corazón se abre al gozo de volver á su país, siente por Fatou más piedad y hasta algo de ternura. La lleva á Dakár con objeto de ganar tiempo para reflexionar lo que hará de ella.

XVIII

Dakár es una especie de villa colonial hecha en la arena y en las rocas, un punto de desembarque para los paquebots en esa punta accidental del Africa que se llama el cabo Verde.

Fatou-Gayé ha sido provisionalmente instalada en una casa de mulatas.

La negrita ha declarado que no queria volver á San Luis.

Por ahora no tiene ningun proyecto; no sabe lo que va á ser de ella, ni Juan tampoco, pues por más que

ha imaginado y ha buscado no ha encontrado nada para ella... ¡y él no tiene dinero!

Son las nueve de la mañana y el paquebot que ha de llevar á los spahís debe partir dentro de algunas horas.

Fatou-Gayé está en la choza de los mulatos acurrucada junto á las cuatro calabazas que contienen su fortuna.

No dice nada, ni aun responde á las preguntas que la dirijen; está con los ojos fijos é inmóvil, presa de una desesperación sombría y profunda que no puede menos de causar compasión.

Juan en pié á su lado, atormenta su bigote y no sabe qué hacer.

De pronto la puerta se abre bruscamente y entra un spahí más ligero que el viento; conmovido, con los ojos animados y con aspecto de angustia y ansiedad.

Es Pedro Boyer que ha sido durante dos años compañero de Juan en San Luis y también vecino.

No se trataban porque ambos eran muy retraídos; pero se estimaban, y cuando Boyer partió para ir á servir á la guerra, se estrecharon las manos cordialmente.

Pedro Boyer descubrió su cabeza, murmurando rápidamente una excusa por haber entrado así, como un loco, y después se acercó á Juan y le cogió las manos con efusión.

—¡Oh, Peyral, Peyral!—dijo—te estoy buscando

desde antes que amaneciera... Escúchame un momento... Tengo que pedirte un gran favor.

»Fíjate primero en lo que vengo á pedirte y no te apresures á contestarme.

«Mañana debes ir á Argelia y yo debo partir con otros á la guerra.

»Allí hay que pasar tres meses y se gana el ascenso ó la medalla.

»Ambos estamos en las mismas condiciones, tenemos la misma edad. El tiempo que ha de pasar para tu regreso no se cambiaria en nada.. Peyral, Peyral, ¿quieres permutar conmigo?

Juan lo había adivinado todo desde los primeros momentos.

Sus ojos se abrieron sin fijarse en nada como dilatados por una tormenta interior.

Una multitud tumultuosa de pensamientos y de indecisiones se apoderó de él.

El jóven reflexionaba con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Fatou, que también había comprendido, se enderezó anhelante, esperando con ansia las frases que Juan iba á pronunciar.

El otro spahí continuaba hablando con volubilidad, como para no dejar á Juan que pronunciará aquel *no* que tanto temblaba oir.

—Escucha Peyral, harás un buen negocio, te lo aseguro.

—... ¿Y á los demás, Boyer?... ¿Has preguntado á las demás.

—Sí, y todos han rehusado cada uno tiene sus ranes; pero tú Peyral, tú, harias un buen negocio. El gobernador de Gorea se interesa por mí y te promete su protección si aceptas.

Y añadió mirando á Fatou.

—Desde luego he pensado en tí antes que en nadie, porque sé que amas este país... Cuando vuelvas de Gorea te mandarán á San Luis á terminar el tiempo del servicio. Se lo he pedido asi al gobernador, y lo hará, te lo juro...

—Pero si no vamos á tener tiempo—interrumpió Juan que se sentía perdido y que no sabía donde encontrar fuerza para resistir.

—Sí...dijo Pedro Boyer, en cuyo rostro brillaba un rayo de esperanza.— Tenemos tiempo sobrado Peyral... Tu no tendrás que ocuparte de nada... Todo está arreglado por el gobernador, y los papeles dispuestos. Solo faltan tu consentimiento y tu firma y al instante voy otra vez á Gorea, vuelvo dentro de dos horas, y todo queda arreglado... Escucha Peyral... aquí tienes mis economías... trescientos francos, tuyos son... Con esto podrás ayudarte para tu instalación á tu regreso á San Luis...

—¡Oh gracias!—respondió vivamente Juan.—¡A mí no se me paga!...

Y volvió la cabeza haciendo un gesto desdeñoso.

Boyer que comprendió que había seguido un mal camino, le cogió la mano diciendo:

—¡No te enfades Peyral!

Y conservó aquella mano entre las suyas.

Así permanecieron ambos el uno enfrente del otro, ansiosos y sin decir una palabra.

Fatou comprendió que podria perderlo todo si pronunciaba una palabra...

Así es que se limitó á arrodillarse recitando una oración negra y enlazando con sus brazos las rodillas de Juan.

Este, que se sentía avergonzado de que su compañero presenciara aquella escena, la decía con aspereza.

—Vamos, Fatou-Gayé, haz el favor de dejarme en paz... ¿Te has vuelto loca, mujer?

Pero Pedro Boyer no encontraba ridículas semejantes manifestaciones, sino que por el contrario, se sentia muy conmovido al presenciarlas.

Un rayo de sol matinal, pasando por las rendijas de la puerta, iluminaba los rojos uniformes de los spahís y hacia resaltar sobre el fondo oscuro de la habitación sus hermosas y enérgicas cabezas, en las que se retrataba la ansiedad y la indecisión; haciendo brillar las pulseras de plata en los torneados brazos de Fatou, que se enroscaban como culebras á las rodillas de Juan; é iluminando la triste desnudez de aquella choza africana de boj y de cañizo

donde aquellos tres seres jóvenes y abandonados, iban á decidir sus destinos.

—Peyral—continuó en voz baja el otro spahí, y con una entonación dulce y suplicante— Peyral, amigo mio, ya sabes que soy argelino y que en Blidah tengo á mis pobres padres, ya muy viejos, que me esperan y no tienen á nadie en el mundo más que á su hijo. ¡Figúrate la dicha que será para mí terminar el servicio en mi mismo pais!.....

.....

—¡Pues bien, si!—dijo Juan echando hácia atrás su gorrilla roja y dando una fuerte patada en el suelo.—¡Si... acepto... permuto... me quedo!.....

.....

El spahí Boyer le estrechó en sus brazos con delirio.

Fatou-Gayé, siempre arrastrándose á los piés de su amante, lanzó un grito de triunfo. Ocultó su rostro contra las rodillas de Juan y temblorosa, jadeante, prorrumpió en una larga carcajada nerviosa, seguida de ahogados sollozos.....

.....

XIX

Era necesario apresurarse, y Pedro Boyer partió como había venido; es decir, como un rayo, llevándo á Gorea el precioso papel en que el pobre Juan ha-

bía estampado su gruesa firma de soldado, bien correcta y bien legible por cierto.

A última hora; y gracias á la actividad de Pedro Boyer, todo estuvo arreglado; los bagajes trasportados y la sustitución operada.

Todo esto había pasado tan deprisa que apenas los dos spahís habian tenido tiempo de pensarlo.

A las tres en punto el paquebot se puso en marcha llevándose á los spahís y con ellos á Pedro Boyer.

¡Y Juan se quedó!.....

.....

XX

Pero cuando todo hubo concluido irrevocablemente y el infeliz se encontró solo en la playa, viendo aquel navío que se iba; una desesperación terrible, loca, se apoderó de él.

Vió con augustia lo que acababa de hacer y sintió rabia, rabia contra Fatou Gayé y horror por su presencia .. Sintió como una necesidad de arrojarla lejos de él, y al mismo tiempo que despertaba en su alma un amor inmenso y profundo por su hogar querido y por los seres bien amados que le esperaban en él y á los que quizá no volvería á ver ya nunca.

Le parecía que acababa de firmar un pacto de muerte con aquel país maldito.

Entonces emprendió una carrera loca, desesperada,

sin saber á donde iba... Quería respirar otro aire, estar solo, y sobre todo seguir con sus ojos á aquel navío todo el tiempo que le fuese posible.....

.....

Aún estaba el sol alto y abrasador cuando Juan partió tras el navío.

Aquellas esplanadas desiertas, resplandecientes de luz, presentaban una imponente majestad.

El spahi siguió toda la costa salvaje saltando de roca en roca.

Un fuerte vendabal azotaba su cabeza y agitaba á sus piés aquel mar, en que el navío huía siempre.

No sentía que el sol le abrasaba; pues estaba completamente trastornado.

¡Ligado aún dos años más á aquel país, cuando pudiera haber estado ahora en el mar en camino de su aldea querida!...

¡Qué influencias misteriosas, que sortilegios, que amuletos le habían retenido allí, Dios santo!

¡Dos años interminables aún! ¡Oh! aquella situación no iba á terminar nunca!

¿Abría realmente un término, un fin para aquel destierro maldito?...

Y el infeliz seguía corriendo hacia el norte en la misma dirección que el navío para no perderle aun de vista.

Su traje se desgarraba en los espinos y á su paso iba levantando una gran turba de saltamontes que

subía hasta su pecho y que él iba separando con las manos sin darse cuenta de lo que hacía.....

.....

Por fin se encontró muy lejos, solo, en medio de la áspera campiña del cabo Verde silenciosa y sombría.

Hacia rato que venía contemplando desde lejos un gran árbol aislado, mayor aún que los baobats y cuya enorme copa estaba vestida por un espeso y oscuro follaje. Resultaba aquel árbol un conjunto tan inmenso, que recordaba uno de esos gigantes de la flora del antiguo mundo, olvidado y respetado allí por los siglos.

Juan se dejó caer allí fatigado, bajo aquel gran monstruo de sombra, y bajando la cabeza se echó á llorar.....

Cuando se levantó, el navío había desaparecido, y el día declinaba.

¡El crepúsculo! ¡La tristeza más tranquila y más fría!

Visto á aquella hora, el enorme árbol formaba una masa completamente negra en medio de la soledad inmensa del Africa.

Delante de él, á lo lejos, el inmenso espejo de un mar tranquilo. A sus piés las desigualdades de las malezas, y hasta el gran cabo Verde monótonas explanadas de terrenos cortadas por bancos de arena regulares y sin vejetación, triste paisaje de un aspecto desconsolador.

Por detrás, del lado del interior, hasta perderse de vista, los misteriosos pliegues formados por las bajas colinas y las siluetas de baobats semejantes á sombras de madreporas.

Ni un soplo movía la pesada atmósfera. El sol, ya muy bajo, se ocultaba entre ardientes vapores y su amarillento disco aparecía agrandado y deformado por la refracción.

Por todas partes las daturas abren á la frescura de noche sus grandes y blancos cálices, exhalando un perfume penetrante y embriagador que trastorna. El aire está cargado del aroma insano de la belladona.

Las mariposas nocturnas van libando las flores envenenadas y entre las altas hierbas se oye el quejumbroso arrullo de las tórtolas.

La tierra africana parece envuelta en vapores mortales.

El horizonte es ya vago y sombrío.

Allá abajo están los misteriosos países que hacían soñar á Juan en otro tiempo.. En cambio ahora ni Podor, ni Medinas, ni la tierra de Galam, ni la misteriosa Tambunetou... nada le inspira ya curiosidad.

Conoce ó adivina todas las tristezas, todos los misterios que aquellos pueblos pueden encerrar y su pensamiento ahora está muy lejos de todo aquel país que le ahoga y le espanta.

Solo desea despertar de su horrible pesadilla y alejarse de allí, abandonar cuanto antes aquellos

lugares malditos.....

.....

Algunos pastores africanos de aspecto feroz van conduciendo hacia los pueblos sus rebaños de bisontes.

Aquella imágen del sol que la Biblia hubiese llamado *signo del cielo*, desaparecía lentamente como pálido meteoro.

La noche extendió su manto... Todo se obscureció en un vapor malsano y el silencio se hizo profundo.

Entonces Juan pensó en su choza, en su anciana madre y en su prometida...

Le pareció que todo había concluído entre él y ellos... que había muerto y que no volvería á verlos ya nunca.....

.....

.....

XXI

La suerte estaba echada y era preciso seguirla.

Dos días después Juan se embarcó en el puesto de su amigo en un navío de la marina de guerra para el lejano puesto de Gadiangue. Enviaban allí alguna gente y municiones para reforzar aquel puesto pérdido en la soledad.

En los alrededores, las cosas se embrollaban, las caravanas no podían transitar; había luchas entre los

pueblos negros y sus caciques. Se creía que aquella situación había de terminar con la temporada de invierno; tres ó cuatro meses después, á la vuelta, según la promesa hecha á Boyer por el gobernador de la Gorea, Juan podría volver á San Luis y terminar allí sus años de servicio.

En el pequeño navio que conducía á nuestro spahí iba hacinada mucha gente.

Fatou había conseguido que la admitieran entre los pasajeros á fuerza de persistencia y de picardía, haciéndose pasar por la mujer de un *tirador negro*.

Iban unos diez spahís que el gobernador de la Gorea enviaba allí para acampar durante aquella estación en aquel destierro; y además veinte tiradores indígenas que llevaban con ellos á sus familias.

Estas familias eran dignas de estudio y se componían de las mujeres y de los hijos que tenía cada uno. Las provisiones que llevaban para su alimentación consistía en harina de trigo, que iba cuidadosamente guardada en calabazas; después las ropas y enseres, todo en calabazas, los amuletos y toda clase de animales domésticos.

Cuando el barco se puso en marcha parecía imposible que aquel barullo pudiera calmarse y que pudieran colocarse tanta gente y tantas cosas.

Pero después de una hora de camino, todo estaba perfectamente ordenado y reinaba la más profunda calma.

Las negras dormían en el puente, echadas en el suelo y envueltas en sus paños, tan apretadas entre sí y tan quietas, como las sardinas en una lata de conservas.

Entre tanto el navio se deslizaba tranquilamente hacia el Sur internándose poco á poco en regiones cada vez más cálidas y más azules.

XXII

Figuraos una noche de calma en medio del mar ecuatorial.

Un silencio absoluto en el que se percibe claramente hasta el roce que produce el batir de las velas movidas por el viento.

Una pesada torpeza de las cosas, por decirlo así, y en la atmósfera la extraña inmovilidad del sueño de un mundo.

Un inmenso espejo reflejando una noche de clara transparencia; un mar lleno de claridades fosforescentes.

Parecen el mar y el cielo dos espejos que se miran y se reflejan mutuamente, uno y otro sin fin.

Parece que se está en el vacío, que no hay horizonte, pues á lo lejos el cielo y las aguas se mezclan, se confunden en profundidades cósmicas, vagas, infinitas...

Y la luna allí, muy baja, como un gran círculo de

fuego sin rayos, suspendida en medio de un mundo de vapores.

En las primeras edades geológicas *antes que el día fuese separado de las tinieblas*, las cosas debían presentar un aspecto semejante. La calma, antes de la creacción debía aparecer con aquella inmovilidad que no hay palabras con qué expresar; en la época en que los mundos no estaban aún condensados, en que la luz estaba en el aire, difusa é indefinida, en que las nubes suspendidas eran hierro y plomo increado, y en que toda la eterna materia estaba vaporizada por el intenso calor de los cáos primitivos..

.....

XXIII

Hace tres días que estaban en camino.

A la salida del sol todo aparece envuelto en deslumbradoras tintas de oro.

A la salida del sol del cuarto día aparece en el Este una gran línea verde; de un verde dorado al principio, pero después de un verde tan inverosímil y tan verde, tan verde... que parece una de esas pinturas chinas tan finas y tan preciosas.

Aquella línea es la costa de Guinea.

Al llegar al Diakhalleme el navío que lleva á los spahís se dirige á la embocadura del ancho rio.

El país es allí tan llano como en el Senegal; pero

la naturaleza es diferente. En aquella región ya no caen nunca las hojas.

Por todas partes se admira una vegetación sorprendente, una frondosidad ecuatorial de un verde esmeralda que parece la eterna juventud; de uno de esos verdes que los árboles de nuestros países no logran ostentar jamás, ni aún en lo más espléndido de la primavera.

Visto de lejos parece aquello un bosque sin fin, en una inmensa llanura, reflejándose en las aguas muertas y tibias, pero es un bosque insano, en cuyo húmedo suelo hormiguean sin cesar los reptiles.

XXIV

Y sin embargo, aquel país era también triste y silencioso, aquella exuberante naturaleza ofendía á la vista acostumbrada á las arenas del desierto.

En el pueblo de Poupoubal, el navío se detuvo, no pudiendo navegar más en el río.

Los pasajeros desembarcaron para esperar las canoas ó piraguas que debian conducirlos á su destino.

XXV

Una noche de Julio, á las nueve, Juan entró con Fatou y los spahis de la Gorea en una canoa, con

ducida por diez remeros negros bajo la dirección de Samba Boubou, patrón habil y piloto avezado de los rios de aquel pais, para subir hasta el puesto militar de Gadianga, situado á una distancia de algunas leguas

Aquella noche sin luna y sin nubes, una verdadera noche del ecuador, tranquila, despejada y ardiente, era hermosa.

Nuestros viajeros iban deslizándose por el río, con extraña rapidez, arrastrados por una corriente rápida y por el infatigable esfuerzo de los remeros.

Y las líneas que formaban las dos orillas iban desfilando en la obscuridad; los árboles, que la noche hacía ver como obscuras masas, pasaban como grandes y fantásticas sombras y huían sin cesar para dejar paso á nuevos fantasmas de formas distintas.

Samba-Boubou dirigía el coro cantado por los remeros; su voz triste y cascada daba una nota alta de un timbre salvaje y la filaba, como un quejido, hasta las escalas más bajas; entonces el coro repetia aquellas notas con lentitud y durante largas horas se oía el mismo canto monótono seguido de la misma contestación de los remeros.

Cantaron las alabanzas de los spahís, las de su caballos y hasta de sus perros; después las alabanzas de los guerreros de la familia Saumare y las de Saboutane, mujer legendaria del Gambia.

Y cuando la fatiga ó el sueño eran conocidos por

el movimiento regular de los remos, Samba-boubou silbaba entre dientes y aquel silbido de reptil repetido por todos reanimaba su ardor como por magia. Así fueron deslizándose toda la noche á lo largo de los inmensos *bosques sagrados* de la religión, en que gigantescos y añosos árboles extendían sobre sus cabezas enormes ramas grises; extructuras angulosas, aspectos gigantescos que se dibujaban vagamente á la pálida y difusa claridad de las estrellas... después, pasaban.

Al canto de los negros y al ruido del agua corriente se mezclaban los gritos guturales y siniestros de los monos y los graznidos de las aves acuáticas; todas las llamadas y todos los tristes ruidos de la noche resonaban en la soledad de aquellos bosques....

A veces también se mezclaban con este ruído gritos humanos, gritos de muerte, disparos y rumores de guerra.

Grandes claridades producidas por los incendios se elevaban á lo lejos por encima de los bosques indicando el sitio ocupado por los pueblos africanos. En todo aquel país se batían: Sarakholes contra Laudoumaus. Nalons contra Boubacayes y todos los pueblos eran incendiados más ó menos tarde.

Después, durante muchas leguas, todo volvia á caer en el silencio de la noche y de los inmensos bosques.

Y volvía á oirse el mismo canto de los remeros, el mismo ruido producido por los remos al batir las aguas, y seguía la misma caminata fantástica á traves de ellas.

La marcha parecía acelerarse cada vez más. El rio se había estrechado mucho, y más bien parecía un arroyo que surcaba los bosques.

La noche era profunda.

Los negros continuaban sus cánticos como entre sueños y remaban con verdadero furor como galvanizados por el deseo de llegar y por una fuerza sobrehumana..... ....

....

Por fin el río se encauza entre dos filas de frondosas colinas. Algunas luces brillan allá arriba sobre una gran roca que se dibuja ante nuestros viajeros; las luces parecen correr y bajar hacia ellos.

Samba-Boubou enciende una antorcha y lanza un grito de aviso.

Las gentes de Gadianga salen á su encuentro; han llegado.

Gadianga está allí, en la cima de aquella roca vertical.

Nuestros viajeros suben por escarpados senderos, alumbrados por negros con antorchas encendidas, y una vez allá arriba descansan en una gran tienda de campaña que se les ha preparado esperando el dia que no tardará en aparecer.

XXVI

Juan se despertó el primero después de una hora de sueño y á la claridad del día vió á todos sus compañeros que, medio desnudos, descansaban echados en el suelo con la cabeza apoyada sobre sus ropas. Bretones, Alsacianos y Picardos, casi todos de cabezas rubias, y Juan tuvo en aquel momento de despertar una especie de lucidez triste y misteriosa que le dió el presentimiento de que la mayoría de aquellos infelices desterrados, habían de encontrar la muerte antes de volver á su pátria.

Después contempló á su lado una forma graciosa de mujer con los dos negros brazos levantados en arco sobre la cabeza é inclinados hacia él como para sujetarle.

Entonce fué acordándose poco á poco de que la noche anterior había llegado á un pueblo de la Guinea, perdido en medio de las inmensas regiones salvajes, y de que estaba más que nunca alejado de la patria y en un lugar donde ni aún las cartas de sus padres le llegarían.

Sin hacer ruido para no despertar á Fatou y á los spahis que dormian todavía, se aproximó á la ventana abierta y miró aquel país desconocido.

Desde allí se dominaba un precipicio de cien me-

tros de altura y la tienda en que estaban los shapis parecia suspendida en el espacio al mirarla desde fuera.

Colinas frondosas que ostentaban masas de verdor como Juan no había visto nunca, se admiraban por uno y otro lado.

Y en el fondo de este cuadro estaba el rio, que los había llevado hasta allí, arrastrándose en larga cinta de plata que aparecía medio velada por los vapores matinales. Los caimanes, vistos desde aquella altura parecian gusanos de luz. Un aroma desconocido del spahi inundaba el ire.

Los remeros, extenuados de fatiga, dormían, acostados en su canoa, en el sitio en que habían quedado la víspera.

XXVII

Un límpido arroyo corría sobre un lecho de piedras oscuras entre dos murallas de rocas húmedas y pulimentadas. Los árboles formaban espesa bóveda, y el todo constituía un conjunto tan frondoso y tan fresco que se hubiera creído uno en todas partes, menos en un rincón del Africa.

Había allí mujeres desnudas, del mismo color de las rocas, que estaban lavando y charlando á un tiempo con animación sobre los últimos acontecimientos de la guerra que azotaba el país.....

.....

Juan salió á dar su primer paseo por aquel pueblo á que su destino le había llevado por un tiempo, cuya duración ignoraba. Los asuntos iban cada vez peor, y el pequeño puerto de Gadianga previa el momento en que tendría que cerrar sus puertas para dejar á la política negra tiempo de calmarse, de igual manera que cierra uno su ventana cuando cae un chaparrón...

Pero en todo aquello había movimiento, vida y originalidad hasta el exceso. Había allí verdura, bosques, flores, montañas y aguas vivas; una espléndida naturaleza, en fin, que no tenía nada de triste y sí mucho de misterioso y atractivo.....

.....

A lo lejos se oye el ruido del tambor: es una música de guerra que se aproxima y llega por fin atronadora. Las mujeres que lavan en el arroyo y Juan con ellas, levantan la cabeza y miran.

Es un jefe aliado que pasa con gran pompa, llevando la música á la cabeza de sus fuerzas.

Las armas y los amuletos de los guerreros que le siguen brillan á la luz del sol.

Cerca del medio día era cuando Juan subió al pueblo por senderos de verdura.

Las chozas de Gadianga están agrupadas á la sombra de los grandes árboles. Son muy altas y casi eletes bajo sus grandes tejados de paja.

Algunas mujeres duermen en aquellas chozas echadas en el suelo sobre blancos paños y otras, sentadas, mecen á sus hijos cantando con lentitud.

Y los guerreros que vuelven á su casa, armados de pies á cabeza, cuentan sus batallas de la víspera, mientras limpian sus grandes cuchillos.....

.....

No, decididamente, aquello no es triste.

Es verdad que el aire que se respira es sofocante; pero no tiene aquella pesadez terrible de las riberas del Senegal, y la poderosa savia ecuatorial que circula por todas partes, lo alegra y vivifica todo.

Juan mira y se siente vivir.

En aquel momento no siente haber ido allí, pues su imaginación no sospechaba nada semejante á aquellos países.

Más tarde, en su pueblo, cuando él esté de vuelta, podrá recordar con gusto aquella región lejana, al lado de sus padres y de su prometida.

Le parece que aquella temporada que va á pasar en el Ouankarak, es como una época de libertad en un magnífico país de caza, donde se interrumpirá la monotonía y la regularidad mortal del destierro.

XXVIII

Juan tenía un relój de plata ya viejo, al cual tenía tanto apego como Fatou á sus amuletos.

Era el reloj de su padre, que el pobre viejo le había entregado al tiempo de partir. Este y una medalla que llevaba colgada al cuello con una cadenita, eran los objetos que más apreciaba en el mundo.

La medalla tenía la imágen de la Vírgen, y se la había puesto su madre en cierta ocasión en que estuvo muy enfermo, siendo niño, muy niño...

Y sin embargo, recordaba perfectamente el día en que la medalla había tomado posesión del puesto que ahora ocupaba para no abandonarle jamás: estaba él en su cunita, postrado por una de esas enfermedades que padecen los niños (la única que había tenido en su vida), y al despertarse una vez, había visto á su madre que estaba á su lado llorando; era un dia de invierno, y por la ventana se veian las montañas cubiertas de blanquísima nieve... Su madre, levantando dulcemente su cabecita, le habia colgado al cuello aquella medalla; después le había dado un beso, y él se habia vuelto á dormir.

Hacía de esto más de quince años. Después aquel cuello habia engruesado mucho, y aquel pecho había ensanchado; pero la medalla permanecía fija en el mismo sitio, y Juan no habia sufrido nunca tanto como una vez (la primera que el spahí había ido á lugares donde anida el vicio), en que las manos de cierta mujerzuela, habían tropezado en la sagrada medalla, siendo por un momento objeto de mofa para aquella desgraciada criatura.

En cuanto al reloj, lo menos hacía cuarenta años que había sido comprado de lance por su padre, en el tiempo en que éste estaba en el servicio, con sus primeras economías de soldado. En otro tiempo debía haber sido un buen reloj, pero ahora era feo, abultaba mucho, y denotaba en todos sus detalles una edad venerable.

Su padre le consideraba aún como un objeto de gran mérito, pues entre los montañeses de su pueblo los relojes no abundaban.

El relojero de un pueblo vecino que le había compuesto en cierta ocasión, había declarado que tenía una máquina muy buena. Así es que su anciano padre, le había entregado aquella joya, compañera de su juventud, haciéndole toda clase de recomendaciones.

Juan le había usado al principio; pero en el regimiento, siempre que él miraba la hora, se oian ruidosas carcajadas, y *aquel caldero* había sido causa de tantas burlas, que el pobre Juan se había puesto dos ó tres veces rojo de cólera y de dolor. Preferiría haber recibido mil injurias él mismo ó haber sido abofeteado, que no haber oido faltar al respeto á aquel venerado relój. Esto le causaba tanto más disgusto, cuanto que en su interior se había visto obligado á reconocer también que aquel pobre y viejo relój tan querido era un poco ridículo. Esta circunstancia de verle así rebajado y menospreciado le había hecho tomarle aún mayor cariño.

Entonces, para evitarle semejantes afrentas, había cesado de llevarle y hasta había dejado de darle cuerda para no fatigarle, y mucho más que después de las sacudidas de aquel viaje y bajo la influencia de aquel clima de fuego habia empezado á marcar las horas todas confundidas.

Juan le había encerrado con amor en una caja donde guardaba sus objetos más preciosos, sus cartas y sus recuerdos del país.

Esta caja sagrada, que los marineros tienen siempre y los soldados alguna vez, era para Juan un objeto de adoración.

Fatou-Gayé tenía prohibición formal de tocarla.

Pero la curiosa negrita se sentía atraída por aquel reloj y habiendo encontrado por fin el medio de abrir el precioso cofrecillo, había aprendido ella sola á dar cuerda al reloj y á hacer girar sus manecillas.

Entonces aproximándole á su oído escuchaba entusiasmada aquellos ruiditos que le arrancaban exclamaciones y gestos de sorpresa.

XXIX

Jamás se experimentaba en Gadianga la más ligera sensación de frescura ó bien estar.

Desde por la mañana, bajo aquellos admirables verdores, la misma temperatura pesada y mortal; desde antes de salir el sol, en aquellos bosques habi-

tados por los monos, las cotorras y los colibris; en aquellos senderos llenos de sombra, en aquellas altas hierbas húmedas; por entre las cuales se arrastran las serpientes, siempre, siempre el mismo calor de estufa, húmedo, sofocante, envenenado...

Los pesados calores del ecuador, concentrados todas las noches bajo el follaje de los grandes árboles, permanecen allí y el aire que se respira es mortal.

Al cabo de tres meses, como se había previsto, el país estaba tranquilo y la guerra y las matanzas habían terminado.

Las caravanas empezaban á aparecer llevando á Gadianga, del fondo de Africa, oro marfil y plumas, todos los productos del Soudan y de la Guinea interior.

Y habiendo sido dada la orden para que volvieran los refuerzos, un navío fué á esperar á los spahís á la entrada del río para volverlos á llevar al Senegal.

¡Ay!.. No estaban ya todos!.. De doce que habían salido, dos no podían acudir al toque del regreso; dos dormían el sueño profundo de la muerte bajo la tierra cálida de Gadianga. La fiebre había hecho dos víctimas...

Pero la hora de Juan no había llegado, y un día nuestro spahí volvió á emprender en sentido inverso el camino que había recorrido tres meses antes en la canoa de Samba Boubou.

XXX

Eran las doce, ó sea el medio día, cuando una piragua mandinga, cubierta con un toldo mojado, partió llevando á los spahís.

Para aprovechar la sombra procuraban acercarse á la orilla y pasar bajo las espesas y frondosas ramas de los árboles.

El agua parecía estancada é inmovil como si fuera aceite, y sobre ella se veían levantarse por algunos sitios nubecillas de vapor que eran peligrosas emanaciones de fiebre.

El sol estaba en el zenit y caía á plomo desde el centro de un cielo gris violáceo.

El calor que hacía era tan grande, tan terrible, que los remeros negros se veían obligados á descansar de cuando en cuando á pesar de su resistencia. El agua tibia no podía apaciguar su sed y estaban como deshechos, como fundidos en sudor.

Y entonces, cuando se detenían, la piragua, arrastrada suavemente por una corriente casi insensible, continuaba su camino pegada á la orilla.

Entonces los spahís pudieron contemplar á su gusto á los habitantes de los inmensos árboles y de las enrramadas; esos habitantes que pueblan los pantanos de toda el Africa ecuatorial.

A la sombra en las espesuras que forman las grandes raíces, dormían aquellas familias.

Allí, á dos pasos de ellos, que pasaban sin ruído, deslizándose tan lentamente que ni aún asustaban á los pájaros, había caimanes extendidos muellemente en el fango, bostezando; había también ligeros airones blancos, que dormían hechos una bola que parecía de nieve y apoyaban una de sus patas para no mancharse sobre el lomo de los caimanes; había pájaros de todos los verdes y de todos los azules durmiendo la siesta junto á el agua en compañía de los perezosos reptiles; insectos preciosos y desconocidos; enormes mariposas que abrían y cerraban lentamente sus alas, asemejándose al cerrarlas á hojas secas y al abrirlas á brillantes y deslumbradoras joyas por sus reflejos nacarados y metálicos.

Entre aquel enjambre se veian sobre todo raices, raices de árboles colgando por todas partes en enredadas madejas, las había de todos los gruesos, de todos los calibres, enredándose á todo y por todas partes. Parecían millares de trompas de elefantes de brazos grises, queriendo enlazarse é invadirlo todo...

Cuando los remeros negros tomaron aliento empezaron á tararear por lo bajo su canción favorita y manejaron los remos con verdadero furor.

Entonces la piragua de los spahís, surcando las tranquilas aguas emprendió rapidamente el sinuoso curso del río.

A medida que se acercaban al mar las colinas y los grandes árboles iban desapareciendo, y aparecían las inmensas llanuras.....

.....

El calor sofocante del medio día había pasado, y algunos pájaros cruzaban el espacio.

A derecha é izquierda se abrian de cuando en cuando otras corrientes de agua tan tranquilas y tan silenciosas como la que seguían nuestros viajeros, y que iban á perderse á lo lejos, bordeadas por los mismos árboles y por la misma verdura.

Era necesaria toda la experiencia de Samba Boubau para no perderse en aquel dédalo de ríos.

No se oía ningún ruido, ni se veia ningún movimiento, á excepción de los enormes chapuzones de un hipopótamo, que turbaba el rumor cadencioso que producían los remos, dejando en las tranquilas aguas grandes remolinos.

Así es que Fatou Gayé, acostada en el fondo de la piragua para mayor seguridad, cerraba bien los ojos y se ocultaba bajo un doble abrigo de hojas y de telas mojadas.

Y es que la negrita se había informado bien y sabía qué clase de huéspedes suele haber en semejante sitios.

Cuando llegó á Poupoubal había hecho el viaje entero sin atreverse á mirar á ninguna parte.

Para decidirla á que se moviera, Juan tuvo que

darla su palabra de que habían llegado y de que era ya completamente de noche y, por consecuencia, el peligro no existía ya.

La pobre Fatou estaba acurrucada en el fondo de la piragua y á las palabras de Juan, respondía con la voz doliente de un niño mimado.

Pedía que Juan la llevase en brazos hasta tierra firme lo cual verificó al pie de la letra.

Estas maneras melosas encontraban siempre eco en el corazón del pobre spahí, que muchas veces mimaba á Fatou por esa necesidad de querer á alguien y de prodigar la ternura que rebosa de un corazón joven y bueno.

XXXI

El gobernador de la Gorea se acordó de la promesa que había hecho al spahí Pedro Boyer, y á su regreso, Juan, fué destinado á San Luis para terminar allí su tiempo de servicio.

Nuestro spahí no pudo menos de sentirse emocionado al ver reaparecer el país de la arena y la blanca ciudad.

Se sentía unido á aquella tierra como se siente uno unido á todos los lugares donde se ha vivido y se ha sufrido mucho tiempo.

Además sintió cierta alegría en los primeros momentos al encontrar casi una *ciudad*, casi la civiliza-

ción con las costumbres y los amigos de otro tiempo; cosas todas que había sido necesario que se viera privado de ellas para que ahora pudiese apreciarlas algo.

En San Luis del Senegal las casas no se alquilan fácilmente, así es que la de Samba-Hamet permanecía deshabitada al regreso de Juan y Fatou.

Volvieron, pues, á instalarse en ella y los días volvieron á tomar para el spahí el curso monótono de otro tiempo.

XXXII

Nada había cambiado en San Luis.

La misma tranquilidad en el cuartel, las mismas negras, machacando eternamente en sus morteros la harina para hacer el kouskous, los mismos ruidos familiares, y en otras horas el mismo monótono silencio y la misma calma de la naturaleza abatida ..

.....

Pero Juan estaba cada día más cansado de aquellas cosas.

También estaba más cansado de día en día de Fatou Gayé, y su querida negra había acabado por hastiarle.

Se había hecho esta cada vez más exigente y más mala; sobre todo desde que había comprendido la influencia que ejercía sobre Juan al ver que éste se

había quedado y había permutado por su causa.

Con frecuencia había entre ellos escenas borrascosas.

Fatou exasperaba al spahi á fuerza de perversidad y de malicia.

Entonces Juan había empezado á castigarla con el látigo, al principio dando flojo, pero luego más fuerte.

Sobre la desnuda espalda de Fatou Gayé los latigazos dejaban á veces marcadas endiduras: negro sobre negro.

Después el spahi lo sentía, y se avergonzaba de su conducta.....

.....

Un día, al volver á su casa, Juan había visto de lejos á un *kassonke*, una especie de gorilla negro, saltar rápidamente por la ventana.

No dijo una palabra porque, después de todo, le era igual lo que Fatou pudiera hacer.

Habían acabado por completo los sentimientos de lástima y quizá de ternura que Juan había sentido por ella.

Estaba cansado de ella, y la despreciaba, y solamente por inercia la conservaba á su lado.

El último año había llegado: ya no estaba lejos el fin, la vuelta al país querido. ¡Ya contaba por meses el tiempo que le separaba de su patria!

El sueño había huído de sus ojos, como suele suce-

der cuando se ha vivido algunos años en esos países enervantes, y pasaba las noches apoyado en el alfeizar de su ventana aspirando con voluptuosidad las brisas de aquel último invierno y sobre todo soñando con la vuelta al país.

Sentía un bienestar singular al contemplar esas hermosas noches de los países cálidos, esas claridades rosadas estendiendose sobre la arena y esos rastros plateados rielando sobre el agua tibia del rio.

Todas las noches el viento le llevaba de las llanuras de Sorr el grito lejano de los chacales... y ¡cosa rara! hasta aquel grito lúgubre había llegado á ser para él un ruido simpático y familiar...

Y cuando pensaba que muy pronto iba á dejar todo aquello para siempre, cierta tristeza incomprensible y vaga, dejaba caer una gota de amargura en la alegría que le proporcionaba la idea de por volver al hogar.

XXXIII

Hacía ya muchos dias que Juan no había abierto la caja en que guardaba sus objetos preciosos, y por consecuencia muchos tambien que no había visto su querido y viejo reloj.

Estaba en el cuartel ocupándose de su servicio, cuando de pronto, y sin saber por qué, pensó en él con inquietud.

Volvió á su casa más de prisa que de costumbre, y en cuanto llegó fué corriendo á abrir su caja.

Entonces dió un vuelco su corazón: ¡el reloj no estaba allí!...

Fué sacando nerviosamente todos los objetos uno á uno... pero nada... ¡no estaba!...

Fatou entretanto, tarareaba una cancion con indiferencia mirándole á hurtadillas, y ensartando en un hilo cuentas de vidrio, combinando la armonía de los tonos de color para el buen efecto de sus collares.

Eran estos grandes preparativos para las fiestas del día siguiente, las bauboulas de la Yabaski, en las cuales quería la negrita presentarse bella y engalanada.

—¿Eres tú quien le ha sacado de aqui, Fatou?... Dí pronto... ¡Te habia prohibido tocarle!... ¿Dónde le has puesto?

—*¡Ram!*... (¡No sé!) respondió Fatou con indiferencia.

Un sudor frío inundó la frente de Juan que estaba lívido de cólera.

Cogió á Fatou por un brazo y sacudiéndola con fuerza, le dijo:

—¿Dónde le has puesto?... Vamos, dí pronto.

—*¡Ram!*..... .....

.....

De repente Juan lo adivinó todo.

Acababa de ver un paño nuevo con zigszags azules

y de color rosa cuidadosamente doblado y colocado en un rincón... ¡preparado para la fiesta del día siguiente!..

El spahí comprendió

Cogió el paño, le desdobló, y luego dijo arrojándole al suelo:

—¡Tú has vendido el reloj, Fatou!..

¡Dí la verdad!

Y haciéndola hincar en el suelo las rodillas se apoderó del látigo con rábia.

Fatou sabía muy bien que había tocado á un talisman precioso y que su pecado era grave... ¡pero había hecho tantas cosas malas y Juan le habia perdonado tanto!...

Sin embargo, al mirar el rostro de Juan se asustó, nunca le había visto así.

Fatou lanzó un grito y se abrazó á las rodillas del spahí temblando de miedo.

—¡Perdón!... ¡Perdón! exclamó.....

.....

Juan se ponía loco en aquellos momentos de furor y no sabía lo que hacía.

Tenía esas violencias salvajes de los hijos de los bosques y golpeaba fuertemente sobre las desnudas espaldas de Fatou, marcando surcos de los que brotaba sangre que le excitaba aún más...

Después sintió vergüenza, y arrojando el látigo lejos de sí fué á dejarse caer en el *tara*.....

.....

XXXIV

Un momento después el spahí salía corriendo hácia el mercado de Guet-n'dar.

Fatou había confesado por fin y dado el nombre del mercader negro, á quien había vendido el reloj.

Juan entonces se dirigió hácia el sitio que le indicó la negrita con la esperanza de encontrar su querido reloj y volverlo á comprar. Acababa de cobrar el sueldo de un mes y aquel dinero debía bastarle.

Su paso nervioso iba acelerándose cada vez más, como temeroso de que durante el trayecto fuese otro á comprar su reloj.....

.....

En Guet-n'dar todo era ruido y confusión de toda clase de tipos, Babel de todas las lenguas del Soudan.

Allí está perpetuamente instalado el gran mercado lleno de gentes de todos los paises y en él se venden cosas preciosas y cosas que no valen nada. Hermosos encajes y toscas baratijas; comestibles y ungüentos; manuscritos y golosinas; esclavos y potaje; amuletos y legumbres.

Por un lado cerraba este cuadro un brazo del río con San Luis, haciendo ver sus lineas rectas y sus terrazas babilónicas, y destacándose de cuando en cuando sobre la deslumbradora blancura de sus casas de cal

algún que otro penacho amarillento de una palmera.

Por el otro lado Guet-n'dar, el hormiguero negro, cubierto de chozas de puntiagudos tejados.

En las caravanas que acampaban se veían camellos echados en la arena, moros descargando sus sacos de dátiles, vendedores y vendedoras acurrucadas en la arena, riendo ó disputando, voceando cada cual su mercancía, unos, pescados salados, otros alhajas y ropas viejas (muchas de estas últimas, robadas á algún cadáver.)

Por todas partes grisgris, amuletos, viejos fusiles, flautas, puñales con mango de plata, cuchillos de hierro manchados de sangre... cuernos de jirafas, guitarras viejas...

Y la mendicidad negra sentada alrededor bajo los amarillentos cocoteros.

Viejas leprosas que tendían sus manos llenas de úlceras pidiendo una limosna y viejos medio muertos extendiendo las descarnadas piernas llenas de llagas de las que manaban en abundancia los gusanos.

Y cayendo aplomo sobre este cuadro uno de esos soles cuyos rayos son tan abrasadores como el mismo fuego.

Y siempre, siempre el desierto por horizonte, siempre la llanura infinita del desierto.....

.....

Allí, delante del puesto de cierto Bob-Bakary-Diam, fué donde Juan se detuvo, interrogando con

ansiosa y rápida mirada y con el corazón palpitante, la multitud de objetos heterogéneos que se extendían delante de él.

—Ah, sí, blanco mío, (dijo Bob-Bakary-Diam en yolok y dirigiendo al spahí una amable sonrisa) ¿un reloj muy grande? . hace cuatro días que la niña me lo vendió por tres kalis de plata... Pues lo siento, blanco mío, pero dá la casualidad de que lo vendí aquel mismo día á un jefe de Trarzos que ha partido en caravana para Tombouctou.....

. .....

¡Todo había acabado, y ya no había que pensar más en el viejo reloj!..

El pobre Juan sentia una angustia y una opresión en el corazón como si hubiera perdido por su culpa á una persona querida.

Si siquiera hubiera podido ir á abrazar á su pobre padre y á pedirle perdón, se hubiera consolado un poco...

Y si siquiera el reloj hubiera caído en el mar ó en el río ó en cualquier rincón del desierto... ¡pero vendido así!.. ¡Profanado por aquel diablo negro de Fatou!.. ¡Esto era demasiado!..

Y nuestro pobre spahí hubiese llorado á lágrima viva si el exceso de su rabia no se lo hubiese impedido

¡Y todo por culpa de aquella Fatou que desde hacía cuatro años se venía apoderando de su dinero, de su dignidad y de su vida!..

Por tenerla á su lado habia perdido su ascenso, su porvenir; por ella se había quedado en Africa.

¿Y quién era después de todo?.. una criatura perversa, tan negra de cuerpo como de alma y rodeada de sortilegios y de amuletos.

Juan sentía horror por sus maleficios y un furor insensato por su maldad y por su imprudencia.

Cuando entró en su casa, la sangre hervia en sus venas, y sorda cólera se agitaba en su alma.

XXXV

Fatou le esperaba con ansiedad.

En cuanto entró, comprendió por la expresión de su rostro que no había encontrado el reloj

El spahí tenia un aspecto tan sombrío que la negrita pensó que iba á matarla.

Y Fatou comprendía perfectamente su furor; si á ella la hubiese cogido álguien cierto amuleto, el más precioso que tenía, uno que su madre le había dado siendo chiquita, en Galam... ¡oh!.. se hubiera arrojado sobre el ladrón y le hubiese matado si hubiera podido.

Comprendía que había hecho una cosa muy mala inducida por los malos espíritus, y por su gran defecto de ser tan amiga de componerse.

Sabía muy bien que era mala, y estaba tan arrepentida de haber dado aquel disgusto á Juan, que

no la importaba que la matase; pero antes hubiese querido abrazarle.

En aquella última época casi deseaba que la pegara, pues eran aquellos los únicos momentos en que la tocaba y en que ella podía tocarle, estrechándose contra él para pedirle perdón.

Aquella vez, cuando fuera á cogerla para pegarla, como no tenía miedo á nada, solo se ocuparía de abrazarle y de tratar de alcanzar sus labios.

Después se abrazaría á sus piés hasta que la dejase muerta y ese sería su castigo.....

.....

.....

Si el pobre Juan hubiese podido adivinar lo que pasaba en aquella alma negra, sin duda, para su desgracia, hubiese vuelto á perdonar, pues su corazón estaba siempre abierto á todos los buenos sentimientos.

Pero Fatou no hablaba porque comprendía que no podría expresar todo aquello.

Además, la idea de aquella lucha suprema en que iba á poder cogerle, abrazarle y morir por él, la encantaba.

Así es que esperaba, fijando en Juan sus grandes y relucientes ojos de azabache, con singular expresión de pasión y de ternura.

Pero Juan había entrado y no la había mirado ni la había hecho caso.

Fatou entonces se quedó sorprendida y sin poder comprender.

Juan había arrojado el látigo al entrar.

Estaba avergonzado de haber tratado brutalmente á aquella muchacha, y no quería volver á empezar.

Unicamente empezó á arrancar todos los amuletos que había colgados en las paredes y se había puesto á tirarlos por las ventanas.

Después cogió los paños, los collares, los bous-bous y las calabazas, y siempre sin decir nada, los fué arrojando todos.

Fatou empezaba á comprender lo que la esperaba; adivinaba que todo había acabado y estaba aterrada.

Cuando todo lo que la pertenecía estuvo fuera, desparramado por la plaza, Juan le indicó la puerta diciendo entre sus dientes apretados por la ira, con una voz sorda que no admitía réplica.

—¡Vete!

Y Fatou, con la cabeza baja, salió sin decir nada.

¡Oh! la negrita no había podido imaginar una cosa tan horrible como ser despedida así!

Le parecía que iba á volverse loca y la pobre seguía andando sin atreverse á volver la cabeza, sin encontrar ni una palabra que decir ni un suspiro que exhalar ni una lágrima que verter.

XXXVI

Después de esta escena, Juan se puso á recoger con calma todo lo que era suyo y á doblar y guardar cuidadosamente sus efectos como para hacer su ato de soldado.

Lo iba empaquetando todo con el mayor orden por la costumbre adquirida, á pesar suyo, en el regimiento y al mismo tiempo con mucha rapidez, pues tenía miedo de sentir lástima y ser de nuevo débil.

Se sentía algo consolado de aquella ejecución terrible porque le parecía como un tributo, como un homenaje debido á la memoria del pobre reloj, y al mismo tiempo orgulloso de haber tenido aquel valor, pensando que muy pronto abrazaría á su padre y se lo contaría todo para obtener su perdón.

Cuando terminó sus preparativos se dirigió á casa de Coura-n'diaye, la griota.

Allí vió á Fatou que había ido sin duda á refugiarse en casa de la negra, y estaba en un rincón acurrucada en el suelo.

Las esclavas la habían ayudado á recoger sus efectos y colocarlos on las calabazas que estaban á su lado.

Juan no quiso mirarla, y acercándose á Coura n'diaye la pagó el mes, previniéndola que en ade-

lante no habitaría su casa. Después echó sobre sus espaldas su ligero bagage y salió.....

.....

¡Pobre relój!

Hablando de él su padre, le había dicho:

«Juan, es un poco antiguo; pero es muy bueno y hoy día quizá no haya otro más seguro. Cuando tú más adelante seas rico, si quieres puedes comprarte uno á la moda, pero entonces me devolverás éste, pues le compré cuando estaba en el regimiento y hace ya cuarenta años que no se separa de mí.... y mira, cuando me entierren, si tú no le usas no dejes de ponerle en mi caja para que me haga compañía entonces, que tan solo estaré.»... .....

.....

Couran'diaye había tomado el dinero del spahí sin hacerle reflexiones sobre aquella brusca partida, con la indiferencia de una vieja cortesana cansada de todo.

Al salir Juan llamó á su perro que le siguió con las orejas gachas, como quien comprende la situación y no le agrada mucho partir.

Después el pobre animal echó á correr sin volver la cabeza siguiendo las calles de aquella ciudad tristísima que conducían al cuartel.

TERCERA PARTE

I

Como ya hemos dicho, Juan experimentaba un gran consuelo después de haber expulsado de su lado definitivamente á Fatou-Gayé.

Más tarde cuando hubo arreglado en su armario de soldado todo su modesto equipaje que desde la casa de Samba Hamet, había llevado al cuartel, se encontró mucho más libre y más tranquilo.

Le parecía que aquel era su primer paso hácia aquella bendita licencia definitiva para la que solo faltaban ya algunos meses..... ....
....

Sin embargo Juan tuvo aún lástima de la negrita y quiso enviarla algún dinero para ayudarla en cualquier determinación que pensara tomar.

Pero como prefería no volver á verla, encargó al spahí Muller de esta comisión.

Entonces Muller se dirigió á la casa de la griota Couran'diaye, pero alli le digeron que Fatou había partido.

—La pobre ha tenido todos estos dias mucha pena

—dijeron las esclavas en yoloff, rodeando al spahí, y hablando todas á un tiempo.

—Por las tardes no quería comer el kouskous que le preparábamos.

—Y por las noches (añadió otra) yo la he oido hablar sola, pero no he podido comprender lo que decía.

Lo cierto era que Fatou había partido antes de salir el sol cargada con sus calabazas.

Una mujer llamada Bafonfale Diop que era la que capitaneaba á las esclavas de Couran'diaye y persona muy curiosa por naturaleza, la había seguido de lejos y la había visto pasar el puente en dirección á N'dar-toute *como quien sabe muy bien á donde vá.*

En el barrio se creía que había ido á pedir asilo á cierto marabout muy rico que vivía en N'dar-toute y estaba enamorado de ella.....

.....

Todavía durante algún tiempo evitó Juan el pasar por el barrio de Couran'diaye.

Después no volvió á pensar más en aquello.

Le parecía que había recobrado su dignidad de *hombre blanco* y el contacto de aquella carne negra, las embriagueces pasadas y la fiebre de los sentidos excitados por el clima de Africa, no le inspiraban al recordarlo, más que un profundo disgusto.

Y se disponía á una nueva existencia de continencia y de honradez.

En adelante viviría en el cuartel como un soldado formal; haría economías para llevar á Juana Mery mil recuerdos del Senegal que luego servirían para adorno de su casa, cuando estuvieran casados. Paños bordados cuyos ricos colores serían el asombro de las gentes de su país y que en su casita les servirían de magníficos tapetes; pendientes de oro de Galam y una cruz que mandaría hacer expresamente para ella á los mejores artistas negros. Juana se los pondría para ir á misa los domingos y con seguridad no habría otra en el pueblo que llevara joyas más bellas.....

Y aquel pobre spahí de aspecto tan formal y grave, formaba en su cabeza mil proyectos infantiles de felicidad, de vida de familia y de tranquila honradez.....

Tenía Juan por entonces veintiseis años y representaba algunos más de edad, como suele suceder á los hombres que han hecho una vida ruda en el campo, en el mar ó en el ejército.

Aquellos cinco años de Senegal le habían cambiado mucho. Sus facciones se habían acentuado y estaba más moreno y más delgado; había adquirido un aire militar y árabe y sus espaldas y pecho habían ensanchado mucho, aun cuando su talle había permanecido delgado y esbelto. Elevaba su fez y retor-

cía su fino bigote negro con una gracia sin igual.

Su fuerza y su extremada belleza inspiraban una especie de respeto involuntario á cuantos se acercaban á él y generalmente nadie le hablaba ni trataba como á los demás.

Un pintor hubiera podido, en fin, encontrar en él un perfecto modelo para representar el tipo de la hermosura y de la perfección viril.

II

Un día Juan recibió dos cartas de su pueblo bajo un mismo sobre.

La una era de su madre y la otra de Juana, su prometida.

CARTA DE FRANCISCA PEYRAL A SU HIJO

»Mi querido hijo:

»Muchas noticias tenemos que darte desde nues-»tra última carta; pero no te desesperes al saberlas y »haz como nosotros que tenemos paciencia y no per-»demos nunca la esperanza ni la confianza en Dios.

»Empezaré por decirte que no hace mucho, vino al país un nuevo y joven escribano, el señor Próspero Suirot, á quien no quieren aqui mucho porque no es bueno para los pobres; pero no se puede negar que tiene una buena posición.

»Pues bien, este señor ha pedido la mano de Juana »y tu tío Mery le ha aceptado por yerno. Además de »todo esto, la madre de Juana ha venido á darnos »una escena. Dice que ha tomado informes tuyos

»y que no pueden ser peores. Que has tenido ahí, »viviendo contigo, una mujer negra y que la has »conservado á tu lado contra las observaciones de »tus jefes. Que por este motivo no te han concedido » ascenso alguno... en fin, muchas cosas, mi querido »hijo, que yo no podía creer; pero estaba todo escri»to en un papel impreso que nos ha enseñado y que »tenía el sello de tu regimiento.

»La pobre Juana ha venido á refugiarse á nuestra »casa, deshecha en lágrimas, diciendo que jamás se »casaría con Suirot y que no tendría más marido que »tú ó se metería en un convento.

»Te ha escrito esa carta que te envío donde te dice »lo que debes hacer. Ella sabe mucho y todo se le »ocurre. Haz todo lo que te diga y escribe letra por »letra á tu tio lo que ella te mande.

»Dentro de diez meses vas á volver á nuestro lado. »Teniendo buena conducta durante ese tiempo y ro»gando mucho á Dios, tal vez todo pueda arreglarse.

»Como puedes pensar, estamos muy tristes, y »tememos que su madre prohiba á Juana que vuelva »á nuestra casa.

»Tu padre se une á mí, querido hijo, para abra»zarte, y rogarte que nos escribas pronto.

»Tu madre que siempre te adora,

»FRANCISCA PEYRAL.»

Juana Mery á su primo Juan

«Mi querido Juan: estoy tan triste que desearía »morirme.

»Mis padres, de acuerdo con mi padrino, quie»ren casarme con ese Suirot, de quien ya te he ha»blado.

»Me marean á fuerza de decirme que es rico y que »me hace mucho honor al querer casarse conmigo. »Yo lo oigo como quien oye llover, y me estropeo los »ojos á fuerza de llorar.

»Mi querido Juan, soy muy desgraciada, porque todo »el mundo está contra mí. Olivette y Rosa se rien al »verme siempre con los ojos encarnados. Creo que »ellas desearian casarse con Suirot, si él las hubiese »elegido; pero yo sólo de pensarlo siento miedo y no »me casaré con él jamás, pues si me hacen llegar »hasta ese punto, me escaparé para entrar en el con»vento de San Bruno.

»Si siquiera pudiera ir á tu casa cuando quisiera »me consolaría hablando con tu madre, pues ya sabes »que la quiero como si fuera su hija; pero ya me han »reñido varias veces porque voy mucho, y si sigo »yendo, temo que me lo prohiban.

»Mi querido Juan, es necesario que hagas todo »lo que te digo. Sé que dicen cosas muy malas de tí, »y me figuro que las hacen correr con el sólo fin de »que yo te olvide; pero no creo una palabra de to»dos esos cuentos, y como te conozco muy bien, y

»sé que me quieres, he comprendido que todo es »mentira. De todas maneras, desearía que me dije»ras algo sobre esto para tener más seguridad, y que »me hablaras de tu cariño, pues siempre gusta oir »esas cosas, aun cuando uno las sepa. Además, quie»ro que escribas en seguida á mi padre pidiéndome en »matrimonio, y sobre todo, hazle la promesa de que »cuando vuelvas al país te conducirás siempre como »un hombre formal y bueno, y nadie tendrá nada »que decir de tí cuando seas mi marido... Después »yo le suplicaré de rodillas.

»¡Dios tenga piedad de nosotros, mi querido Juan!

»Tu prometida por toda la vida,

»JUANA MERY.»

En los pueblos no saben expresar los sentimientos del corazon, y las jóvenes educadas en el campo, aun cuando tengan sentimientos muy delicados, no saben expresarlos, y el vocabulario de la pasión está cerrado para ellas.

Era, pues, preciso, que Juana estuviese bajo la impresión de sentimientos muy vivos para que hubiese escrito aquella carta.

Juan, que hablaba también ese lenguaje cándido y sencillo, comprendió todo lo que allí se ocultaba de resolución y de amor, y en presencia de la constante fidelidad de su prometida, sintió admiración y esperanza. Puso en su respuesta todo cuanto pudo de ternura y reconocimiento y dirigió á su tio Mery

una petición en toda forma, acompañada de sinceras promesas de formalidad y buena conducta.

Después esperó, sin demasiada inquietud, la vuelta del correo de Francia..... .....

El Sr. Próspero Suirot era un joven escribano, raquítico, contrahecho, con ribetes de libre pensador, que arrojaba por el suelo las cosas más santas y respetables.

Emborronador de papel cuyos ojillos enrojecidos se ocultaban bajo ahumados anteojos; aquel rival hubiera causado lástima á Juan, que experimentaba una repulsion instintiva por los seres raquíticos y feos.

Seducido por el dote y por la hermosura de Juana, el escribanillo pensaba, en su estúpido orgullo, hacer mucho honor á Juana, ofreciéndole su fea persona y su ínfima posición social.

Había, pues, decidido, que después del matrimonio, y para ponerse á su altura, Juana, hecha ya una señora, se pusiera un sombrero que él pensaba comprarla.....

III

Seis meses habian pasado y las noticias que los correos de Francia habían llevado á Juan no eran ni buenas ni malas. Los asuntos de familia seguian lo mismo, según le decian.

Su tio permanecia inflexible; pero Juana seguía resistiendo, y en las cartas de la vieja Francisca, sabia siempre añadir algunas frases de esperanza y de amor para su prometido.

Juan no desesperaba, sino que por el contrario, estaba persuadido de que en cuanto llegara al país, todo se arreglaria fácilmente; así que se recreaba más que nunca, forjándose deliciosos proyectos.

Después de cinco años de destierro, la vuelta á su país le parecia la apoteósis de la felicidad.

Deseaba por momentos que llegara tan soñado instante, y ya se figuraba subir con su uniforme de spahi á la diligencia de su pueblo... ver reaparecer los Cevenes, las conocidas siluetas de sus montañas la carretera donde tanto había jugado, el lindo campanario, y por fin, su cabaña querida... Después.... después poder estrechar entre sus brazos con alegría delirante aquellos dos cuerpos tan viejos y tan amados...

Luego, los tres juntos irían á casa de los Mery... En el pueblo, viejos y jóvenes, saldrían á las puertas para verle pasar con su uniforme extranjero y su aspecto africano...

Enseñaría á su tio sus galones de sargento, que por fin había conseguido hacía unos días y cuyo efecto sería irresistible... Después de todo no era malo su tío; en otro tiempo le había reñido mucho, pero también le había querido; Juan se

acordaba muy bien de esto. (De lejos en el destierro se ve siempre bajo muy buen aspecto á los que han quedado en el hogar; se los recuerda afectuosos y buenos y se olvidan por completo sus defectos.) Así, pues, consideraba Juan imposible que su tío no se enterneciese al ver delante de él á los que querían ser sus dos hijos que le suplicaban juntos .... ¡Vaya si se enternecería!... y entónces pondría la mano de Juana agitada y temblorosa en la del feliz spahí...

¡Oh qué dicha!... ¡qué vida tan hermosa y tan dulce!... ¡que paraíso en la tierra!.....

....

Había entre sus sueños un punto en el cual Juan no quería detener su pensamiento, pues le era muy desagradable.

Era este punto el tener que vestirse como los hombres de su pueblo y que cubrir su cabeza con el modesto sombrero que usan los montañeses.

Le parecía que, bajo aquel traje, no sería ya el arrogante spahí.

Cubierto con el rojo uniforme había aprendido lo que sabía de la vida; en el suelo de Africa se había hecho hombre, y aunque no lo notase, amaba todo esto; amaba su fez árabe, su sable y su caballo... y lo que es más, amaba aquel inmenso país maldito y su desierto abrasado.....

....

Juan no sabía qué amargas decepciones esperan muchas veces á los marinos, á los soldados y á los spahis, cuando vuelven á ese pueblo tan soñado que han dejado siendo aún niños y que de lejos veían á traves de tan encantadores prismas.

¡Ah!... ¡Cuánta tristeza y cuánta monotonía encuentran á veces en el soñado país esos pobres desterrados!

Y muchos, muchos spahis como él aclimatados, enervados en la tierra Africana, han llorado al recordar las desoladas riberas del Senegal.

Entónces, cuando se está acostumbrado á ellas, y ya no se tienen, se echan de menos muchas cosas; las largas jornadas á caballo, la vida libre, el exceso de luz y los desmesurados horizontes.

En medio de la tranquilidad del hogar se siente algo como la necesidad de un sol devorador y de un calor sofocante, y el alma se siente invadida por la nostalgia de las arenas del desierto.

IV

Entre tanto Boubakar-Segú, el gran rey negro, hacia de las suyas en el Diambour y en el país de Djiagabar.

En todos los círculos oficiales de San Luis se hablaba de una nueva guerra.

Este asunto era comentado y discutido de mil ma-

neras entre los soldados, spahis, tiradores y tropas de infantería de marina

Aquellos eran los rumores del día y cada uno hablaba de sus deseos y esperanzas de ganar entonces el ascenso, una medalla ó un grado.

Juan, que como sabemos, iba á terminar su servicio, se prometía ganar allí todo lo que había perdido por su pasada conducta.

Ya se veía, ostentado en el ojal la cintita amarilla que alcanzan los valientes, la medalla militar.

Quería despedirse del país negro ejecu ando algún acto de valor que dejara su nombre eternamente escrito en aquel barrio de los spahis, donde tanto había vivido y sufrido..... .....

Entre los cuarteles, la comandancia de marina y el gobierno había durante todo el día un rápido cambio de correspondencia.

Los spahis veían llegar de continúo grandes pliegos sellados y lacrados que excitaban su curiosidad y los hacian soñar.

Esperaban el momento de una expedición larga afilando sus sables de combate y ordenando sus municiones entre frases de valor, vasos de ajenjo y alegres bromas.

V

Estamos en los primeros dias de Octubre.

Juan, que circulaba orden desde por la maña-

na para entregarla á derecha é izquierda tenía que ir en último lugar al palacio del Gobierno para llevar un gran sobre oficial.

En la ancha calle tan sola y tan triste como una de Thebas ó de Memphis, vió venir hacia él iluminado por la fuerza del sol á otro hombre vetido de rojo que le enseñaba una carta.

Entonces Juan tuvo un presentimiento triste; sintió un temor vago, y apresuró el paso.

Era el sargento Muller que llevaba á los spahis el correo de Francia llegado hacía una hora de Dakar.

—Toma Peyral... esto es para tí, le dijo tendiéndole una carta en cuyo sobre se veía el timbre de su querido pueblo.

VI

Aquella carta que Juan esperaba hacía un mes le quemaba las manos y temblaba á la sola idea de leerla.

Resolvió acabar primero su misión y leerla después.

Llegó á la verja del Gobierno, cuya puerta estaba abierta, y entró.....

.....

En el jardin se notaba la misma animación que en la calle.

Una gran leona domesticada se estiraba al sol haciendo movimientos y monerías de gata enamora-

da. Algunos avestruces dormían en el suelo junto á los rígidos y azulados áloes

No se veía á nadie y reinaba allí el silencio de la muerte.

Sobre las grandes y blancas terrazas, las palmeras dibujaban sus sombras inmóviles.

Juan, buscando gente, llegó hasta unas oficinas donde encontró al gobernador hablando con diferentes jefes del servicio colonial.

Allí, ¡cosa extraordinaria! se trabajaba con animación y parecían discutirse cosas graves en aquella hora tradicional en el Senegal del reposo y de la siesta.

En cambio del pliego que llevaba Juan le dieron otro dirigido al comandante de los spahis.

Era la orden definitiva de ponerse en marcha que aquella misma tarde fué comunicada á todas las tropas de San Luis.

Cuando Juan se encontró en la solitaria calle no pudo contenerse y abrió su carta temblando.

Aquella vez solo encontró la letra de su pobre madre... letra más temblorosa que nunca y medio borrada por las lágrimas.

Juan devoró aquellas líneas y se llevó las manos á la cabeza, teniendo que apoyarse contra el muro para no caer.....

Según había dicho el gobernador el pliego entregado á Juan era cosa urgente.

El spahi besó pues con piadoso respeto la firma de su madre y siguió su marcha tamba leándose como si estuviese borracho.....

.....

¿Era posible?... ¿Había acabado todo para siempre?

Al pobre spahi le habían robado su prometida... ¡Su prometida de la infancia, la que sus padres le habían elegido!.....

.....

Las amonestaciones se han publicado ya y la boda tendrá lugar antes de un mes.

«Ya hace tiempo que venía yo sospechando que al fin sucedería esto pues desde hace un mes Juana no ha vuelto á vernos; pero no me he atrevido á decírtelo hasta hoy por no atormentarte y en vista de que nada podíamos hacer.

»Estamos en medio de la mayor tristeza, querido Juan, pues tu padre ha pensado ayer una cosa que nos asusta y es que tal vez desesperado, no quieras volver al país y te quedes en Africa.

»Los dos somos muy viejos, mi querido Juan, y tu pobre madre te pide de rodillas que no por esta desgracia que nos ha ocurrido, dejes de venir cuanto antes puedas pues te esperamos impacientes.

»Si no lo haces así, yo prefiero la muerte y tu padre tambien.....

.....

Tumultuosos é incoherentes pensamientos se agolpaban á la cabeza de Juan.

El joven calculó rápidamente las fechas... No, aún no había concluído todo... Todavía aquel matrimonio no era un hecho... Podría recurrir al telégrafo... ¿Pero en qué estaba pensando? Entre Francia y el Senegal no había telégrafo y aunque le hubiese habido ¿Qué hubiese podido decirles?

Si al menos él hubiese podido partir inmediatamente para ver si conseguía llegar á tiempo, arrojarse á sus pies, con súplicas, con lágrimas, tal vez hubiera logrado enternecerles... Pero ¡ay! no tenía libertad... y además estaba tan lejos .. ¡Dios mío! ¡que imposibilidades!... ¡Que impotencia!... Todo, todo habría concluído antes que él pudiera enviarles siquiera un grito de dolor.

Y le parecía que una pesada maza golpeaba sus sienes y su cabeza, y que una mano de hierro oprimía su corazón.

Se detuvo de nuevo para volver á leer la carta, y después recordando que llevaba una orden urgente que entregar, la guardó y echó á andar apresuradamente.....

Todo al rededor de Juan respiraba esa calma silenciosa y triste que reinaba en el Senegal á las horas del medio día.

Las antiguas casas moriscas se alineaban todas correctamente ostentando su deslumbradora blancura bajo el intenso azul del cielo.

A veces, al pasar se oía detrás de sus muros de ladrillo, la canción quejumbrosa y soñolienta de alguna negra.

O bien en el umbral de alguna puerta, se veia el lindo cuerpo de un negrito como el ébano que dormía presentando al sol su barriga, completamente desnudo, llevando al cuello una sarta de coral y marcando con su cuerpo una mancha oscura en medio de aquella uniformidad de claridad y de luz.

Un lejano ruido de morteros, que molian el *kous-kous*, monótono y regular como el mismo silencio, llegaba de Guet-n'dar amortiguado por las capas cálidas y pesadas de la admósfera del medio día.

Aquella tranquilidad de la naturaleza abatida y cansada, parecía contribuir á la exaltación del pobre Juan y á amargar su dolor.

En aquel momento, aquel país le hizo el efecto de una gran tumba.

El pobre spahí despertaba de un largo sueño de cinco años y sentía una inmensa indignación, ¡indignación contra todo y contra todos!

¿Por qué le habían arrancado de su país, del lado de su madre? ¿Por qué le habían llevado en los mejores años de su vida á vivir á aquella tierra maldita?... ¿Con qué derecho habían hecho de él ese ser desgraciado á quién llaman spahí, desheredado de la suerte, desterrado de su patria, olvidado de todos y, por fin, abandonado, despreciado por su prometida?:..

Juan sentía una rabia desesperada en su corazón. No podía llorar y hubiera necesitado apoderarse de algo ó de alguien para torturarle, destrozarle, y hacerle añicos entre sus robustos brazos...

Y nada, nada á su alrededor más que el silencio, el calor y la arena.

¡Ay!... ¡estaba sin un amigo en aquel país, sin un compañero á quien poder confiar sus penas!...

¡Dios mío, Dios mio! ¡qué solo y que abandonado estaba en el mundo!

VIII

Juan llegó al cuartel y entregó el pliego que le habían confiado.

Después salió apresuradamente y emprendió una carrera rápida y sin objeto... Era su manera de mitigar el dolor...

Pasó el puente de Guet n'dar y se dirigió hacia la punta de Berbería como aquella noche en que, desesperado, había salido cuatro años antes de casa de Cora...

Pero su desesperación de entonces era la de un niño á qnien se le ha roto un juguete, mientras que la de ahora, era la desesperación profunda y sombria de un hombre que ve rota, destrozada su vida.

Estuvo mucho tiempo andando hácia el sur, perdiendo de vista á San Luis y los pueblos negros, y por

fin se sentó estenuado al pie de un montículo de arena que dominaba el mar.

Sus ideas se confundían y estraviaban. El calor de aquel día había contribuido á trastornarle.

Notó que nunca había estado en aquel sitio y paseó una mirada distraída á su alrededor.

Aquel montículo, estaba todo herizado de estacas que ostentaban inscripciones en la lengua de los sacerdotes del Maghrel.

Por el suelo se veían algunos osamentos desenterrados por los chacales.

Se veían también algunas matas de verdura, como perdidas en medio de aquella aridez absoluta.

De trecho en trecho, se elevaban otros montículos fúnebres, cuyo aspecto lúgubre se destacaba en la inmensa llanura.

Por la playa se paseaban grandes bandadas de pelícanos de un blanco rosado, á los cuales el espegismo crepuscular prestaba á lo lejos formas singulares de dimensiones inverosímiles.

El sol había ído ocultándose en el Occeano y soplaba un viento más fresco.

Juan sacó la carta de su madre y empezó á leerla.....

Estamos en medio de la mayor tristeza, querido Juan, pues tu padre ha pensado ayer una cosa que nos asusta, y es, que tal vez desesperado no quieras volver al país y te quedes en Africa.

»Los dos somos muy viejos, mi querido Juan, y tu pobre madre te pide de rodillas, que no por esta desgracia que nos ha ocurrido, dejes de venir cuanto antes puedas, pues te esperamos impacientes. .

»Si no lo haces así, yo prefiero la muerte y tu padre también.»..... .....

.....

Entonces el pobre Juan sintió que su corazón se desgarraba... Amargos sollozos agitaron su pecho y toda su indignación se deshizo en lágrimas.....

....

IX

Dos dias después todos los navíos de la marina necesarios para la expedición estaban agrupados en el norte de San Luis, en el recodo del río, junto á Pop-n'kior.

El embarque de las tropas se verificó en medio de una gran aglomeración de gente.

Todas las familias de los tiradores negros, mujeres y niños, llenaban los ribazos y aullaban al sol como locos.

Algunas caravanas de moros, que venían del fondo del Soudan con sus camellos, sus sacos de cuero, y sus hermosas y jóvenes mujeres, se formaban en apretados círculos para presenciar el espectáculo de la salida de las tropas.

Hácia las tres, toda la flotilla que debía subir el río hasta Dialde se puso en movimiento con su cargamento de hombres y partió bajo un calor atroz.

X

San Luis se alejaba... Sus líneas regulares iban borrándose poco á poco.

De cada lado del río, se estendían hasta perderse de vista, grandes é insalubles esplanadas desiertas, eternamente abrasadas, eternamente tristes y abandonadas...

Y eso que aquellas llanuras no eran más que la entrada de ese gran país olvidado de Dios... el vestíbulo de las grandes soledades africanas.

Juan y los demás spahis se habían embarcado en la *Faleme*, que marchaban á la cabeza y debía muy pronto tomar un adelanto de dos dias.

En el momento de partir, Juan había contestado apresuradamente á la vieja Francisca.

El pobre jóven, después de muchas reflexiones había decidido no escribir nada para su prometida.

En aquella carta á su madre, había puesto toda su alma para consolar á la pobre anciana y devolverla la tranquilidad y la esperanza.....

....

«Así como así (había escrito) *ella* era demasiado rica para nosotros . Ya encontraremos en el país al-

guna otra muchacha que me quiera; arreglaremos para habitarla nuesta casita vieja y así estaremos más cerca de vosotros.

»Mi único pensamiento, queridos padres, es el del dia feliz en que pueda volver á veros.

»Dentro de tres meses estaré de vuelta y os juro que ya nunca, nunca me separaré de vosotros.....

.....

Al decir ésto el pobre spahí, decía en efecto la verdad, pues su único pensamiento eran sus padres queridos...

¡Pero ay! lo que no era cierto, era su afectada tranquilidad al hablar de compartir su existencia con otra que no fuera su adorada Juana...

Aquel dolor había venido á amargar todas las alegrías... aquel tristísimo pensamiento arrojaba un negro velo sobre el risueño cuadro de la vuelta al hogar...

Por más esfuerzos que hacía para animarse, sentía que su vida no tenía objeto ya, ni aspiraciones, y que delante de él, el porvenir se había cerrado para siempre...

A su lado, en el puente de la *Faleme* estaba sentado el gigante Nyaor-fall, el spahí negro, al cual nuestro spahí había confiado su pena, como á su fiel y único amigo.

Nyaor, no podía explicarse aquellos sentimientos pues él no había amado jamás.

A la sazón vivía con tres mujeres compradas y pensaba venderlas cuando hubiesen cesado de gustarle.

Sin embargo, veia claramente que su amigo Juan era desgraciado, y le sonreía con dulzura recitándole, para distraerle, cuentos negros capaces de hacer dormir á una piedra.

XI

La flotilla subía el río con toda la rapidez posible, siendo amarrada á la puesta del sol y volviéndose á poner en marcha en cuanto despuntaba el día.

En Richard-tall, el primer puesto de guerra francés, se habían embarcado aun más hombres, más negros y más materiales.

En Dugana se detuvieron dos días, y la *Faleme*, recibió orden de continuar sola su camino hacia Podor, que era el último puesto, antes de llegar al país de Galam, donde algunas compañías de tiradores estaban ya reunidas.

XII

La *Faleme* seguía caminando por el rio á través del inmenso desierto, internándose rápidamente en el interior.

Cruzaban nuestros viajeros esa parte del río estre-

cha y de aguas amarillentas que separa el Shara, del gran continente misterioso, habitado por los hombres negros.

Y Juan, miraba melancólicamente las soledades que pasaban ante sus ojos, siguiendo el horizonte que huía y la cinta sinuosa del Senegal que se perdía detrás de él en lontananzas infinitas.

Aquellas llanuras malditas se estendian sin fin ante su vista, cansándole una impresión penosa, una indefinible opresión en el corazón, como si á medida que iba internándose en aquel país, el camino que había andado se hubiera cerrado para él y ya nunca, nunca hubiese podido volver sobre sus pasos.

En las tristes riveras se veian de cuando en cuando grandes buitres negros semejantes á siluetas humanas.

Alguna vez un mono curioso separaba las malezas para mirar como pasaba el barco, ó bien de entre el ramaje, salia una fina crestecita blanca de algún precioso pájaro, que ostentaba en sus alas las delicadas tintas de la esmeralda y la turquesa, cuyo vuelo despertaba á algún caiman perezoso, dormido en el cieno.

En la rivera del sur (la rivera de los hijos de Cam) se veia de trecho en trecho algún pueblecillo, perdido en aquella inmensa desolación.

La llegada á aquellos lugares habitados por hombres, era siempre anunciada desde muy lejos por

dos ó tres palmeras gigantescas que servian de centinelas avanzados.

En medio de la inmensa y desnuda esplanada, aquellas palmeras parecían enormes colosos apostados para guardar el pueblo. Sus troncos de un gris rosado, rectos y pulidos, estaban hinchados como las columnas bizantinas, y sus copas estaban cubiertas de pobre y amarillento ramage.

Muy pronto, al aproximarse más, se distinguía un hormiguero negro y las puntiagudas chozas agrupadas en masas compactas, que aparecían como un gran manchon gris sobre las amarillas arenas.

Algunas veces estas ciudades africanas eran muy grandes y estaban cercadas por muros muy gruesos, formados de tierra y madera.

Estos muros servían de defensa contra los enemigos y contra las fieras.

Una bandera de tela, que flotaba sobre la choza más elevada de todas, indicaba la morada del rey.

En algunas puertas aparecían las tétricas figuras de los ancianos jefes y de los sacerdotes, cubiertos de amuletos, cuyos desnudos brazos negros destacaban sobre sus amplias vestiduras blancas.

Contemplaban con la mayor tranquilidad el paso de *la Faleme*, cuya artilleria estaba dispuesta á hacer fuego sobre ellos, al menor movimiento de hostilidad.

Era un problema inesplicable el modo de vivir

de aquellos hombres; en medio de aquel país árido y estéril, no se concebía cuáles podrían ser las ocupaciones y la existencia, detrás de aquellas murallas grisis, de unos séres que no conocían absolutamente nada fuera de aquellas soledades y de aquel implacable sol.....

En la ribera del norte, ó sea la del Shara, la desolación de aquel tristísimo país, presentaba otro aspecto.

A lo lejos se veían grandes hogueras encendidas por los moros, de las cuales se elevaban inmensas columnas de humo que iban subiendo rectas hasta una altura elevadísima, en medio de aquel aire inmovil.

En el horizonte se veían enormes colinas completamente rojas, como carbones encendidos, que formaban en unión de aquellas hogueras un fuego sin límites.

Y allí, donde no había más que sequía y abrasadoras arenas, un contínuo espegismo hacía aparecer grandes lagos, en que todo aquel incendio se reflejaba invertido.

Algunos vapores temblorosos, como los que se elevan de las fraguas, envolvían este cuadro y aquellos engañosos paisajes que no eran más que un reflejo, temblaban, y se desformaban bajo el intenso calor, cambiando como estrañas visiones ante los ojos fatigados y deslumbrados del que se detenía en su contemplación.

De cuando en cuando, aparecían sobre esta ribera grupos de hombres de pura raza blanca.

Estaban estos bronceados por el sol y en estado completamente salvaje, pero sus facciones eran regulares y hermosas, y sus magníficas cabelleras onduladas, les daban el aspecto de profetas bíblicos.

Llevaban la cabeza descubierta á los rayos del sol y cubrían su cuerpo con largas vestiduras, especie de túnicas, de un azul muy obscuro.

Eran moros de la tribu de los Braknas ó de los Tzarzas, bandidos, pillos, desvalijadores de las caravanas ambulantes; la peor en fin de todas las razas africanas.

XIII

La brisa del éste, que es como la poderosa respiración del Shara, se había levantado poco á poco y su intensidad aumentaba á medida que se alejaban del mar.

Un viento seco y caliente como el soplo de una fragua, pasaba por el desierto levantando un finísimo polvo de arena y trayendo consigo la ardiente sed de *Bled el Ateuch*.

Continuamente se estaba arrojando agua sobre las tiendas que cobijaban á los spahis.

Un negro con una manga da riego enganchada en una bomba, trazaba con el agua que arrojaba

ésta, caprichosos dibujos que desaparecían casi instantáneamente evaporados en la atmósfera alterada y sedienta.

Entre tanto, Podor se aproximaba.

Era Podor una de las ciudades más grandes que se levantaban junto al río, y ya su animación comenzaba á notarse en la ribera del Sahara.

Nuestros viajeros estaban á la entrada del pais de los Donaich, pastores enriquecidos por las *razzias* de rebaños hechas en los paises negros.

Aquellos pastores moros, cruzaban el Senegal á nado en grandes caravanas, llevando con ellos, y á nado también, los rebaños que habian robado.

El campamento se divisaba ya en las llanuras sin fin.

Las tiendas hechas con pieles de camello levantadas sobre largas estacas, parecían enormes alas de murciélago estendidas en las arenas, y formaban extrañas figuras negras que se destacaban en aquel suelo de color de oro.

Por aquel lado se notaba la animación, el movimiento y la vida.

A las orillas del río, acudían numerosos grupos para mirar con curiosidad á nuestros viajeros

Estos grupos estaban formados por hermosas moras de piel bronceada, que medio desnudas y llevando en su frente algunas sartas de coral, iban sentadas en unas vacas pequeñas y gibosa.

Detrás de ellas iban algunos muchachos desnudos, con la cabeza afeitada, en la cual ostentaban una sola mecha que dejaban crecer en la parte superior. Su cuerpo era belludo y musculoso, como el de jóvenes sátiros.

XIV

Podar es el puesto de guerra francés más importante, como ya hemos dicho, que existen en las riberas del Senegal, y además uno de los puntos más calurosos de aquella tierra.

Lo primero que se ve es una gran fortaleza azotada por el sol.....

Después una calle casi sombría que se extiende á lo largo del rio y en la que se ven algunas casas muy antiguas de aspecto triste.

Los *tratantes* franceses con sus rostros amarillentos por la fiebre y por la anemia, los mercaderes, moros ó negros, acurrucados en la arena, y toda clase de vendedores africanos, se agitaban allí pregonando sus mercancías, gritando y moviéndose sin cesar.

Detrás de aquella calle medio europea se extiende una gran ciudad, compuesta en su mayoría de chozas y dividida por calles anchas y rectas.

Cada barrio está rodeado de las espesas tapias de tierra y madera de que antes hemos hablado, fortificado como una ciudadela.

Juan salió á dar un gran paseo en compañía de su amigo Nyaor.

Los tristres cantares que partian de detrás de aquellos muros, entonadas por voces extrañas, aquel viento abrasador y el aspecto de aquella ciudad desconocida, le causaban una especie de terror vago, de inexplicable angustia, en la que se mezclaban la nostalgia, la soledad y la desesperación

Nunca, ni aún en los lejanos lugares del Diakka-llente, se habia sentido tan aislado ni tan triste.

Alrededor de Podar hay algunos campos de trigo, algunos árboles enfermizos, malezas y algo de hierba.

Enfrente, en la ribera de los moros, todo estaba completamente desierto.

Y sin embargo, á la entrada de una carretera apenas comenzada, un cartel ostentaba esta inscripción profética: *Carretera de Argel.*

XV

Eran las cinco de la mañana, y el sol pesado y rojo aparecía ya en el país de los *Donaich.*

Juan fué á embarcarse de nuevo en la *Faleme,* que se disponía á partir.

Las pasajeras negras estaban ya tendidas en el puente, envueltas en sus vistosos paños, y tan apretadas las unas contra las otras, que no se veia en el

suelo más que una masa confusa de telas, por encima de las cuales se agitaban muchos brazos negros cargados de pesados brazaletes.

Juan, que pasaba por entre ellas, se sintió de pronto retenido por dos brazos torneados que se enlazaron á una de sus piernas como dos serpientes.

La mujer tenía el rostro contra el suelo y le besaba los piés.

—¡Juan!.... ¡Juan! (exclamó una vocecilla chillona que nuestro spahi conocia demasiado). Te he seguido temiendo que *traspases los umbrales del paraiso* (que mueras) en la guerra.

Y luego añadió:

—¡Oh, Juan, Juan! ¿No quieres mirar á tu hijo?

Y los dos brazos negros levantaron á un niño bronceado y le presentaron al spahí.

—¿Mi hijo? .. ¿Mi hijo? (repitió Juan con su brusquedad de soldado, pero con una voz que á su pesar temblaba) ¿Qué cuentos son esos, Fatou-Gayé?.....

....

—Es cierto (dijo Juan con extraña emoción é inclinándose para ver mejor al niño). Es cierto... ¡Es un niño casi blanco!..... .....

.....

.....

El niño no había querido nada de la sangre de su madre y era todo entero de la de Juan... Estaba bronceado, pero era blanco como el spahí; tenía sus

mismos ojos, grandes y profundos, y era hermoso como él.

El angelito tendía hacia Juan sus manecitas y le miraba, arrugando su pequeño entrecejo, con una expresión ya grave, como tratando de comprender lo que había venido él á hacer en la vida, y cómo su sangre de los Cevenes estaba mezclada con aquella impura sangre de la raza negra.

Juan se sentía vencido por una inexplicable fuerza interior llena de confusión y de misterio.

Se inclinó hacia su hijo, y le besó dulcemente con inexplicable ternura.

Sentimientos hasta entonces desconocidos, penetraron hasta el fondo de su alma.

Tambien la presencia de Fatou-Gayé había despertado en su corazón multitud de ecos, largo tiempo dormidos: la fiebre de los sentidos, la costumbre de la posesión, habian anudado entre éllos lazos tan fuertes, que ni la separación había podido destruir.

¡Además, aquella mujer al menos le había sido fiel á su manera!... ¡Y él se encontraba tan abandonado!...

Juan dejó á la negrita que colgase de su cuello un amuleto de Africa, y compartió con élla su ración del día.....

.....

XVI

El navío continuó su camino.

El rio corria más hacia el Sur, y el paisaje cambiaba de aspecto.

Ahora se veian arbustos sobre las dos riberas, delicadas acacias americanas, sensitivas, tamarindos de frescas hojas, y por todas partes hierba y musgo.

Nada recordaba ya la flora tropical: parecía más bien la vegetación delicada de los climas del Norte.

Aparte de aquel exceso de calor y de silencio, nadie hubiera creido encontrarse en el corazón de Africa, sino más bien atravesando algun apacible rio de Europa.

Nuestros viajeros pudieron admirar á su paso algunos idilios negros.

Bajo aquellos bosques, donde todas las pastorelas de Watteau hubiesen encontrado su puesto, se veia á veces una enamorada pareja africana, cuidando de algun rebaño.

Y Fatou-Gayé sonreía. Sus ojos se iluminaban de una inmensa alegría.

¡Era que reconocía la aproximación de su querido país de Galam!...

Y sin embargo, la negrita se sentía inquieta, y cuando pasaban por los inmensos pantanos cenagosos rodeados de malezas, cerraba los ojos por mie-

do de ver salir de entre sus aguas estancadas y sú-cias á algún *ngabou*, (hipopótamo) cuya aparición hubiese sido fatal para ella y los suyos.

Imposible sería explicar toda la habilidad que había desplegado la negrita, toda la paciencia y la picardía que había necesitado para hacerse admitir en aquel navío, donde había sabido que se embarcaba Juan.

¿Dónde se había refugiado la infeliz al dejar la casa de la Griota?

¿En qué asilo se había refugiado para dar á luz al hijo del spahi?.....

¡Cuán dichosa se sentía Fatou-Gayé en aquellos momentos!

¡Volvía á su país y volvía con él!

¡Este era su sueño dorado!.....

.....

XVII

Dialdé estaba situado en la confluencia del Senegal y de un río sin nombre procedente del sur.

Había allí un pueblo negro de escasa importancia, defendido por un pequeño blockhaus de construcción francesa, que recordaba los fuertes de la Argelia interior.

Aquel era el punto más próximo al país de Boubacar Segon, donde las fuerzas francesas debían

reunirse y acampar con el ejercito aliado de los Bombaras enmedio de las hordas amigas.

En los alrededores del pueblo, el país llano y árido, tenía esa tristeza y esa monotonía caracteríscas de las orillas del Senegal inferior.

Sin embargo, á veces se veían también algunos grupos de árboles y el principio de algunos bosques, que anunciaban la entrada del país de Galam en las frondosas regiones de su centro.

XVIII

Según las viejas habladoras y miedosas de la tribu aliada, se veían grabadas en la arena las huellas recientes de una partida numerosa de infantes y de caballeros, que no podía menos de pertenecer al gran rey negro.

Entonces enviaron á hacer un reconocimiento hácia el este del campamento de Dialdé en la dirección de Djídiam, á Juan, al sargento Muller y á Nyaor.

Desde las dos de la tarde estuvieron los tres spahis paseando por la esplanada sus caballos en todas las direcciones, sin descubrir en el suelo ninguna huella humana, ni en parte alguna las trazas que forzosamente tenía que dejar el paso de un ejército.

En cambio se veían por todas partes las huellas de todas las fieras de Africa, desde la gran hendidura redonda que deja el hipopótamo á su pesado paso,

hasta el menudo y delicado triángulo que dejaba la gacela en su ligera carrera.

La arena endurecida por las últimas lluvias del verano, conservaba con fidelidad perfecta cuantas señales le imprimían los habitantes del desierto.

Se veían allí impresas las patas del mono, las trazas de las uñas del tigre y de las garras del león; el rastro de las serpientes y de toda clase de reptiles.

Se hubieran podido seguir con la mayor facilidad las idas y venidas cautelosas de los chacales, los prodigiosos brincos de las fieras perseguidas. Se adivinaba allí toda la animación terrible que lleva la obscuridad á aquellos desiertos, que permanecen silenciosos mientras que el sol los inunda con sus abrasadores rayos.

Los tres spahis levantaban ante sus caballos toda la caza oculta entre las malezas.

Se hubieran podido hacer allí cazas abundantísimas.

Las perdices coloradas estaban á dos pasos de ellos y hubieran podido alcanzar con la mano multitud de aves raras y de pájaros desconocidos en Europa.

Pero nuestros spahis no hacían caso de nada y dejaban escapar á aquellas aves buscando siempre huellas de hombres y no encontrando ninguna.

Entre tanto, iba oscureciendo y espesos vapores cubrían el horizonte.

El cielo tenía ese aspecto pesado é inmóvil que la imaginación presta á las puestas del sol antediluvianas, en las épocas en que la atmósfera más cálida y más cargada de sustancias vitales, incumbaba en la tierra primitiva monstruosos gérmenes de manimouths y de plesiosauros...

El sol se iba ocultando suavemente entre aquellos velos extraños; después se puso opaco, lívido, sin rayos, se agrandó desmesuramente y se estinguió.

Nyaor, que hasta entonces había seguido á Muller y á Juan con su indiferencia habitual, declaró que el reconocimiento debía darse por terminado, pues era imprudente permanecer allí más tiempo y sus amigos serían muy temerarios si prolongaban un momento más su estancia en aquellos lugares á semejantes horas.

En efecto, había llegado la hora del peligro y era de temer cualquier sorpresa de mal género.

Las huellas de los leones eran cada vez más recientes y numerosas.

Los caballos de nuestros spahis se detenían de cuando en cuando con las narices dilatadas y piafando de terror.

Juan y el sargento Muller, siguiendo el prudente consejo de su amigo, se decidieron á volver, y muy pronto los tres caballos corrian, más lijeros que el viento en dirección al blockhaús, dejando flotar tras ellos los blancos albornoces de sus caballeros.

Ya á lo lejos comenzaba á oirse esa voz terrible y cavernosa que los moros comparan al estampido del trueno: la voz del león del desierto.

Aquellos tres hombres que galopaban sobre sus caballos eran valientes, y sin embargo, no podian menos de sentirse dominados por esa especie de vértigo que causa la rapidéz de la carrera y por el miedo contagioso que hacía brincar nerviosamente á sus nobles caballos.

Los juncos que se doblaban á su paso y las ramitas que azotaban sus piernas, los causaban el efecto de legiones de fieras del desierto lanzadas en su persecución...

Pronto divisaron el río que les separaba del campamento francés. Veían ya las tiendas de campaña, los lugares habitados y el blockhaus árabe del pueblo de Dialdé iluminado aún por las últimas claridades ténues y rojizas de la puesta del sol.

Nuestros spahís cruzaron el río á nado con sus caballos y entraron en el campamento.

XIX

Era la hora de la dulce melancolía que produce la caída de la tarde.

Y sin embargo, en aquel pueblecillo perdido, la puesta del sol traía consigo una animación original.

Los pastores negros volvían á los establos con

sus rebaños; los hombres de la tribu, disponiéndose al combate, afilaban sus cuchillos de guerra y limpiaban sus fusiles prehistóricos; las mujeres preparaban abundantes provisiones de *kouskous* para el ejército.

Por todas partes se oía un murmullo confuso de voces de negras mezcladas con el balido de las ovejas y con el ladrido de los perros.

Fatou-Gayé estaba allí, sentada á la puerta del blockhaus con su hijo y en la actitud humilde y suplicante que desde su nuevo encuen tro con Juan había conservado siempre.

El pobre spahí, con el corazón oprimido por la soledad en que se encontraba, fué á sentarse al lado de la negrita y cogió al niño en sus brazos; después le colocó tiernamente sobre sus rodillas y se puso á contemplarle, sintiéndose enternecido ante su nueva familia negra y casi feliz por haber encontrado en Dialdé alguien que le amase y que demostrase algún interés por él.

A su lado los griots entonaban cantos de guerra, repitiéndolos una y otra vez.

Procuraban dar á sus voces de falsete una entonación dulce y triste, y se acompañaban con unas guitarrillas primitivas, que consistian en dos cuerdas extendidas sobre una piel seca de serpiente y cuyo sonido era desagradable á más no poder para cualquier oído europeo; pero armonizaba bien con sus

cantos africanos monótonos y de un ritmo incomprensible.....

El hijo de Juan era un precioso bebé; pero estaba siempre muy serio y rara vez se le veía sonreir.

Su vestido consistía tan sólo en una *boubou* azul y en un collar, al uso de los niños yoloffes; pero su cabeza no estaba afeitada, dejando en élla sólo algunas mechas, como les sucede á éstos.

Como era de raza blanca, su madre había dejado crecer sus rizados cabellos, de los cuales ya un rebelde y precioso rizo caía sobre la frente del niño, igual que sobre la hermosa frente del spahí, que era su padre.

Juan estuvo mucho tiempo sentado á la puerta del blockhaus jugando con su hijo.

Y las últimas claridades del día iluminaban aquel cuadro de un caracter notable por su gracia y originalidad: el niño, con su carita de angel, y el spahí con su hermosísima y arrogante cabeza de guerrero, jugando y sonriendo al lado de aquellos tétricos y feos músicos negros.

Fatou Gayé estaba sentada al pie de sus dos amores.

La negrita los contemplaba á uno y otro con adoración, acurrucada delante de éllos, como un perro acostado á los pies de sus amos; extasiada ante la belleza del spahí que la sonreía.....

....

Era un verdadero niño el pobre Juan, como sucede siempre en los jóvenes que han hecho una vida de trabajos rudos y á los que un desarrollo físico precoz ha dado prematuramente un aspecto serio, sin embargo, de lo cual, conservan gustos y aficiones verdaderamente infantiles.

Así es que, en aquel momento, estaba en sus glorias haciendo saltar al niño sobre sus rodillas con la brusquedad y la torpeza propias de un soldado para tratar á un ser tan pequeño y tan delicado...

Y el spahí reía, reía con toda su alma al ver las monadas que hacía el chiquitín.

Este, en cambio, no perdía ni un instante su aspecto grave y pasaba sus bracitos alrededor del cuello de su padre, estrechándose contra él.....

Cuando llegó la noche, Juan instaló á la madre y al hijo en un lugar seguro, en el interior del blockhaus.

Después dió á Fatou-Gayé todo el dinero que le quedaba... ¡tres *khaliss*! (quince francos).

—Toma (dijo el spahí á la negrita). mañana por la mañana puedes comprar con esto el kouskous para tí y buena leche para él.....

XX

En seguida Juan tomó el camino del campamento para ir él también á recogerse y á dormir.

Para llegar hasta las tiendas francesas era necesario pasar por el campo aliado de los Bambaras.

La noche estaba serena y luminosa y turbaba su silencio el ruido que hacían los insectos, de los cuales estaba el suelo completamente plagado, hasta el punto de que el ruido producido por grillos, cigarras y otros mil que sería prolijo nombrar, llegaba á veces á ser estridente y á aturdir los oidos como si todo aquel país estuviera cubierto de campanillas y cascabeles que sonaran á un tiempo...

Después, por intervalos, aquel ruido parecía apaciguarse, como si todos los insectos se hubieren convenido para cantar más bajo.....

....

Juan seguía andando lentamente y con la cabeza baja en actitud reflexiva.

Nuestro spahí estaba muy pensativo aquella noche y tan distraído que, sin saber cómo, se encontró de pronto en una gran rueda de bailarines africanos que danzaban dando vueltas al compás de su música. Este baile, en que losbailarines forman un gran círculo que va dando vueltas sin cesar al compás de una música rara, es el baile favorito de los Bambaras.

Eran éstos, hombres de elevada estatura y llevaban largas túnicas blancas y altos turbantes blancos con dos cuernos negros.

Y en aquella noche transparente, la gran rueda que

formaban los bailarines daba vueltas casi sin ruido, lentamente, pero ligera como una turba de espíritus y dejando oir solamente el roce de sus vestiduras flotantes como las plumas de algún enorme pájaro.

Y los Bambaras tomaban, todos á un tiempo, haciendo las figuras con gran precisión, posturas diversas; ya empinándose sobre la punta de un pie, ya inclinándose hacia detrás ó hacia delante, ó extendiendo todos á la vez sus largos brazos, que desplegaban como alas transparentes los mil y mil pliegues de sus blanquísimas vestiduras...

Entre tanto, el *tan tan* sonaba suavemente, como á la sordina; las flautas y las trompetas de marfil lanzaban tambien sonidos velados y como lejanos.

En fin, era una música monótona que parecía un encanto mágico, que hacía bailar á los Bambaras.

Y al pasar delante del spahí, todos inclinaban la cabeza en señal de amistoso saludo, y le sonreian, diciendo:

—¡Juan, entra en la rueda!...

Juan los reconocía tambien á casi todos bajo sus vestiduras blancas, que eran las de más lujo.

Eran tiradores negros ó spahís que se revestian para aquel acto con el gran *boubou* blanco y con el hermoso turbante de las fiestas.

Y Juan sonriendo, les decía al pasar:

—¡Ola, Niodaga!!...¡ Ola, Imobé Fafandon!... ¡Buc-

nas noches, Demba Taco y Samba Fall!... ¡Buenas noches, gran!.. Nyaor.

Nyaor, sí; tambien Nyaor estaba allí, y era uno de los más altos y de los más hermosos...

.....

Pero Juan se apresuró á salir de aquella rueda de fantasmas blancas, que daban vueltas sin cesar á su alrededor.

El joven se sentia, sin saber por qué, impresionado por aquella noche, por aquel extraño baile y por aquella música, que no parecía de este mundo.....

.....

Y diciendo siempre: «¡Juan, entra en la rueda!» continuaban dando vueltas y más vueltas á su alrededor, como una turba de fantásticas visiones, divirtiéndose en ir corriendo la rueda, segun andaba el spahí, para impedirle salir.

XXI

Cuando el spahí estuvo por fin solo en su tienda de campaña, empezó á construir en su imaginacion multitud de proyectos nuevos.

Por de pronto, pensaba ir á ver á sus padres, nada le haría diferir su partida;... pero después, después, tendría que volver á Africa, porque ahora ya no estaba en las mismas condiciones; ahora tenia un hi-

jo, á quien amaba ya con todo su corazón y por nada en el mundo podria decidirse á abandonarle.....

.....

Por fuera, en el campo de los Bambaras, se oian á intervalos regulares las voces de los músicos griots, que cantaban con su acostumbrada monotonía.

Su canto era un himno consagrado á la guerra, que mecia el sueño de los guerreros negros, animándolos á ser valientes y á disponer sus armas para esperar al enemigo bien preparados cuando llegase el dia del combate...

Bien se comprendia que aquel dia no tardaria en llegar, y que Boubakar Segon no estaba lejos.....

.....

.....

¿Y á qué se dedicaria Juan cuando volviera á San Luis á reunirse con su hijo, una vez terminada su licencia?... ¿Se reengancharía, ó probaría fortuna entrando en alguna empresa á venturada?...

Podria hacerse tratante del rio... pero no eso no; le causaba una repugnancia invencible toda ocupación que no fuese la del campo ó la de las armas...

.....

Todos los ruidos se habian apagado ya en el pueblo de Dialdé, y tambien el campamento estaba triste y silencioso.

De cuando en cuando resonaba en el desierto la poderosa voz del leon, y á más largos intervalos el

grito más lúgubre que hay en el mundo: el que lanza el chacal.

¡Fúnebre acompañamiento para los sueños del pobre spahí!.....

.....

Soñaba éste en aquel momento con su hijo.

La venida al mundo de aquel tierno sér cambiaba todos sus proyectos, y complicaba todas las dificultades de su porvenir.....

.....

Despues oia las voces de los Bambaras, que le decian:

—¡Juan, entra en la rueda!. ,

Juan dormia á medias, fatigado por la caminata que había hecho aquel dia, y al mismo tiempo que daban vueltas en su cabeza los proyectos, que antes de dormirse había hecho para el porvenir, veia pasar á su alrededor al corro fantástico que formaban los Bambaras, asidos de las manos.

Despues, el movimiento que seguia aquella rueda humana se iba haciendo más lento, y los amigos de Juan volvian á pasar de nuevo; pero con otras actitudes, con otros gestos; actitudes y gestos de moribundos, que se arrastraban penosamente al son de una música indecisa que no era de este mundo...

—¡Juan, entra en la rueda!...

Y sus lívidas cabezas, al inclinarse para saludar al spahí, parecian caer inertes bajo el peso de sus blanquísimos turbantes...

Y al levantarlas, Juan veia que aquellos rostros desfigurados eran los rostros de todos sus amigos, sí, pero ya muertos, horribles y descompuestos..

Y sin embargo, seguian repitiendo:

—¡Juan, entra en la rueda!.....

.....

Despues la fatiga acabó por hacer el sueño de Juan tan profundo y pesado, que el spahi no tuvo ya visiones ni ensueños de ninguna clase.

XXII

Había llegado el gran dia, el dia del combate.

A las tres de la madrugada todo era movimiento y agitación en el campamento de Dialdé.

Spahís, tiradores y Bambaras aliados, se disponian para ponerse en marcha, con sus armas y sus municiones de guerra.

Los sacerdotes marabouts habian hecho grandes rogativas, y habian distribuido muchos amuletos y talismanes.

En los fusiles de los guerreros negros se habían puesto, por orden de sus jefes, pólvora hasta la mitad de los cañones y plomo hasta la boca, como en los tiempos de las grandes batallas, tanto y tan bien, que la mayor parte habrian estallado á la primera descarga, como sucede con frecuencia en las guerras del país negro.....

Primero debian dirigirse hácia el pueblo de Djidiam, donde, según los espías indígenas, Boubakar-Segou estaba encerrado con su ejército detrás de espesas murallas de troncos de arbol y de arena.

Djidiam era la gran fortaleza de aquel personaje, casi legendario, terror del pais y especie de mito, cuya fuerza consistia en huir, y en ocultarse siempre en el fondo de un pais mortífero, con su ejército carnicero.

Cuando sonase la hora del medio día, debían acampar bajo los grandes bosques, situados frente al cuartel general enemigo.

Despues, cuando llegara la noche, debían caer sobre Djidiam, prender fuego al pueblo, que presentaría un magnífico espectáculo ardiendo á la luz de la luna, y luego volver victoriosamente á San Luis, antes que la fiebre hubiese acabado de diezmar la columna.

La víspera, había escrito Juan á sus ancianos padres una carta llena de ternura y de cariño.

¡Pobre carta del soldado que aquel dia mismo iría á cruzar los mares para llevar un poco de consuelo y alegría al corazón de una madre!.....

.....

Al despuntar el dia, Juan dió un beso á su hijo, que dormia en brazos de Fatou-Gayé, y montó á caballo...

XXIII

En cuanto Fatou-Gayé dejó de oir el galope del caballo de Juan, se puso en camino de Nialoumbre, llevando á su hijo en brazos.

La negrita iba á aquel pueblo, que pertenecía tambien á la tribu aliada, en busca de un gran sacerdote marabout, famoso en el arte de las predicciones y la ciencia de adivinar la suerte.

Fatou fué preguntando á todo el que encontraba á su paso, hasta que le dieron las señas é indicaron el camino que conducía á la choza del viejo centenario.

Allí encontró á éste, medio tendido sobre un blanquísimo paño, y balbuceando oraciones á su Dios.

Después de un gran rato en que ambos conversaron largamente, el sacerdote entregó á la joven un saquito de cuero que parecía encerrar una cosa preciosa y de gran mérito, el cual guardó la negrita cuidadosamente en su seno.

Luego el marabaut hizo beber al niño de Juan un brebaje, para que se adormeciese.

En cambio de sus servicios, Fatou-Gayé le dió tres grandes monedas de plata.

¡Eran los últimos khaliss del spahí!

El negro se apresuró á guardarlos en su bolsa.

Despues, la negra envolvió con amor á su hijo en

paño bordado, y cargó sobre su espalda aquel precioso fardo.

Cuando salió de la choza del sacerdote marabout, se hizo indicar la dirección del bosque, donde aquella tarde iban á acampar los franceses y emprendió hacia allí su marcha, siempre cargada con su hijo.

XXIV

Son las siete de la mañana.

Estamos en un paraje escondido del país de Diambour...

Un pantano lleno de hierba; una colina baja que ilumina el sol por la parte del Norte, y por el lado opuesto las inmensas llanuras que llaman los campos de Dialakar... Tal es el cuadro que se ofrece á la vista.

Todo está silencioso y desierto.

El sol aparece tranquilamente en un cielo limpio y puro.

Algunos ginetes se divisan á lo lejos en aquel paisaje africano.

Todos son hermosos, y aparecen arrogantes sobre sus briosos caballos con sus capas rojas, sus pantalones azules y sus turbantes blanquísimos, que azotan sus bronceados rostros.

Sólo vienen doce... doce spahís, enviados para esplorar el terreno, bajo el mando de un ayudante.

Tambien Juan; tambien el spahí de nuestra historia, viene con ellos.

Ningun presagio de tristeza ó temor se lee en su rostro, y su aspecto es tan tranquilo y sereno como el del purísimo cielo.

En el pantano, las altas hierbas, húmedas aún por el rocío de la noche, brillan al sol como si estuviesen cuajadas de brillantes, y los nenufars abren sobre el agua sus grandes flores blancas.

El calor va siendo ya muy intenso, y los caballos alargan sus cuellos para beber, con las narices dilatadas, aspirando el vapor de aquellas aguas muertas.

Los spahís se detienen un instante para deliberar, y echan pié á tierra para mojar sus turbantes y humedecer sus frentes.....

.....

De pronto se oyen á lo lejos golpes sordos, como el ruido de muchos tambores que sonasen todas á la vez.

—¡Es el gran tam tam!—dijo el sargento Muller, que había visto varias veces la guerra en el pais negro.

E instintivamente todos los que se habian apeado de sus caballos se apresuraron á montar en ellos.

Pero en aquel mismo instante acababa de aparecer entre las altas hierbas una cabeza negra, á la que siguió el cuerpo de un viejo sacerdote marabout.

Extendió éste su delgado brazo haciendo un signo

extraño, como si hubiese dirigido una orden mágica á las flores que crecian en aquellos pantanos, y una lluvia de plomo cayó sobre los spahís.

Los golpes, bien calculados, en la seguridad de aquella emboscada, no se desperdiciaron.

Cinco ó seis caballos habían caido, y los demás, asustados por la detonación, se encabritaban, echando por tierra á los ginetes heridos.

¡También el pobre Juan había caido al suelo, con una bala en el pecho!

Al mismo tiempo, treinta figuras terribles salieron de las altas hierbas; treinta demonios negros que brincaban, enseñando sus dientes blancos, como una turba de furiosos orangutanes.

¡Oh, combate heróico, que hubiese cantado Homero, y que permanecerá oscuro é ignorado, como tantos otros combates sangrientos del Africa!...

En su defensa suprema, los pobres spahís hicieron prodigios extraordinarios de valor y de fuerza.

La lucha los animaba como á todos los que son valientes, y á pesar de ser muy numerosos sus enemigos, no por eso retrocedían.

¡Cara vendieron su vida aquellos hermosos jóvenes, vigorosos y aguerridos!

Y sin embargo, dentro de algunos años serán olvidados, y nadie, nadie pronunciará ya los nombres de los que cayeron heridos de muerte en los campos de Dialakar .....

Entre tanto, el terrible ruido del tam tam, se iba aproximando.

Y de pronto, durante la pelea, los spahís vieron, como en sueños, pasar por la alta colina á las tropas negras.

Guerreros medio desnudos, cubiertos de *grís grís*, corriendo en dirección á Dialdé, en desordenados grupos; enormes tambores que cuatro hombres apenas podían arrastrar en su carrera; flacos caballos del desierto, que al ser espoleados por sus ginetes, parecían animales llenos de furioso brío, adornados con altos penachos de lentejuelas, largas colas y crines teñidas de un color rojo fuerte. En fin; el desfile de una procesión fantástica endemoniada; una verdadera pesadilla africana, que pasaba más ligera que el viento ante los fatigados ojos de los pobres spahís moribundos.

¡Era el paso de Boubakar-Segou con su ejército!

Iba á caer más abajo sobre la columna francesa, y pasaba sin mirar siquiera á los spahís, abandonándolos á la tropa emboscada, para que acabase de exterminarlos.

Los infelices spahís eran arrastrados lejos del follaje, hasta las áridas arenas; allí, donde un calor más vivo y una reberberación más terrible los rindiese más pronto.

No había habido tiempo para volver á cargar las armas, y ahora se batían á cuchillo y á sable.

Otros, que habían perdido las armas en la refriega, se servían de sus uñas y de sus dientes.

El suelo estaba regado de sangre, aún caliente.

Dos hombres negros peleaban brazo á brazo con Juan.

El spahí era más fuerte que ellos, y consiguió arrojarles lejos de sí varias veces.

Pero aquellos infames se levantaban del suelo, y volvían siempre.

Por fin las manos de Juan no pudieron hacer presa sobre la piel negra y grasienta de aquellos cuerpos medio desnudos, pues la abundante sangre que manaba de sus heridas le iba debilitando poco á poco.

El infeliz vió entonces confusamente el triste cuadro que le rodeaba...

Sus compañeros muertos á su lado, y el ejército negro corriendo, y ya próximo á desaparecer.

Allí agonizaba el hermoso y valiente Muller, arrojando abundante sangre por la boca, y á la derecha, ya más lejos, corría el gran Nyaor, en dirección á Saldé, persiguiendo un grupo negro, y repartiendo con su sable terribles golpes á diestro y siniestro....

.....

Aquellos dos negros arrastraron el desfallecido cuerpo de Juan; después, uno de éllos, sujetó bien sus brazos, y el otro apoyó contra su pecho un enorme cuchillo de hierro...

El desgraciado spahí tuvo un momento de espan-

tosa angustia, durante el cual sintió la presión de aquel cuchillo contra su cuerpo...

¡Y ni un socorro humano, ni un hombre que viniese en su auxilio!...

El rojo paño de su capa y la tela gruesa de su camisa de soldado, formaban una capa que se resistía á aquel mal cuchillo de hierro.

Pero el negro hizo un esfuerzo supremo; Juan lanzó un grito ronco, y la hoja del cuchillo penetró en el pecho, produciendo al desgarrar las carnes un ruido horrible....

El negro removió el cuchillo en la herida; después le arrancó con las dos manos, y rechazó aquel cuerpo con el pié.....

.....

Juan fué el último en sucumbir.

Los demonios negros emprendieron entonces una desenfrenada carrera, lanzando un grito salvaje de victoria, y un momento después se reunían á su ejército...

Entonces los sphaís quedaron solos, y la calma de la muerte empezó para ellos.....

.....

XXV

El encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar más lejos.

Fué una batalla horrible, aun cuando sus ecos hayan llegado muy debilitados á Francia.

Esos combates que se libran en países tan lejanos, y por los que se interesa tan poca gente, pasan desapercibidos de la multitud.

Sólo se acuerdan de ellos los que perdieron en la refriega un hijo ó un hermano.

Las escasas fuerzas francesas iban debilitándose, cuando Boubakar-Segou recibió, casi á boca de jarro, una descarga en la sien derecha.

Los sesos del rey negro salpicaron á los que le rodeaban de una espesa espuma blanca, y los sacerdotes recibieron en sus brazos su cadaver....

Aquella fué para sus tribus la señal de retirada.

Las tropas negras emprendieron una fuga precipitada hacia las comarcas impenetrables del interior.

Los franceses dejaron huir á sus enemigos, pues no se encontraban en estado de perseguirlos.

Llevaron en triunfo á San Luis el turbante rojo del gran jefe rebelde, acribillado y medio deshecho por los agujeros de la metralla.

Este famoso turbante estaba adornado por multitud de amuletos que encerraban polvos misteriosos, y estaban bordados con signos cabalísticos, que significaban oraciones en la lengua de Magrheb.

Aquella muerte produjo un gran efecto moral en las poblaciones indígenas.

El combate fué seguido de la sumisión de varios jefes insurrectos y pudo considerarse como una victoria.

La columna francesa volvió, pues, triunfante á San Luis.

Allí se concedieron grados y condecoraciones á los que habían tomado parte en la batalla...

¡Pero ay, las filas de los spahís se habían aclarado mucho!. .

XXVI

.....

Juan se arrastró como pudo hasta llegar al follaje, en un sitio donde había algo de sombra, y allí cerró los ojos parar morir.

El desgraciado tenía sed, una sed ardiente, y algunos movimientos convulsivos empezaban á agitar su seca garganta.

Muchas veces había visto él morir á sus compañeros, y conocia por aquella señal lúgubre que había observado en otros, que se acercaba su fin.

Aquel ahogo que ahora atormentaba al pobre spahí, era lo que llama el pueblo de Africa: *el hipo de la muerte.*

La sangre brotaba de su pecho, y las ardientes arenas bebían aquella sangre como un rocío.

Sin embargo, sus sufrimientos iban siendo cada

vez menores, y aparte de la sed que le quemaba, hubiera podido decirse que estaba bien.

El pobre spahí tenía visiones extrañas; los bosques de los Cevenes, los sitios familiares de otros tiempos, y su choza en la falda de la montaña; todo esto se agitaba confusamente en su imaginación.

Veía el fresco paisaje lleno de sombra, de flores, y surcado por todas partes de límpidos y murmuradores arroyos.

Luego, su anciana y cariñosa madre, tomaba entre las arrugadas manos su ardorosa cabeza, estampaba un beso en su frente y le cogia de la mano para llevarle á su choza como cuando era niño...

¡Oh, una caricia de su madre!... ¡Tenerla allí acariciando su frente con sus manos temblorosas, y humedeciendo con agua fresca su cabeza que ardía!..

¡Pero no; jamás volvería á recibir caricias de su madre; nunca, nunca oiria ya su voz!... ¿Es decir, que todo había acabado?... ¡y estaba sólo... sólo, esperando la muerte, bajo el fuego de los rayos del sol, enmedio del desierto!...

Y el infeliz spahí hacía esfuerzos inauditos por levantarse, y no quería, no quería morir así!.....

.....

—¡Juan, entra en la rueda!

Y delante de él pasó como una nube blanca, como un viento furioso de tempestad, una rueda de fantasmas.

Al roce de aquel torbellino sobre las arenas, saltaban chispas que despedían un calor insoportable...

Y entonces los diáfanos bailarines se evaporaban, subiendo en rápidas espirales de humo que describían caprichosas ondulaciones, hasta perderse en el éter azul y puro...

Juan sentía también la sensación extraña de sus giros evaporándose, elevándose transformados en blanca nube de humo.

El joven creyó que había llegado el instante supremo de su muerte.

Pero aquello no fué más que una terrible crispación de sus músculos, un espasmo de dolor horrible.

Una bocanada de sangre salió de su boca y una voz dijo aún silbando contra sus sienes.

—¡Juan, entra en la rueda!...

Y más tranquilo, no sintiendo ya casi sufrimiento, dejó caer la cabeza, que había levantado un poco para poder respirar, y la apoyó de nuevo en su lecho de arena.....

De nuevo los recuerdos de su infancia acudieron á su imaginación con extraña claridad.

Escuchaba distintamente una antigua canción del país, al son de la cual le dormía su madre, siendo niño, cuando estaba en su cuna;... después oía el tañido de la campana de su pueblo, que tocaba al *angelus* de la tarde.

Entonces las lagrimas corrierón por sus mejillas bronceadas, las oraciones de la infancia acudieron á su memoria, y el pobre soldado moribundo se puso á rezar, con el mismo fervor que cuando era niño. Su mano temblorosa logró coger la santa medalla que su madre le había puesto al cuello: y aún tuvo fuerza para llevarla á sus labios y besarla con un amor inmenso...

Invocó con toda su alma á aquella Virgen de los Dolores, á quien su madre rezaba todas las noches, y su alma se sintió de pronto iluminada por la fé radiante de los que van á morir.....

.....

Y en voz alta, con un acento que resonó solemnemente, enmedio del silencio de aquellas soledades, á pesar de ser tan débil como un suspiro, dijo:

—¡Adios, adios padres mios!.. ¡Hasta que nos veamos en el cielo!.....

.....

Era cerca del mediodia, y Juán sufria cada vez menos. El desierto, bajo la intensa luz tropical, le parecía todo de fuego, y sin embargo, no sentía ya su calor

Pero cualquiera que hubiese visto el cuerpo de aquel moribundo no lo hubiese creido así, pues el pecho del desgraciado se dilataba como para aspirar más aire, y su boca se abria como pidiendo agua....

.....

Al cabo de algunos momentos, la mandíbula inferior del spahi cayó y la boca quedó completamente abierta por última vez...

La muerte del Spahi había sido de las más dulces que ocurren en medio del desierto..... .....

.....

XXVII

Cuando Fatou-Gayé regresó del pueblo del gran sacerdote marabout, trayendo consigo el misterioso objeto que aquél la había dado encerrado en un saquito de cuero, las mujeres de la tribu aliada le dijeron que la batalla había terminado.

Entonces ella corrió al campo, ansiosa, anhelante y rendida de cansancio, sin embargo de lo cual, corría y corría, llevando sobre sus espaldas al niño que continuaba dormido é iba envuelto en un paño azul...

Lo primero que vió la negrita fué al musulmán Nyaor-Fall, que la miraba hacia él gravemente.

Fatou le dirigió estas dos palabras en la lengua del país:

—¿Dónde está?...

Y Nyaor, con ademán de profundo respeto, extendió su brazo hacia el sur, en dirección de los campos de Dialakar, y dijo tristemente:

—¡Allí!... ¡Ha ganado el paraiso!

Todo el resto del dia anduvo Fatou-Gayé recorriendo el desierto presa de horrible angustia y llevando siempre al niño cargado á la espalda...

Iba y venia, corriendo algunos ratos y dando saltos como una pantera á quien hubiesen robado sus hijos, y seguía buscando siempre bajo el ardiente sol, mirando por entre las malezas espinosas, para lo cual se desgarraba las manos, sondeando los pantanos, recorriendo todos los senderos.....

....

Por fin, en una árida explanada, vió un caballo muerto. . después una capa roja, .. después dos, después tres ..

Era el campo de la derrota.

¡Allí habían caído los spahís!...

Por uno y otro lado algunas espinosas matas y malezas dibujaban sobre el dorado suelo sus ténues y raquíticas sombras, y á lo lejos, al final de aquella explanada inmensa, la silueta de un pueblo de chozas puntiagudas aparecia en el fondo del horizonte azul.

Fatou-Gayé se había detenido horrorizada y temblando...

Era que había reconocido el cadáver de Juan, que estaba tendido á sus pies con los brazos extendidos y la boca desmesuradamente abierta. .

La negrita empezó á recitar una extraña invoca-

ción del rito pagano, haciendo sonar al mismo tiempo los *gris-gris* y amuletos que pendían de su cuello...

Así estuvo largo rato hablando en voz baja y mirando á aquel cadaver con ojos estraviados, cuya parte blanca estaba inyectada de sangre...

De pronto aparecieron á lo lejos algunas mujeres negras de la tribu enemiga, que venían en dirección á los muertos...

Fatou, al verlas, sospechó que iba á presenciar algún espectáculo horrible.

Eran aquellas negras, viejas asquerosas que venían á buscar á los soldados muertos con el objeto de despojarlos...

Y haciendo horribles gestos, riendo y lanzando bromas burlescas, arrancaban los botones dorados de los uniformes, colocándolos después en sus crespos cabellos; después cogían los sables, los cinturones y las capas rojas.....

.....

Fatou-Gayé estaba acurrucada detrás de una mata y puesta en guardia como una gata esperando al raton.

Cuando le llegó el turno á Juan para que aquellas horribles viejas le despojaran, la negrita dió un salto con las uñas preparadas, lanzando chillidos de fiera é injuriando á aquellas viejas en una lengua desconocida... El niño, que se había despertado, se

erguía asustado en la espalda de su madre, furiosa y terrible...

Las viejas negras tuvieron miedo y retrocedieron...

Por otra parte, habían cogido ya buen botín y pensaron que al día siguiente podrían volver...

Entonces cambiaron entre sí palabras que Fatou no pudo comprender, y se alejaron, volviéndose de cuando en cuando para dirigir á la negrita risas feroces y sangrientas burlas.....

.....

Cuando Fatou-Gayé estuvo otra vez sola, se sentó al lado de Juan y le llamó por su nombre...

Tres veces seguidas gritó: «¡Juan!... ¡Juan!... ¡Juan!...» con una voz ahogada, que resonaba en aquella soledad como la voz de una antigua sacerdotisa llamando á los muertos...

El sol de Africa, que caía implacable sobre su cabeza, parecía no hacerla ninguna impresión, y permanecía con los ojos fijos mirando á lo lejos sin ver.

Los buitres detenían su vuelo cerca de ella, sacudiendo el aire pesado con sus alas negras. Andaban rondando alrededor de los cadáveres, pero no se atrevían á tocarlos, encontrándolos sin duda demasiado recientes.....

Fatou-Gayé reparó en la medalla de la Vírgen que el spahí conservaba aún en su mano fría... Comprendió por esto que al morir había pensado en su Dios.....

También ella tenía una medalla de la Vírgen y un escapulario, que llevaba entre sus amuletos formando raro contraste. Se los habían dado en San Luis los sacerdotes católicos cuando la habían bautizado; pero la negrita no tenía fé ni en la medalla, ni en el escapulario.

Cogió un amuleto de cuero, que, allá en el país de Galam, una mujer negra, su madre, le habían dado y le besó con amorosa veneración.

Después se inclinó sobre el cuerpo de Juan, y le levantó la cabeza.

Por la boca abierta, y entre los blancos dientes, se veían las encías casi negras, y un líquido ya fétido salía de sus labios.....

.....

XXIX

Entonces Fatou cogió á su hijo para estrangularle.

Como no quería oir sus gritos, le llenó la boca de arena.

Tampoco quiso ver su rostro amoratado y desfigurado por la asfixia, y haciendo con las uñas un agujero en el suelo, metió en él la cabeza del niño.

Después con las dos manos, apretó el cuello cuanto pudo, hasta que los pequeños y vigorosos miembros, que se retorcían por el dolor, cayeron inertes.

Cuando estuvo muerto, le colocó sobre el pecho de su padre.

Así murió el tierno hijo del pobre Juan Peyral...

¡Misterios!... ¿Qué Dios había concedido la vida al hijo del spahí?... ¿Qué había venido á hacer sobre la tierra, y á qué lugar volvía?.....

.....

Fatou-Gayé lloró entonces lágrimas de sangre, y sus gemidos resonaron horribles y desgarradores en los desiertos campos de Dialakar... Después tomó el saquito misterioso que le había dado el sacerdote marabout, y sacando de él un frasquito de veneno, apuró de un trago su contenido.

Al cabo de un momento empezó su agonía, una agonía larga y cruel.

Mucho tiempo se retorció el cuerpo de Fatou en convulsiones de dolor.

La infeliz se desgarraba la garganta con las uñas y se arrancaba los cabellos.

Los buitres la rodeaban, contemplando aquella presa que se les preparaba.....

.....

XXX

Cuando el sol se ocultó para los campos de Dialambour, la agonía de Fatou-Gayé había terminado. Su cuerpo inanimado yacía al lado de Juan, te-

niendo entre sus brazos rígidos y apretados el cadáver del niño.

La noche descendió sobre aquellos cadáveres, serena y estrellada.....

.....

Aquella misma tarde había pasado, allá en los Cevenes, por delante de la casa de los padres del spahí, el cortejo de la boda de Juana.

.....

XXXI

Se oyeron como gemidos extraños, que salían de las entrañas del desierto...

Despues, el concierto lúgubre se fué aproximando y haciéndose más claro y perceptible: le producían los gritos terribles de los chacales, los agudos chillidos de las hienas y los maullidos de los tigres.

.....

¡Pobre madre, pobre anciana!...

Aquella forma humana que se dibuja vagamente en la obscuridad de la noche y que está allí tendida, en medio de la soledad, con la boca abierta, bajo el cielo sembrado de estrellas; aquél que duerme ahora que se despiertan las fieras del desierto, aquél que está allí tendido y que no se levantará ya nunca, nunca, aquél... ¡Pobre madre, pobre vieja!... ¡aquél es tu hijo!.....

—¡Juan, entra en la rueda!...

¡Ah! la luz de las estrellas va á iluminar un horrible espectáculo: las fieras van saliendo de las entrañas del desierto y acuden presurosas... La hora del banquete deseado por la ciega naturaleza, ha llegado ya...

¡Triste ley!... Todo lo que vive, se alimenta bajo una forma ú otra de lo que ha muerto.....

.....

El spahí conserva siempre la santa medalla en su mano helada, y la mujer su saquito de cuero...

¡Velad sobre ellos, preciosos amuletos!

Mañana continuarán los buitres la obra de destrucción comenzada por las fieras, y los huesos de aquellos cadáveres serán desparramados por la arena y blanquearán á la luz del sol, bien limpios de su carne.....

.....

Ancianos infelices, que allá en vuestra choza, sentados al lado del fuego, esperais anhelantes el regreso de vuestro hijo, del hermoso spahí de rojo ropaje .. ¡Desgraciados viejos! ¡renunciad á toda esperanza, renunciad á la única dicha que os aguardaba en este mundo!

¡El spahí! ¡vuestro hijo!...¡no volverá!.....

.....

FIN DE LA HISTORIA DE UN SPAHI

SULEIMA

NOVELA ORIGINAL DE

PIERRE LOTI

VERSION CASTELLANA

SULEIMA

PREFACIO DEL AUTOR

Va á ser esta una historia muy deshilvanada, y mi amigo Plumkett era de opinión de titularla: *Cosa sin piés ni cabeza.*

Comprenderá doce años de nuestra era, y creo que tendrá unos veinte capítulos (de los cuales uno será prólogo, como en las piezas clásicas.)

La intriga no será muy complicada; habrá un intervalo de diez años, durante el cual, no sucederá absolutamente nada, y después acabará todo bruscamente por un tejido de crímenes.

Habrá dos personajes con el mismo nombre, una mujer y un animal, y sus asuntos estarán amalgamados de tal modo, que no se sabrá bien, en ciertos momentos, de cuál de los dos se trata. Mis aventuras personales vendrán también á mezclarse en la historia, y para cúmulo de confusiones, las reflexiones de Plumkett....

Prólogo

Era en Argelia, en Orán y en 1869, en cuya época, era yo casi un niño. Plumkett conservaba aún todos sus cabellos.

Era una mañana de Marzo, y Orán se despertaba bajo un cielo gris. Nosotros estábamos sentados delante de un café que acababan de abrir en el barrio europeo No teníamos frío, porque llegábamos de Francia; pero los árabes que pasaban iban envueltos en sus capas y temblaban.

Había uno, sobre todo, que parecía transido; arrastraba una especie de bazar portátil que nos enseñó, obstinándose en vendernos á precios exhorbitantes collares de pasta perfumada y babuchas.

Una chiquilla harapienta y descalza se arrimaba á su albornoz; era una deliciosa criaturita con grandes ojos y largas pestañas como las de las muñecas. Tenía el tipo indígena, un poco exajerado, que se ve con frecuencia en los niños. Los árabes y los turcos, mientras son pequeños, son todos muy guapos, con su gorro encarnado y sus hermosas pupilas negras. Después, cuando crecen, unos resultan muy hermosos y otros muy feos.

Aquel, nos dijo que la muchacha era su hija Sulei-

ma. En efecto, ésto era posible, pues descomponiendo bien su cara de bandido viejo, y rejuveneciéndola hasta la infancia, se comprendía que hubiese podido producir aquella muchacha.

Nosotros dábamos terrones de azucar á Suleima como á un perrillo: ella se ocultaba bajo el albornoz de su padre, después mostraba su obscura cabeza con risa infantil, y nos pedía más.

Daba mil vueltas al azúcar entre sus manecitas y la masticaba lo mismo que un mono.

Dijimos al viejo: «Tu niña es muy bonita, ¿quiéres vendérnosla también?» Y lo decíamos con toda nuestra alma; nos divertía la idea de llevarnos aquella criaturita de ámbar y convertirla en un juguete. Pero el viejo árabe, que no tenía nada de cándido, abría mucho los ojos, pensando que su hija sería realmente muy hermosa, y sonrió como un sátiro.

Las gentes que había en el café nos contaron su historia: acababa de llegar á Orán donde estaba bajo la vigilancia de la policía, por haber sido en otro tiempo salteador en el desierto...

Habiendo tenido una pequeña riña con Plumkett, emprendí, después de almorzar, el camino del campo y pasé por la montaña para volver á Mers-el-Kébir, donde nos esperaba nuestro barco.

Subí bastante arriba en medio de rocas rojizas de formas rudas y extrañas. Hacía verdadero frío y es-

to me sorprendió en aquella Argelia, que veía por primera vez. Me extrañaba también encontrar por todas partes, entre plantas desconocidas, alfombras de hierba fina, con margaritas blancas lo mismo que en Francia.

El tiempo estaba tan triste como en Bretaña.

El viento doblaba las malezas y las hierbas, y se hundía con un ruido sordo en todas las profundidades y grandes cortaduras de las rocas.

Llegué á la cima de la montaña. Una densa nube pasaba por encima de mi cabeza, el viento la deshacía poco á poco esparciéndola sobre la hierba y haciéndola girar en torno mío en copos grises que parecían de humo.

Esto de ver huir sobre la hierba aquellos pedazos de nube, que se hubieran podido coger con la mano, me parecía fantástico y siniestro y me entretuve en correr detrás de ellos, tendiéndoles los brazos para cogerlos como sucede en los sueños...

Descansé en un rincón que formaban las rocas y al cual llegaba un rayo de sol.

Cerca de mí sentí de repente un ruido muy lijero de hierba que se mueve, miré: ¡una tortuga!

Una tortuga, graciosa de puro pequeña, un átomo de tortuga; su concha amarilla, apenas formada, estaba enteramente cubierta de dibujos en miniatura.

Abajo, muy lejos, sobre un camino que huía en

dirección de Marruecos, se veían pasar siluetas enflaquecidas de camellos que conducían algunos árabes vestidos de negro. (El Ramadán, época en que se visten de lana obscura, caía en Marzo aquel año.)

Cogí la tortuguita y me la metí en el bolsillo,

Después decidimos llamarla Suleima.

Estuve tres meses en Argelia y ví por primera vez la espléndida primavera de Africa.

A menudo encontré á Suleima (la niña) corriendo descalza por las calles de Orán, agarrada al grosero albornoz del vendedor de babuchas.

Después, mi barco recibió un día la orden de partir para el Brasil, y me marché, no llevando de las dos Suleimas, más que á la tortuga.

I

25 de Marzo de 1879.

Diez años han pasado.

...En nuestro país se retrasa este año la primavera y aún dura el invierno pálido y triste.

La noche de Marzo desciende lentamente y yo estoy solo en mi habitación...

Jamás, desde mi infancia ya lejana, he permanecido durante tan larga temporada en el hogar.

¡Seis meses, es un largo descanso!

Y á mí me gusta este hogar de que tantas veces he desertado. Y cada vez que le abandono, siento

cierta angustia, pensando que tal vez encuentre á la vuelta algún sitio vacío. Las fisonomías adoradas que me lo conservan, están ya, ¡ay! señaladas por el tiempo. Bien comprendo que se debilitan con los años y esto me causa miedo.

Para mí no hay nada tan triste como la caída de las noches de invierno, ese aspecto empañado y moribundo que toman las cosas, ese silencio de mi casa, aumentado aún por el silencio del pueblecillo que la encierra.

Cerca de mí está Suleima durmiendo, (Suleima la tortuga.) Desde los primeros frios de Noviembre está encerrada en su caja,—que es parecida á esas en que se acuestan las cotorras,— y duerme con el sueño propio de los animales invernantes .

Hace diez años que vive en mi casa, prestando fiel compañía á los huéspedes del hogar mientras yo recorro el mundo, y tan mimada, como seguramente lo habrán sido pocas tortugas.

Me ocurre la idea de abrir la caja: veo su espalda lustrosa, medio hundida en un colchón de heno muy fino. Ha crecido desde el día en que yo la cogí en la montaña de Orán.

Al mirar á Suleima vienen á mi mente recuerdos árabes. La figura infantil de Suleima, la niña, cruza por mi espíritu por primera vez después de tantos años: Suleima comiendo sus terrones de azúcar con aquel aspecto de mono travieso y encantador.

Mi pensamiento se pasea vagamente por esa Argelia, á la que no he vuelto más; veo de lejos aquella época más joven, en que los países nuevos me arrojaban á la vista su intraducible extrañeza con una fuerza de color que hoy me parece perdida...

¡Cómo obscurece y se extingue mi imaginación al entregarse á estos pensamientos!... Mis recuerdos del país del sol, se alejan, se debilitan, toman los tintes vagos de las cosas pasadas: se mezclan en mi memoria y en mis sueños y todo se confunde un poco, los minaretes de Stambul, las arenas del Sudán, las blancas playas de Occeanía y las ciudades de América y los escollos sombríos de la «mar Brumosa.»

¡La impresión más desconsoladora de todas, es la de sentir aburrimiento en el hogar de nuestros padres!..

Pero ¿qué hacer? existe siempre ese viento de las aventuras y de lo desconocido, que nos hostiga, y sin el cual, nuestra carrera sería imposible; cuando una vez le hemos respirado, nos ahogamos después en un aire tranquilo; todas las cosas dulces y amadas, por las cuales hemos suspirado estando lejos, se convierten, poco á poco, en monótonas é incoloras y, sordamente, soñamos con volver á partir.

Y, además, este crepúsculo de Marzo es demasiado triste; parece un sudario que cae, y mi habitación toma un aspecto fúnebre...

¿Si me fuese ahí al lado, á la habitación turca, para cambiar un poco?...

Abro una doble puerta y levanto una cortina de color de rosa marchita, con follajes dorados. Esta es la habitación turca, el rincón más retirado de la casa; sus ventanas, que dan á un patio y á los jardines, están siempre cerradas.

Miro hácia adentro, ya está obscuro y el terciopelo rojo de las paredes, parece negro; en algunos sitios se ve brillar la hoja curva de un yatagán, la culata adamasquinada de un fusil ó el dibujo caprichoso de un bordado viejo; cierto olor de incienso se nota en el aire, que es pesado y frío. Hay allí un silencio particular, podría decirse que *se oye* llegar la noche.

Esta habitación me produce un recuerdo doloroso de aquella Stambul de donde he traido todas estas cosas.

Sin embargo, no todo es del Oriente; el encanto de allí no ha venido, falta la luz, y un no sé qué propio del país, que no puede traerse. Esto no es el Oriente y no es tampoco el hogar, no es nada. Ahora siento haber destruido lo que había antes en su lugar, que era mucho más sencillo, pero que estaba lleno de recuerdos de mi infancia,—porque para mí no hay nada más que eso de bueno: gozo olvidando en ciertos momentos mi vida de hombre gastado, y encontrándome aquí niño, muy niño; es la ilusión que deseo

buscar por toda clase de medios, conservando, respetando mil cositas de otros tiempos con una solicitud exajerada.

¿Dónde está mi madre? Hace dos horas que no la he visto y me es muy necesaria su presencia.—Dejo caer la cortina color de rosa, y me voy.

Durante un momento busco á mi madre por la casa sin encontrarla. Es especial esta casa, siempre parece que se está jugando en ella al escondite, y verdaderamente, ahora es demasiado grande para los tres que somos.

Encuentro á Melania, que cruza por el patio extremeciéndose de frío.

—Melania, ¿sabe V. dónde está la señora?

—¡Dios mío! estaba ahí hace un momento, señorito Pedro.

—Bueno, veré á mi madre un poco más tarde, á la hora de comer. Voy á subir al segundo piso á buscar á mi tía Berta.

La escalera estaba ya enteramente obscura.

Cuando yo era niño, tenía miedo en ella por la noche; me parecía que los muertos subían detrás de mi, para cogerme las piernas y entonces echaba á correr con angustias locas.

Bien me acuerdo de aquellos temores; eran tan fuertes, que han persistido largo tiempo, aún en una edad en que ya no tenía miedo á nada.

Probé á subir los escalones de cuatro en cuatro para encontrar de nuevo, con la velocidad, algo de aquellas impresiones de otra época.

Pero ¡ay! no, las formas que se alargaban, los brazos negros que pasaban al través de la barandilla, las manos de los fantasmas, no existen ya...

¡No hay medio de tener aquel miedo!

En el segundo piso abrí la puerta de una habitación muy caldeada y entré.

Se creería que no hay nadie porque nada se mueve. Sin embargo, una inteligencia, vela allí.

—¿Eres tú chiquito?—dice una voz de ochenta años saliendo de un sillón que hay al lado del fuego.

La cabeza, que se hunde en los almohadones, ha sido muy hermosa; aun se adivina por las líneas rectas y regulares del perfil. Los ojos, empañados, no ven ya, pero detrás de aquel espejo obscurecido por los años, la inteligencia ha conservado clara su luz.

Todos, todos los días está la anciana tía Berta en aquel mismo sitio, al lado del fuego.

—¿Eres tu chiquito?

—Sí tia, contestó, tocando una pobre mano arrugada que se tiende temblando hácia mí, y después me siento en el suelo á sus piés. (Yo detesto las sillas. Dice Plumkett que es un verdadero indicio de mi naturaleza y de mis malas costumbres, no saber

sentarme como todo el mundo, sino extenderme siempre ó acurrucarme como los salvajes.)

Con frecuencia ha sido éste mi sitio del invierno, aquí delante del fuego, en el suelo, al pié del sillón de mi tía, haciéndola contar historias de los tiempos que pasaron, ó escribiendo lo que ella me dictaba sobre cosas añejas, muy curiosas, que no sabe nadie.

En el pasillo, un gran reloj dá lentamente seis campanadas, es la hora triste y obscura del *perro y el lobo*.

—Dime chiquito (me dá siempre este nombre, y en efecto sigo siendo el más joven, el niño, para ella que ha visto pasar tres generaciones)... Dime chiquito, vuestras campanas de á bordo dán dos golpes repetidos para las seis, tres repetidos para las siete y cuatro para las ocho, ¿no es verdad?

—Sí, tia Berta

—¿Y vosotros decís *picar* las horas en lugar de *dar* las horas como decimos nosotros los de tierra? Sí continuó ella con voz lenta, como hojeando en las profundidades de un pasado casi muerto entre todas las cosas acumuladas en su vieja memoria,—sí, yo me acuerdo de que cuando era muchacha y vivíamos en nuestra casa de campo de la Tublerie oía en las tardes de verano las campanas de los barcos de la rada...

Hace unos ochenta años que tía Berta era muchacha, y ochenta años también que mi bisabuelo

vendió la casa de la Tublerie. Los marineros que tocaban aquellas campanas, y que eran jóvenes entonces, han muerto de vejez hace mucho tiempo; sus barcos se han demolido y están convertidos en polvo. Y aquellas tardes de verano en que se oían las campanas que tocaban en el mar... es singular, me parecen vistas en lontananza, más luminosas y más bellas que las nuestras. Ochenta años, sin embargo, no son nada cuando se trata de transformaciones lentas, de las reglas sensiblemente inmutadas del Cosmos.

—Dime, ¿tu tortuga ha empezado á moverse, chiquito?

—No tía, no se ha despertado.

—Pues, mira, eso es señal de retraso para las estación. Apostaría á que aún vamos á tener escarcha esta noche; yo la siento como si me cayera por los hombros. Haz el favor de subirme un poco el mantón y después aviva el fuego, así te entretendrás.

El enorme leño se consume con sufrimiento, despidiendo una llama pequeña, intermitente y pálida y lo peor es, que no quiere arder mejor.

Tia Berta se pone á cantar con una vocecilla chillona y cascada, que parece venir de muy lejos, del pasado: canta, marcando el compás con el pie, una canción, un villancico antiguo del país, sobre el cual me ha dictado ayer para que yo escribiese.

Después no dice nada, y cae en una especie de soñolencia. En aquel momento hubiera sido necesario para animarla de nuevo, movimiento, ruido, luz á su alrededor.

Sigue haciéndose de noche... Yo creo que también voy á adormecerme, á caer en un sueño melancólico. Lo que me falta en mi casa es el elemento joven, es algo que responda á mi juventud. Este hogar, en otro tiempo tan alegre, está muy triste y muy vacío ahora; parece que se pasean fantasmas por él. Mi vida se desliza aquí tranquila y regular, en compañía de personas de edad, aunque muy queridas, y me parece en algunos instantes que yo también me he hecho viejo y que se han concluído para siempre, el sol, el mar, las aventuras y los países luminosos del Islám.

Y aquí, cerca de mi anciana tía, me pierdo en sueños extravagantes de vejez y de muerte, mientras que la fría noche de Marzo, va lentamente espesándose en torno nuestro.... ....

II

4 de Abril de 1879.

(Ocho días después).

...A mis pies montañas encarnadas, ondulando á lo

lejos con líneas indecisas. Alrededor mío lentiscos, espliegos, alfombras de flores exóticas, de olores aromáticos; en el aire, los perfumes propios de una primavera más cálida que la de Europa.

Un gran paisaje árido, desierto. Visto desde muy arriba: en los primeros planos de las montañas, luces muy vivas cubren extensas sombras, toda la escala de los grises ardientes y de los morenos rojizos:—en las líneas indecisas del horizonte, azules límpidos y tintas de iris... Un aire vivificante y cálido, un cielo lleno de rayos.

Abajo, sobre el camino que huye y se pierde en dirección de Marruecos, un grupo de árabes pasa y desaparece. ¡Y arriba el gran sol de Africa, despide sus destellos!...

.....

¡No esperaba yo verme en Argelia!

Esto me encanta y me embriaga después del largo y sombrío invierno, durante el cual, me he abismado en mí mismo, como si la juventud y la vida me hubiesen abandonado.

Estoy sólo en medio de estas montañas.

Miro y respiro.—De modo que es cierto que todavía hay en el mundo espacio y sol.—¡Ay qué triste y qué pálido me parece, visto desde aquí, el tiempo que acabo de pasar en el hogar de mis padres! Es doloroso experimentar esta impresión; pero yo siento como que me despierto de una especie de sueño y

que acuden á mí visiones dulces y melancólicas.

Aquí me reconozco, reconozco todo lo que me rodea, todos los detalles de esta naturaleza,—todas estas florestas árabes—los encarnados gladiolus, los lentiscos perfumados, la bella malvarosa, las amarillas belloritas y las altas gramíneas;—todas las plantas, todos los olores de este país, las ásperas líneas de sus montañas, las grandes y rojizas rocas del Marabout, y allá abajo el cabo de Mers-el-Kébir, que se achata y se hunde en la mar azul; pero lo que sobre todo reconozco y lo que más amo, es este no sé qué, que tiene el Africa de áspero y de indefinible.

Hace diez años, yo había recorrido este país, había visto estas mismas montañas y cogido estas mismas flores. Había estado aquí una larga temporada, y pasaba el tiempo andando errante por esos senderos de cabras, por esos barrancos llenos de piedras y de sol. Galopaba mucho en los caballos de un cierto Touboul y cortaba por el camino grandes ramilletes olorosos que me llevaba por la noche á bordo. No había cumplido aún veinte años, y aunque se notaba en mí una mezcla de pasión y de inocencia, el niño dominaba todavía.

Aquí vuelvo á encontrar todos esos recuerdos olvidados; brotan de las hojas de los aloes, y vienen á mí en todos los olores de las plantas.

Cerca de mí, por encima de mi cabeza, aquella ca-

vidad de piedra, donde un día recogí á Suleima, la tortuga, la que desde aquella época acompaña fielmente á las criadas viejas de mi hogar...

Quizá amo yo tanto este país, porque me siento aquí asombrosamente joven.

¡Qué cosa más inesperada!

Una orden brusca, como suele suceder en la marina, despedidas precipitadas—un barco rápido—y esta mañana, á las cuatro, al despuntar el día, la tierra africana estaba á la vista.

Con emoción miré dibujarse, acercarse las montañas rojas de Mers-el-Kébir, que hicieron retroceder diez años á mi pensamiento, y aspiré este olor particular de Argelia, mezcla de los perfumes de las hierbas y de los olores de los Beduinos.

Y rápidamente eché pie á tierra ávido de internarme todo lo posible en los campos de este país.

III

Mers-el-Kébir 5 de Arbil.

A las once Plumkett, cuyo buque está próximo al mío, vino á buscarme en una lancha y después de

una hora de travesía, sobre el agua azul del golfo, llegamos á Orán.

Por casualidad estamos ambos bien dispuestos y contentos de estar reunidos después de no habernos visto en largo tiempo. Orán con este hermoso sol y este tiempo espléndido nos parece hoy muy pintoresco y muy africano.

Decidimos ir á ver el lago Salado y la aldea de Mizerguin. Pero antes, por respeto á nuestra tradición de la juventud, es preciso que descansemos al aire libre delante del café Soubiran. Hénos ya sentados en la calle, bajo estos toldos movidos por grandes ráfagas de aire caliente, que nos traen mucha arena.

Delante de nosotros, apoyada en la pared, hay una joven árabe, cubierta de harapos, que nos mira con grandes ojos negros y aunque descarados, muy hermosos...

Un recuerdo, un algo conocido, vino á mi mente y llamé: «¡Suleima!» Levantó un poco los párpados con aire de extrañeza y, despues de morder sus labios rojos, se ocultó sonriente bajo el velo.

Le dije: ¿Eres tú, Suleima, la hija de Kaddou, la niña á quien yo daba ¡aquí todos los dias terrones de azúcar hace diez años? Mírame, ¿no te acuerdas?

—«Sí, respondió, soy en efecto Suleima-ben-Kaddour.»

Pero se le han olvidado los terrones de azúcar, y se extraña un poco de que yo la conozca por su nombre. Después sigue riéndose, y aquella risa especial, revela claramente el innoble oficio á que está ya dedicada.

No sé por qué, el paseo al lago Salado no me agrada; después de todo se está muy bien en Orán sentado á la sombra.

Sin embargo, por el placer de galopar en compañía de Plumkett ..

Los caballos estaban encargados desde la víspera; nos los trajeron y nos pusimos en marcha.

El camino es largo al sol; el campo pedregoso, salvaje, perfumado.

Nada más que palmeras enanas y espliegos, mezclando en medio de todas estas piedras los tintes apagados de sus dos verdores; de vez en cuando un gran gladiolo rojo despidiendo su color brillante, ó bien un pastor beduino medio desnudo y con capucha de lana, paseando cabras obscuras.

A eso de las cuatro llegamos á Mizerguir. Encargamos la comida en la posada del pueblo y seguimos más lejos: quiero enseñar ahora á Plumkett cierto valle al que vine hace diez años, un día de invierno, con mi amigo John B..., quien decía que este era el *país de Mignón*.

Este valle estaba encantador en Enero, tenía una

melancolía tranquila y suave con sus grandes árboles sin hoja y sus naranjos en flor.

Hoy es otro su encanto: es el esplendor de la primavera, pero de una primavera que no es como la nuestra. Todo alrededor, la montaña árida,—y aquí una profusión, un lujo inesperado de flores, una confusión deliciosa de la naturaleza de Africa y la de Europa.

Hay espesuras de iris que se inclinan sobre las aguas,—hay, entre las palmeras y los naranjos, rincones húmedos, sombríos como rincones del norte, donde los matorrales de ojiacanto están enteramente floridos, enteramente blancos, bajo enormes álamos quebradizos.

Comemos en la posada de Mizerguin en el mismo sitio que hace diez años, y á mí me causa cierta impresión el volverme á encontrar en esta mesa, en este pueblo ignorado;—el ser todavía joven, después de tantas carreras por el mundo, de tantos años pasados, de tantas cosas desvanecidas...

Hace diez años hacía aquí frío, un pícaro viento de invierno barría el camino; – y me acuerdo de que quitamos la mesa para mirar una boda de colonos que pasaba, de que la novia era muy bella y llevaba un vestido blanco y un violín en la cabeza. Todo esto nos pareció una reunión extravagante de cosas: una aldea de Argelia, una tarde de invierno

muy fría y una pobre boda de campesinos desfilando alegremente, con música, á la hora del crepúsculo, por delante de los Beduinos y de los camellos.

A la caída de la tarde montamos á caballo para volver á buen paso á Orán.

Por el lado del poniente el cielo está verde como un resplandor fosfórico. Cuando se acaba de abandonar la Francia, durante el invierno, se necesitan dos ó tres dias para acostumbrar la vista á la luz penetrante de este país.

Es ya noche cerrada cuando llegamos á la población. Los comercios europeos y las tiendecillas árabes están iluminados. Los marineros, los spahis y los zuavos hacen mucho ruido por las calles, y todas esas muchachas morenas de hermosos ojos negros, moras ó judías, que los llaman desde sus puertas, me causan ¡ay! cierta turbación... Plumkett me habla y yo no le escucho; le contestó cualquier cosa, un absurdo; mi espíritu no puede seguir al suyo. Y estas criaturas y esta primavera y esta vida ardiente y libre y los eflúvios penetrantes de este país se me suben por instantes á la cabeza y me embriagan.

Después pienso que Suleima personifica esta gran agitación inesperada; tiemblo pensando de repente que está aquí, dispuesta á entregárseme si yo lo quiero. Sin embargo, cierto pudor me contiene, sobre todo, delante de Plumkett, que vé siempre demasiado claro lo que yo le querria ocultar. Y ade-

más, ese género de amor, que es preciso conocer, me confunde y me hace dudar de todo... Me encuentro aún un poco embriagado esta tarde, por efecto de mi vuelta á Argelia, por el sol espléndido, por todos los perfumes de esta primavera árabe. Ya sé que es cuestión del primer momento; mañana se me habrá pasado. Intentaré olvidar á esa muchacha, siquiera por respeto á otras que han pasado antes que ella por mi corazón y á las que amo todavia...

Plumkett quiere ir al baño moruno, y allí empezamos á pelearnos. El quiere acostarse en el baño; á mí me parece un absurdo y quiero volver á Mers-el-Kébir.

En esta discusión gastamos mucho tiempo, y resulta de ella que no encontramos carruaje en la plaza de Orán. Es preciso recorrer á pié, entre once y doce de la noche, el largo camino de Mers-el-Kébir. El tiempo se ha nublado: la noche está obscura. No es muy prudente emprender este paseo sin haber cogido ni siquiera un paraguas. Plumkett pretende que yo tengo la culpa,—y yo comprendo que tiene razón, cuando empieza á llover. Convencido de mi falta, me pongo cada vez más insoportable. El me escucha con su tranquilidad de filósofo que me exaspera. La imágen de Suleima me persigue, y pienso en dejarle sólo y retroceder hacia Orán.

En fin, ya hemos llegado al puerto de Mers-el-Kébir;

despertamos á un barquero, y con la mar picada, bajo una lluvia torrencial, nos metemos en una lancha que se llena de agua. Llegamos á bordo mojados y de un humor incapaz.

IV

Mers-el-Kébir 6 de Abril.

Lluvia fina y tiempo nublado hasta por la tarde. Paso el dia entero en Orán, donde estoy sólo como deseaba; pero la lluvia todo lo cambia, la atracción ha pasado y el encanto no existe ya.

Sin embargo, ¡ay! he dicho á Suleima que me espere en la Kasbah esta noche á las diez.

Cinco de la tarde.—Los otros oficiales de á bordo se preparan para volver á Mers-el-Kébir, y me preguntan si voy también con ellos. Resueltamente respondo que sí; subo al coche y partimos juntos.

V

Después de comer, subí al puente, miré allá abajo en dirección de Orán y cambié de resolución. Esta

clase de resoluciones siempre se las lleva la noche tibia cuando se extiende.

La lluvia ha pasado.

El cielo está aún sombrío con largas bandas de nubes opacas, de un gris lívido, que parecen estar muy arriba, muy lejos de nuestro mundo. El viento viene del lado de tierra y la húmeda montaña nos envía sus más fuertes aromas.

Ya es tarde. Aun encuentro en el muelle de Mers-el-Kébir un cochecillo abierto, tirado por dos animales flacos. El viento de la carrera me azota la cara agradablemente durante una media hora, hasta que llegamos á las puertas de la ciudad. Subo á pie al barrio moruno, y allí está Suleima esperándome en el punto convenido, en una obscura encrucijada.

La calle donde Suleima vive es una calleja muy antigua, empinada sobre el borde de un barranco, que por la noche parece que no tiene fondo.

En Orán no se encuentran, como en Argel, esas bellas habitaciones moriscas de otros tiempos, que conservan en su decrepitud el encanto de su muerto esplendor. La casa de Suleima es sórdida y miserable.

Atravesamos un Patio de los Milagros, después obscuros pasillos por los que ella me lleva de la mano, y subimos por una escala. Yo me dejo conducir aprisionando en la obscuridad aquella frágil mano

de muchacha: me impresiona verdaderamente esta manecita de prostituta, porque he visto de día que lleva *henneh* en las uñas, como otra mano oriental que yo he adorado.

Un granero con una estera, un colchón blanco y una colcha árabe: he aquí la habitación de Suleima. Enciende una lamparilla de cobre que hay en el suelo, y después me hace seña de que estamos en nuestra casa.

Yo, medio echado sobre la cama, contemplo á Suleima que está de pié delante de mí, vagamente iluminada por la llama de la lámpara. Con su largo traje blanco aparece esbelta como una forma griega; ha levantado los brazos desnudos por encima de la cabeza, y su sombra, que sube hasta el negro techo, parece la sombra de un ánfora.

Me mira sonriendo, y su sonrisa es dulce y buena; su mirada no tiene el verdadero descaro de la calle, revela así como un cinismo aprendido, una cosa que no le es natural.

Con sus ojos demasiado grandes y la regularidad esquisita de sus líneas, tiene esta noche todo el aspecto de una madona morena.—Sin duda no sabe aún bien su oficio, porque de otro modo, es seguro que sería menos pobre.

Cuando anda por la habitación, tiene ese ligero balanceo de caderas que constituye toda la gracia de

una mujer, y que entre nosotros, los altos tacones y los calzados estrechos, han cambiado en un no se qué artificial; las mujeres antiguas debían tener ese movimiento suave, que no es posible más que con los piés desnudos.

Sus vestidos están impregnados de ese olor que tienen todas las mujeres del Oriente, hasta las más pobres. Parece también que ella siente el desierto,— y sus movimientos de muchacha nerviosa, delgada todavía, tienen por instantes una ligereza y una elasticidad de saltamontes.

Hay dos ó tres eternas preguntas que se cambian siempre entre dos seres que van á entregarse el uno al otro, cuando no se han aproximado enteramente por vicio, cuando hay aún en ellos un poco de ese algo que se llama el alma. Desean saber de dónde proceden, qué son, qué han sido. Esta curiosidad es un resto de pudor, y como una aspiración hacia el verdadero amor.

Hablamos en un caló un poco español, que dice ha aprendido con las niñas judías; y mezcla en la conversación las duras aspiraciones de la lengua del desierto.

...Los terrones de azúcar á la puerta del café Soubiran...

Sí, ella cree que empieza á recordarlos... ¡Pero era tan pequeña entonces!... Se ha sentado cruzan-

do las piernas, para rebuscar más cómodamente en su memoria y después de pensarlo declara que no; yo le he referido una historia que no puede ser la mía; hace mucho tiempo que eso tenía que haber sucedido y yo no podría parecer tan joven.

Por lo demás, desde aquella época, ella ha pasado una larga temporada en el interior; su padre la volvió á llevar á Biskra, su país, que está muy lejos, en el Sur. Anduvo mucho tiempo á pie y después siguió el camino con una caravana; ella misma iba en un camello con otras damas árabes. Pasaron por el país donde no hay más que arenas...

Sí, yo también conozco ese país donde no hay más que arena.—Me he internado más que Suleima, en el Sudán negro y allí he sufrido bastante.—Le recuerdo perfectamente, á medida que ella me habla de él, con su sencillez de niño. Y mientras se me cierran los ojos y la luz de la lámpara se extingue, veo pasar aquella caravana sobre las arenas rosadas y bajo aquel cielo eternamente azul...

VI

Algunos grillos cantan en la pared.—Es este un ruido de verano que alegra.

Hacia la media noche oimos moverse algo por abajo. La escala cruje y también se mueve.—Suleima se despierta inquieta:» ¿Tienes dinero en los bolsillos?» me pregunta.

Después se levanta para esconderlo bajo nuestra almohada: «¡Mi padre podría venir con su hermano á robártelo!»...

VII

...Me levanté en cuanto el cielo comenzó á blanquear, porque no quería ver aquel zaquizami donde había dormido. A obscuras todavía, bajé la escala, atravesé un pasillo, tocando las paredes, y después un patio. Abrí una vieja puerta con cerrojo de hierro y salí á la calle.

La Kasbah dormida todavía, olía bien, el aire de la mañana era puro y delicioso...

Se dominaba un barranco lleno de alóes.

Me eché en su orilla. El fondo no podía distinguirse, perdido aún en la obscuridad.

Había en todo lo que me rodeaba una extraña delicadeza de tintas en la escala de los grises, y como una gran potencia de colores en la noche, y además,

raras trasparencias en el aire y mares de perfumes de país cálido.

Mis ojos, mal despiertos, conservaban una fatiga ligera y voluptuosa que iba pasando á medida que nacía lentamente la luz.

Un beduino, vendedor de leche de cabra, que dormía en el suelo sobre su albornoz y en medio del rebaño, se despertó para ofrecerme su mercancía.—Todas aquellas enormes borlas de un negro bermejo, que parecían á mi alrededor manchas, que interrumpían el color gris de las cosas, eran sus cabras, que estaban echadas y comenzaban á sacudirse haciendo ruido con su campanillas. Ahora ya las plantas, sobre las cuales me había tendido, y que eran grandes malvas de Argelia, se teñían vivamente de color de rosa.

En aquel silencio de la mañana, se oyó girar una puerta sobre sus goznes y se abrió la primera tiendecilla árabe donde vendían café con buñuelos de miel para los madrugadores. Dos hombres empezaron á cocinar en el interior sobre una débil llama, que ya el día hacía palidecer, y que temblaba como un fuego fátuo.

La luz, la gran luz color de oro y rosa, llegaba rápidamente y arrancaba el recuerdo de aquella noche y de aquel obscuro cuchitril.

Yo aspiraba con delicia el fresco sano de la mañana: me bañaba en aquella pureza, que me producía

una impresion de bienestar físico de intensidad extraordinaria, como una embriaguez de existir...

Extraño rejuvenecimiento que la madrugada trae siempre á los sentidos en los países del sol, y que acaso, después de todo, no es nada, nada, más que una sensación falsa y una ilusión óptica de la vida...

.....

En la puerta de Orán comprégrandes ramos de rosas á unas mujeres que iban al mercado. y tomé á buen paso la dirección de Mers-el-Kébir.

A la mitad del camino, una gran nube que ocupaba rápidamente el cielo claro, estalló sobre mi cabeza. Empezó á llover á torrentes y me refugié con mis rosas en una granja española. Poro el tiempo pasaba; á las ocho y media era preciso estar á bordo y haber cambiado de traje para la revista. Tanto peor, volví á emprender el camino bajo aquella cascada, y llegué al *Temerario*, mojado, chorreando, como si saliera de un baño.

Por supuesto, que ya están acostumbrados en el barco á verme hacer entradas semejantes en estos últimos tiempos.

VIII

17 de Abril.

Suleima me confiaba ayer sus proyectos para el porvenir.

¡Pobre muchacha irresponsable, me da lástima!

Hélos aquí: es muy ambiciosa. Ha acumulado ya un poco de dinero, que oculta en un rincón ignorado por su padre. Muy pronto se mandará hacer un collar de muchas filas de luises de oro, dispuestos al estilo Musulmán, y después, llevando su fortuna en el cuello se volverá á marchar al Sur, al círculo de Biskra, donde ha nacido, para encontrar allí un marido que no sepa nada y convertirse en una gran señora de la comarca.

¿Qué he de decir á ésto? Y además, qué clase de reconvención tendría yo derecho á hacerle, habiendo contribuído también á ese collar de oro!...

IX

20 de Abril.

No hay vida tan agitada como la nuestra.—Sobre el servicio ya complicado de la escuadra, muchas expediciones y muchas caminatas;—á cualquier ho-

ra del día ó de la noche, en coche ó á caballo, con la preocupación perpétua de llegar demasiado tarde, tenemos que recorrer volando los kilómetros que nos separan de Orán;—y, bajo pretexto de fraternizar con el ejército argelino, banquetes á troche y moche con los spahís, los zuavos y los cazadores de Africa.

Me gustan mucho estas montañas rojas de Mers-el-Kébir, este camino de Orán bordeado de alóes, poblado de spahis y beduinos que hacen renacer en mí un mundo de recuerdos de la juventud. Pero aquella especie de embriaguéz de los primeros dias, ha pasado por completo. Se ha echado mucho á perder la Argelia desde que la conocí hace diez años, y es más lejos, hácia el sur, donde sería preciso ir á buscarla. Aquí el color ya se ha falsificado, y hay gentes de albornoz que entienden el argot de la frontera; muy pronto se convertirá este país en otro tan frívolo como el nuestro, donde no habrá nada auténtico y verdadero más que el sol.

X

25 de Abril.

...Partíamos al día siguiente, y nuestra última noche acababa de terminar.

A las primeras é inciertas luces del día, me marché, y ya estaba en la escalera por donde se baja desde el tugurio sombrío, cuando Suleima, que parecía estar dormida, se levantó y vino á echarme los brazos al cuello. ¿Qué me quería la pobre chiquita perdida?...

Bien sabía que yo no tenía más dinero y además que no había de volver... El beso de despedida que vino á darme, y que le devolví de buena voluntad, ya no lo había comprado, Por otra parte, no hay luis de oro que pueda pagar un beso expontáneo dado por una encantadora muchacha de diez y seis años.

Fuera, en la calle, medio dormido, volví á encontrar al beduino echado entre sus cabras, y la tiendecilla que se abria, con los dos moros haciendo sus buñuelos sobre la misma llama de fuego fátuo;—y los aromas que subían del barranco de los alóes y el bienestar, y la frescura deliciosa de la mañana.— Pero me fuí de allí con un paso menos vivo que el primer día; esta vez echaba algo de menos: el obscuro zaquizamí.—Y todo el tiempo que anduve por la calle de Mers-el-Kébir iluminado por el hermoso sol naciente, á lo largo de los alóes de un color verde pálido, y de las grandes rocas rojizas, pensé con un poco de tristeza en aquel pobre beso de muchacha abandonada...

Por la tarde dábamos un baile á bordo y por la noche una comida de despedida á los oficiales del ejército argelino.

Después de esta comida, dos alféreces de spahís,—muy agradables por cierto,—á los que Plumkett y yo hemos tomado gran cariño, están un poco alegres y se empeñan en que les hemos de llevar hasta Oran;—dicen que tienen precisamente dos caballos de más, que los esperan en el fuerte de Mers—el-Kébir.

Yo había decidido no volver á tierra antes de la partida;— y además estoy de servicio esta noche; entro de guardia á las doce.

Pero la idea de volver á Oran por última vez, me turba un poco la cabeza. Puesto que podré estar de vuelta á las doce, para la guardia,—¿quién se apercibirá de mi salida?...

Vamos, les acompañaremos puesto que lo desean.

En el fuerte de Mers-el-Kébir hay unos veinte caballos ensillados al cuidado de los spahís árabes. En efecto, hay dos demás, y nos vienen perfectamente.

Produce buen efecto ver en la vieja fortaleza hispano-moruna, todos aquellos caballos y todos aquellos albornoces iluminados por la luna. Hay luces plateadas reflejando sobre los grupos árabes y espesas sombras que bajan de las murallas. En aquella noche pura y deliciosa, á traves de la transparencia del aire africano, el cuadro aparece muy luminoso y

los objetos como de mayor tamaño; todas aquellas capas blancas y encarnadas, agitadas entre numerosos caballos que piafan impacientes, revelan aún á la verdadera Argelia.—Nosotros vemos de seguro mucho más de lo que hay: nos parece un ejército del profeta,—y en torno nuestro se dibujan á la luz de la luna, aquellos altos macizos de muros almenados, muy bastos en pleno día, como si fueran cosas encantadas.

Los caballos están embriagados de arena, los ginetes de otra cosa. Todo aquello se extremece, logran ponerse en marcha á fuerza de hacer cabriolas, parten al galope, por el camino de los alóes, y atraviesan el pueblo como una fantasia.

Media hora después aquel huracan se desvanece en las puertas de Orán; todo el mundo se ha conservado firme y nada se ha roto.

Por fuerza tengo que estar de vuelta á las doce. A lo sumo, podré estar unos minutos en Orán: voy en seguida á hacer subir á Plumkett al barrio moruno á pretesto de enseñarle la Kasbah por la noche.

En la parte alta de una antigua y sombría callejuela, al borde de un barranco sin fondo me detengo, miro y busco; pongo el oído en una puerta, toco en ella con los nudillos y despues llamo á voces.

—¿Qué hace Vd. Loti? dice Plumkett, á quien el sitio parecía sospechoso.

...Pero no, Suleima no está aquí esta noche. No me esperaba.

A toda prisa tenemos que volver á bajar al barrio francés, tomar un carruaje para Mes-el-Kébir, y dar una buena propina al cochero.

A las doce en punto estoy de vuelta y entro de guardia hasta las cuatro de la mañana, y á las cinco aparejamos para Argel.

XI

Alta mar 26 de Abril.

Encerrado en mi camarote procuro dormir.

Después, me despierto algo triste y subo al puente para mirar la costa de Orán, que aún debe distinguirse.

Ya conozco estas tristezas del despertar, que, ligeras ó profundas, han sido siempre las compañeras de mi vida.

Pero hoy no las esperaba y busco á Plumkett para darle parte de mi estado.

XII

—«Eso pasará», dijo con gran tranquilidad y como pensando en otra cosa.

—«Ya lo sé yo que pasará.» No sea Vd. estúpido, Plumkett, demasiado me comprende usted. Al fin y al cabo es Vd. irritante, se lo aseguro.

»Esto pasará, qué duda cabe y hasta no hubiera venido sin aquel beso de despedida. Y también puedo decirle á Vd. positivamente, dadas las pocas raíces que puede haber echado,—que dentro de tres días no quedarán ni huellas.

»Pero lo triste es esta convicción,—y este cinismo tranquilo con que hablamos de ello.»

Plumkett y yo tenemos la costumbre de los marinos de dar cien pasos en el mismo sitio y con el mismo pié, girando como dos autómatas.

No nos decimos nada,—como suele suceder, despues de haber hablado mucho.—Nos conocemos tan bien y nuestros pensamientos se parecen de tal modo, que ni nos tomamos la molestia de perder tiempo en comunicárnoslos.

Verdaderamente, hay momentos en que siente uno disgusto y fatiga por conocerse tanto, y no sabe á qué lado dirigirse para encontrar aún algo nuevo.

El buque se desliza dulcemente por el azul Mediterráneo y el hermoso sol de las diez de la mañana, inunda nuestras blancas velas...

¿Qué hay de comun entre esa chiquilla árabe y yo?... Porque era bonita nos hemos aproximado, guiados por una de esas atracciones tan antiguas como el mundo, y tan inexplicables como él.

Y esta tristeza de un momento, que me ha dejado y que va á concluir, es para mí un misterio sombrío, por lo mucho que se parece á las penas desgarradoras que he sentido por otras y que han pasado tambien. Todo esto es siempre lo mismo, aunque se le dé distintos nombres; procede de las mismas causas, ciegas y materiales, y va á parar á los mismos fines.—El amor, el verdadero amor, en el que queremos encontrar algo de divino y de sublime, se parece de tal manera ¡ay! á eso que se compra al paso, que su estrecho parentesco me da miedo...

—¡Era muy bonita, confiéselo Vd. Plumkett!

—¡¡¡Parece un saltamontes!

Plumkett encuentra siempre la palabra precisa para designar esas ciertas afinidades que, á veces tie-

nen las personas con los animales ó con las cosas. A mí me irrita que haya ido á encontrar esa palabra que es exacta, y que á mí tambien se me había ocurrido.

Sus ojos grandes, su delgadez de muchacha, la elasticidad, la flexibilidad de sus miembros, su ligereza de bayadera.... á causa de todo esto yo tambien le había dado el nombre de saltamontes (*Djeradah*, en árabe), en su acepción más elevada y más bella.

¡Pobrecito saltamontes del desierto, extraviado por las calles de Orán, destinado al fango final, quién sabe lo que hubiera podido ser educado en otra parte, y no en la calle, á merced de los zuavos!... Aún su beso y su despedida vuelven á mi mente arrojándome en una triste fantasía.

Misterioso encanto de los sentidos y del sol. Porque después de todo, si ella no hubiera sido tan hermosa, y sin esta primavera árabe que me enardece, no nos hubiéramos reunido ni por un momento.— Todo no es más que encanto de la mirada y encanto de la forma, cosa que al fin el tiempo marchita y pudre...

Encima de nuestras cabezas, quemándonos á través de las velas, está este sol radiante, eterno, que siempre y en todas partes he visto sonreir con la misma sonrisa de esfinge, lo mismo ante las pe-

nas vagas, que duran poco, que ante los grandes desgarramientos y las grandes desesperaciones del alma que, ¡ay! pasan también.

Siempre me ha atraído el sol irresistiblemente; le he buscado toda mi vida, por todas partes y en todos los paises de la tierra. Aun más que el amor, cambia los aspectos de las cosas y yo todo lo olvido por él, en cuanto aparece. Y en ciertas comarcas del Oriente, donde el cielo está eternamente azul, donde no hay nunca una nube, su presencia continua me causa una melancolía inexplicable, más íntima y más profunda que la tristeza de las brumas del Norte...

Pero, donde yo me he sentido más cerca de esa personalidad devorante ha sido en Africa, en las arenas de aquel inmenso *Mar-sin-Agua*.

El sol es mi Dios; yo le personifico y le adoro en su forma más antigua y, por consiguiente, más verdadera—la más terrible también y la más implacable: ¡Baal!... Y aun hoy el Baal que concibo es *Baal Zéboub*, el Gran Destructor.

He visto los antiguos templos de la América central, donde le adoraban de un modo menos comprensible para nuestras inteligencias del antiguo mundo; le he buscado también allá en los santuarios destruídos, entre los muros cubiertos de bajo relieves misteriosos, vestigios de una antigüedad que no es la nuestra y que ya no se conoce.—Pero no, aquel era

un Baal lejano y extraño; yo no concibo así al sol que ha producido las razas humanas, de piel amarilla y de piel roja, y la naturaleza toda de esas regiones lejanas. Y allí, deseando abrazar á mi Dios, sentía perderme y abismarme en una especie de vacío y de terror sin nombre.

Sólo en nuestro viejo mundo, entre nosotros, es donde yo puedo sentir y comprender un poco, al Baal creador y destructor, cuando se eleva en el cielo, siempre profundo y azul, por encima de las blancas y muertas aldeas del Islám, ó de las grandes ruinas de este Oriente, que es nuestra cuna. Sobre todo, cuando pasa sobre el Africa musulmana y sobre el infinito de las arenas del Sahara; — más tarde, cuando yo sienta acercarse á la vejez pálida y triste, iré á ese gran desierto á llevar mis huesos á blanquear.

...Todo esto que estoy diciendo, no lo entiende nadie.—No me comprendería ni áun ese amigo que viene á mi lado, y que sabe leer mis más secretos pensamientos. — Estas son intuiciones misteriosas, que vienen de no sé dónde, y que en algunos instantes se apoderan de mí; apenas me atrevo á formularlas y á escribirlas...

XIII

20 de Julio de 1880.

Un año después,—en mi país.—El tiempo espléndido de Junio.

Había llegado hacía dos dias á mi casa.—Sentado en el patio, bajo las parras y las madreselvas, miraba á Suleima (la tortuga) andar al sol sobre el blanco empedrado.

Estaba aún en esos primeros momentos en que dura la alegría de la llegada.

Porque ese placer que uno siente, después de abrazar á su madre, y de volver á ver á todos los que ama,—hasta á los fieles criados que han concluido por ser de la familia, y á los cuales se abraza también,—se prolonga en seguida, por una multitud de pequeños detalles enteramente desconocidos, para el que no se ha marchado nunca.

Se necesitan lo menos tres ó cuatro dias para volver á encontrar, una después de otra, las mil dulzuras y las olvidadas costumbres del hogar.

Se mira á todas partes: los rosales han brotado, las plantas han crecido, todo está más frondoso y

hay más musgo sobre las piedras. En las habitaciones se revuelven los rincones y rinconcillos para volver á ver un montón de cosas, que son recuerdos de la niñez, ú otros recuerdos que se han traido de otras partes; hasta las flores secas que hay por los cajones. Por allí andan también los vestidos viejos de casa que se apresura uno á recoger.

Están siempre lo mismo, desde hace una porción de años; yo encargo vivamente que no me los quiten, porque aunque no estén del todo presentables, parece que me encuentro más niño cuando los tengo puestos.

Sentado en el patio, en mi rinconcito, á la sombra, miraba á Suleima, que iba por el sol muy deprisa, como una tortuga que está llena de ocupaciones.

Y me acordaba de aquella pregunta que oí en otro tiempo, una triste tarde de Marzo.

«Dime chiquito, ¿se ha despertado la tortuga?»

Mi pobre tía, que había pronunciado esta frase, ya no está allí; en mi ausencia ha abandonado la tierra.

A mi vuelta he encontrado su gran sillón vacío, arrimado á la pared, cubierto con una funda blanca, inmaculada, como los velos que se echan sobre los muertos.

La pobre había llorado mucho, la última vez, al decirme adios,—enteramente doblada entre sus almohadones,—presintiendo que no me volvería á ver.

Su sitio en el hogar era un sitio aparte, y deja allí un vacío particular. Es algo del pasado que se ha ido; es que se han roto los lazos que teníamos con los dias de otros tiempos.—Ella era una persona de otro siglo: no había ya en el mundo ninguna inteligencia contemporánea de la suya, que se hubiera conservado tan fina, tan viva y tan profunda.

Y ahora, aquella llama que tanto había durado, se ha extinguido,—ó se ha ido á arder á otra parte, á las regiones misteriosas...

Tengo el corazón muy oprimido con la partida de mi anciana tia...

La tortuga estaba hoy muy despierta.

Arrastraba vivamente su concha, en extremo pesada, sobre sus patitas que parecían pies de hipopótamo liliputiense, y andaba con la cabeza levantada mirando á derecha é izquierda.

El pasar por el empedrado ó por los guijarrillos, iba haciendo zig-zags, chocando torpemente con los tiestos, ó desapareciendo detrás de los hermosos captus de flores encarnadas.

Sin duda pensaba, al ver aquel sol tan cálido como el de su país, haber vuelto á encontrar una Argelia en miniatura.

Como yo, que cuando era muy pequeño, encontraba aquí algunos rinconcitos que me representaban el Brasil, y en los cuales llegaba hasta á sentir verdaderas impresiones y espantos de bosque vírgen, en verano, cuando estaban muy frondosos y muy inundados de sol.

Mi gata *Moumoutte* se ocupaba mucho de Suleima; por jugar, la acechaba por detrás de los tiestos, saltaba de repente encima de ella, con el cuerpo inflado y la cola levantada, y daba con la pata sobre la espalda de madera de aquella camarada inferior á ella. En seguida venía á mí, mirándome como para decirme: «Créete que es gracioso este animal, aunque hace ya algunos veranos que nos conocemos, no he vuelto de la extrañeza que me causa!»

Y despues se echaba para descansar, pues parecía en extremo fatigada;—saltaba de repente con las orejas tiesas y los ojos muy abiertos cuando alguna pobre lagartijilla gris removía temerosa la yedra de las paredes...

Hace años que conozco los juegos de la gata y la tortuga, en medio de estos mismos captus; todo este pequeño mundo de animales y de plantas sigue su existencia tranquila en el hogar, mientras que yo me voy lejos, á correr y á gastar mi vida; mientras que las figuras veneradas y queridas que han rodea-

do mi infancia, desaparecen poco á poco y dejan la casa más grande y más vacía...

¡Siempre son los mismos los ruidos del verano en este patio! Los zumbidos ligeros de los moscardones, que revolotean en el aire tibio, las gallinas que alborotan en el jardín de los vecinos, y las golondrinas que cantan á voz en cuello, allá arriba, en los quicios de las ventanas de mi cuarto.

Dios mío, ¡cómo me gusta todo esto; qué bien se está aquí, y qué fatalidad es tener este afán, que siempre me decide á volverme á marchar!...

XIV

Ayer; por la primera noche que he pasado en mi casa, tuve una pesadilla.

Durante el día entré en la habitación turca, con objeto de saludar á todos los recuerdos de un pasado muerto, que duermen allí, con las tapicerías traídas de Stambul.

Todo estaba cerrado como de costumbre, y apenas sí daba un poco de luz en todas aquellas cosas raras y exóticas. Encontré allí un aspecto de abandono, como el que hay en las habitaciones deshabita-

das y noté que aún quedaba en el aire cierto olor, propio de Turquía. Aquello era el Oriente; pero falto de su vida y de su luz.

Verdaderamente, ¿para qué habré yo traído todo esto, y de qué servirán en mi casa estos pobres y queridos recuerdos de una época de mi existencia, que ya no puede renovarse?...

No abro nunca las ventanas para poder perder la noción del sitio en que me ecuentro; y para conservar un poco la ilusión de mi verdadera vivienda turca,—la que tuve en otros tiempos,—y que daba al *Cuerno-de-Oro*.

Ayer las abrí por completo y la luz dió de lleno, siquiera una vez, sobre aquellas antigüedades, que al recibir el sol, empezaron á brillar con tonos extraordinarios de reflejos de seda y destellos de metal.

Y después, inclinándome hacia afuera, contemplé la vista melancólica que se goza desde las ventanas y que yo ya había olvidado:—jardines llenos de rosas, paredes cubiertas de yedra, y á lo lejos, la llanura compacta, sobre la cual marca el río una línea brillante.

En otro tiempo había ocupado mi tía Berta esta habitación (mucho antes de que yo me hubiese apoderado de ella para convertirla en lugar oriental). Y, como las ventanas dan al Occidente, me llamaba por las tardes, cuando era muy pequeño, para enseñarme las hermosas puestas del sol.

Yo subía entonces los escalones de cuatro en cuatro, temiendo llegar tarde, porque pasaban muy de prisa... De seguro que las puestas de sol, que se veían en aquella época por las ventanas de mi tía Berta, tenían un esplendor que ya no tienen las de hoy.

Ayer soñé que también había entrado en la habitación turca y que allí había encontrado un viejo sentado en un divan, un viejo desvanecido y medio muerto,—un viejo *que era yo*...

A nuestro alrrededor las cosas, aumentadas de tamaño, tenían una magnificencia sombría, los objetos parecían siniestros, y todos aquellos dibujos del arte musulmán antiguo, semejaban simbolizar misterios.

Entonces, como durante el día, descorrí las tupidas cortinas de seda y abrí la ventana.— Entró un resplandor fantástico.—Se veían los jardines y la llanura, iluminados por el color amarillo de una extraña puesta de sol, y había en ellos algo de la desolación del Gran-Desierto.

La luz cayó también sobre la figura de aquel anciano, que indudablemente era yo, y al que yo miraba, de pie ante él, con piedad, con disgusto y con terror.

Adivinaba toda su existencia: él había seguido disipando su vida por el mundo y ahora iba a morir sólo, por no haber sabido crearse una familia. En sus ojos,—que eran los míos, apagados por los años,

—no conservaba nada de todo aquel sol que había debido ver durante su vida; tenían una expresión lánguida, desolada y maldita.

Una voz pronunció la palabra *Islâm*.

—«El Islám» repitió el anciano... y parecía que todo el mundo de imágenes muertas se despertaba y se agitaba en las cenizas de su cabeza, recuerdos de Stambul, el mar azul, las armas que brillaban al sol...

Yo ya no estaba de pie delante de él. Sus pensamientos eran los míos; yo era él mismo, nos habíamos compenetrado, no éramos más que uno, y yo forcejeaba como ahogado en una especie de noche, que se espesaba cada vez más y suplicaba á unos séres, apenas bosquejados, que se inclinaban sobre mí, que me llevasen lejos de aquel país donde me moría, que me llevasen por última vez allá abajo; al Oriente, á ese país espléndido, inundado de luz y de sol.....

.....

XV

21 de Junio de 1880.

Uno de los rincones de la tierra donde yo me he encontrado siempre bien, es éste, un banco verde, don-

de en mis tiempos felices venía á hacer mis ejercicios á la sombra y á estudiar las lecciones,—con las piernas siempre por el aire, en posturas que no tenían nada de clásicas, como discípulo poco estudioso, que sueña con viajes y aventuras.

Ahora, que ya lo he visto todo, en lugar de sueños, tengo recuerdos.—Todo se parece y todo se confunde.—Y cuando estoy en este banco no sé distinguir bien unas cosas de otras.

Entre los recuerdos que me asaltan por casualidad, los hay tristes y adorados, que pasan sucesivamente y que de repente me hacen levantar las manos y retorcerlas con angustía. Desaparecen unos y otros, Dios mío, y el tiempo los va haciendo cada vez menos desgarradores. Gozo verdaderamente en mi casa, en este banco verde, á pesar de todos los entusiasmos que he sentido por otros climas y otros lugares. Nada cambia á su alrededor. Siempre están á su lado los mismos lirios amarillos, que salen, en forma de canastillo y entre piedras musgosas, de un estanque de agua fresca; y las hierbas húmedas sobre las que se posan los insectos extraviados que vienen del campo.

Más lejos, al sol, la fila de captus con sus grandes flores exóticas;—y después, siempre las mismas rosas blancas en las paredes; las mismas plantas trepando por todas partes,—más altas tal vez, más incultas, extendiéndose más á medida que la casa está más despoblada y más silenciosa.

Hace un mes de Junio delicioso; el cielo es muy puro y está muy azul. Y, sin embargo, no hay aquel esplendor del Oriente, ni aquella luz del Africa; esto es más velado, más dulce; es *otra cosa*. Y á veces siento la nostalgía de aquel hermoso sol y de aquel Baal implacable, que despide sus rayos allá lejos...

Hoy, pensando en Africa, he recordado por casualidad la imagen de Suleima.—¡Pobre saltamontes del desierto, rápidamente la he desechado de mi memoria, con una especie de pudor, pues no admito que su recuerdo venga á turbarme hasta aquí!

En aquel momento, ví pasar á mi madre adorada, con negro traje de viuda, y distinguí su dulce sonrisa. Cruzaba el patio por la sombra de una gran begoria de flores encarnadas—y desde lejos me pareció algo encorvada y con paso más indeciso. Tal vez las separaciones, las penas!... Esto me produjo una opresión inexplicable en el corazón, pensando que, en efecto, tiene ya muchos años, y calculando con inquietud cuántos años podría vivir aún, la que hoy resume todas mis afecciones en la tierra.

Y después me hice á mí mismo el formal juramento de no abandonarla, de permanecer siempre á su lado en la paz bienhechora del hogar...

Las sombras se alargaban, el sol se ponía más dorado y algunas flores se cerraban. La tarde se acercaba tibia y tranquila, mientras que las negras golondrinas, con gritos agudos y curvas vertigino-

sas, hacían por el aire su última caza del día, antes de que llegase la hora de los murciélagos. Yo miraba todas aquellas cosas que me eran familiares en mi infancia, con cierta melancolía dulce, como si hubiese concluído mis largos paseos por el mundo y no debiese ya perderlas nunca de vista.

...El amor que uno tiene por su madre es el único verdaderamente puro, verdaderamente inmutable; el único que no revela egoismo, ni nada,— que no produce decepciones ni amargura, el único que da un poco de motivo para que se crea en el alma y se espere la eternidad.

....

XVI

Todavía un año después. (Han pasado dos años desde el beso de despedida de Suleima.)

Si-Mohammed y yo corríamos á todo escape por el camino de Sidi-Ferruch á Argel.

Era en Mayo. El cielo cubierto y sombrío amenazaba con un diluvio y pusimos nuestros caballos al galope.

Ya nos acercábamos á Argel; el camino estaba lle-

no de ese gentío propio de los domingos que se volvía también por miedo á la lluvia; los marineros y los zuavos, fraternizaban en todas las tabernas, los tenderos de la calle de Bab-Asoun iban vestidos de fiesta y llenos de alegría. Nosotros cruzamos por entre aquella multitud que nos abría paso.

La tierra y la hierba que la cubría, mojadas por la lluvia de la víspera, estaban frescas y exhalaban buen olor.

A causa de la mucha gente tuvimos que andar más despacio. Los caballos hacían mil majaderías. El de Si-Mohammed saltaba, levantaba las cuatro patas á la vez haciendo mil cabriolas con las de delante, ó bien movía la cabeza de derecha á izquierda, intentando morder las botas de mi amigo, que eran de cuero de Marruecos, bordado de oro.

—¡Qué malo es! decía Mohammed, tranquilo, con acento árabe. Mira, ¡qué malo es!

El mio, que era de color de ratón con larga cola, se iba para todos lados y levantaba la cabeza con mucha gracia. No lo hacía con mala intención, pero era muy joven y tenía gana de juego. Yo le dejaba entregado á su gusto y sólo me ocupaba de admirar la calma que tenía Mohammed con su gran gacela encolerizada

Se oía el ruido de los cascos herrados, golpeando el suelo,—y el ruido—de los arneses de cuero, por los movimientos que hacía con el cuello,—y el soni-

do de los alzapaños de plata que llevaba el caballo de Mohammed colgando del petral,—y además en el camino las imprecaciones de la gente que huía y se resguardaba.

Cerca de la puerta Bad el-Oued, el penco negro de Mohammed dió de repente un gran salto (de los que se llaman «saltos de carnero») seguido de una coz, y el ginete, despedido por encima de la cabeza de su caballo, cayó hacia adelante sobre las manos.—«No es nada, dijo;—¡pero me he manchado los guantes!»—Se quedó muy cortado delante de toda aquella gente.

Volvió á montar, ágil como un Númida. En el momento, vi salir algunas gotas de sangre por debajo de las espuelas, y el caballo se extremeció—lanzando un relincho de dolor.

—«No lloverá más, dijo Mohammed; aún tendremos tiempo de atravesar la ciudad y de ir al Jardín de Ensayo á oir la música que toca á las cuatro» —Y cruzamos Argel.

Ocurrieron dos meros incidentes: mi caballo quiso á viva fuerza entrar hacia atrás en un puesto de zuavos,—y se empeñaba en conseguirlo á pesar de que mis espuelas hacían saltar rojas gotas de sangre que manchaban su traje, color de ratón.

Son graciosas estas ideas obstinadas que tienen los

animales. Nosotros, en general, cuando intentamos hacer cualquier cosa absurda, no sabemos por qué la deseamos. Y los animales, ¿lo sabrán?...

A la mitad del camino del jardín empezó la lluvia. Primero, las enormes gotas, caían pesadamente; después muy deprisa, y fué aquella una de esas lluvias torrencionales de Africa.

—A escape tuvimos que volver grupas.

XVII

Huíamos al galope bajo el aguacero, sorprendidos por aquel diluvio: Sí—Mohammed iba enteramente encorvado sobre la silla con la cabeza baja y su elegante albornoz mojado de agua y de lodo.

Dentro de la puerta Bab-Azoun, echamos pie á tierra para refugiarnos en el peristilo de un monumento público, entregando las riendas á unos trabajadores que había allí, arrimados á la pared.

—«¡Tengan VV. cuidado, que se pelean!»—exclamó Mohammed al marcharse.

Los hombres le comprendieron y tuvieron los caballos separados todo lo posible.

(Es muy conocida la costumbre que tienen los caballos árabes de reñir cuando están juntos.)

XVIII

El gran edificio nuevo, donde la lluvia nos había hecho entrar por casualidad, era el tribunal de guerra. — Estaban juzgando á una envenenadora, procedente de la zona militar del Sur.

Arriba, una galería dispuesta en forma de tribuna, dominaba la sala. Subimos allí y vimos á la acusada sentada en el banquillo. Estaba enteramente cubierta con un velo,— encogida, anonadada,—era una masa informe, en la que sólo se distinguían el albornoz y los blancos ropajes.

Los jueces eran viejos oficiales del ejército de Africa, de rostros amarillentos, lánguidos por las fatigas y la vida de guarnición.

Se leyó el acta de acusación, que extremecía.

Aquella mujer había envenenado sucesivamente á sus tres maridos, y por último, á la perra de un gran Agha.

Mohammed y yo mirábamos aquella forma blanca cargada de crímenes, y nos figurábamos, allí debajo, la fisonomía espantosa de una mujer vieja y siniestra.

El intérprete ordenó á la acusada que se levantara, y se quitara el velo.

Entonces, ella se adelantó hacia la mesa de los jueces; se despojó de su albornoz con rápido movimiento, y apareció, á la manera de Firnea, con su bello traje de árabe del Sur, el talle esbelto y la cabeza levantada...

—Yo la había adivinado antes de que descubriera su rostro. Desde que anduvo, desde que se levantó había presentido y reconocido aquel yo no se qué amado é inolvidable...

Y sin embargo, Suleima había cambiado mucho; estaba transfigurada y hermosísima. *El pequeño saltamonte del desierto* se había desarrollado de repente con aquel aire vivificante; bajo sus ámplias vestiduras había adquirido el esplendor de líneas de las estátuas griegas, se había convertido en mujer formada y admirable.

Llevaba desnudos los hermosos brazos, iba cubierta de brazaletes y de collares y llevaba el voluminoso tocado de lentejuelas de metal, que usan las mujeres del interior, y que añadía á su belleza cierto misterio de ídolo.

Paseaba en torno suyo la llama insolente de sus grandes ojos negros de veinte años, mirando con aplomo á aquellos hombres, en la seguridad de ser deseada por todos ellos.

Uno de los jueces, oficial de zuavos, mientras ella

volvía la cabeza, le enviaba un beso por detras; los demás sonreían cínicamente á la acusada y los más viejos se decían muy bajo groserías de cuartel...

Yo buscaba su mirada. Al fin subió hasta mí y se detuvo: sin duda cruzó por su espíritu un recuerdo, primero vago, después ya se acordaba mejor, me reconocía... Pero qué le importaba después de todo que fuese yo ó que fuese otro; yo no podía hacer nada por ella, y aquel sentimiento que la guió una mañana á darme un beso de muchacha, acaso no le duraría dos horas... En cuanto á mí, ahora que había entre nosotros una barrera de crímenes, que ella era una cosa perdida que pertenecía á la justicia y tan inviolable como una muchacha sagrada, me llevaba hacia ella un loco pensamiento de amor.

Hasta sus crímenes la revestían á mis ojos con cierto encanto tenebroso, y el recuerdo de haberla poseído me turbaba por completo. Hubiera querido decírselo á aquellos hombres que la codiciaban, hacer saber á todos que yo había conseguido su único beso verdadero, su único movimiento, un poco puro de ternura y de amor...

Ahora, ya había muerto en ella todo sentimiento humano; el vicio la dominaba por completo, y bajo aquella cubierta, todavía admirable, nada quedaba ya.

Sin embargo, cuando levantó los ojos hácia mí, me

pareció que cambiaban, que había en ellos aún algo de tierno, de suplicante, de casi bueno;—pero aquello pasó en el momento y cuando miraban al tribunal y á la multitud expresaban el desafío arrogante y duro.

Ningún remordimiento, ningún pudor.

Ella hablaba y el intérprete traducía:

«Sus maridos la habían arruinado, no tenía ni siquiera para comprar algo que comer con el pan de la cárcel. El último le había quitado todo el dinero y hasta su collar de tres hileras de luises de oro. El que llevaba ahora era de cobre;—y en prueba de ello, arrancaba los colgantes y se los tiraba á los jueces con desdén.

«En cuanto á la perra del Agha, no había nada de cierto. Toda la tribu podía decirlo: ¡se había muerto á consecuencia de una erupción propia de los perros!»...

....

El chubasco había pasado; eran las cinco.

Tuvimos que marcharnos de allí y volver á montar á caballo. Había por la noche una comida en el palacio de Mustafá, dada por el gobernador de Argel en honor de un gran duque de Rusia, y nuestros dos uniformes estaban invitados á ella. (Si-Mohammed era capitán del 1.° de Spahis.)

Partimos muy conmovidos por lo que habíamos

visto; irritados de pensar que ella estaba á merced de aquellos oficiales y que los jueces iban acaso á hacer cortar su hermosa cabeza.

Durante la comida, los dos estuvimos distraidos, —yo muy triste. Mi pensamiento se iba á menudo desde la sala iluminada en que yo estaba, á la obscura prisión donde dormía Suleima, y toda clase de proyectos insensatos germinaron en mi cabeza...

XIX

Al día siguiente, muy de mañana, me dirigí hacia el barrio de Argel en que está la carcel.

Aún duraba la calma deliciosa de las primeras horas del día; Baal resplandecía como un gran fuego de plata.

Como sucede generalmente, con la luz del sol había formado una idea más exacta de las situaciones y de las cosas. Sólo esperaba que yendo allá muy temprano, antes de que se levantasen los de la curia, obtendría tal vez, por medio de un procedimiento tan viejo como el mundo, permiso para verla.

Llamé á la puerta de la cárcel y afectando un tono muy natural y muy breve, me dirijí al centinela.

—Era imposible, naturalmente, ya lo había yo previsto: hubiera sido preciso dar muchos pasos, cuyo móvil nadie hubiera comprendido, y para los cuales además me faltaba el tiempo. (Partíamos al mediodía para Tunez.)

Tenía deseos de ofrecer dinero á aquel hombre, había venido para eso y era llegado el momento de arriesgar este golpe decisivo. Pero ahora dudaba: por casualidad tenía cara de ser honrado... No me atreví.

Además, no había sido condenada á muerte; según él me dijo, se habían declarado las pruebas insuficientes y solo se habían atrevido á imponerle cinco años de prisión.— Evidentemente, también á los jueces les parecía hermosa.

Y la historia concluyó de la manera más tonta del mundo. Dí un luis al centinela y le dije con un tono que quise hacer sencillo y atento: «Haga V. el favor de dárselo á Suleima, y de decirle que es de parte del Boumé que le daba terrones de azucar á la puerta de un café de Orán cuando era niña.»

¡Tanto peor! Yo quería por lo menos que mi recuerdo llegase una vez hasta ella, y no encontré nada mejor que este medio tan despreciable.

Si-Mohammed me esperaba en la esquina de la pla-

za del Gobierno; nos habíamos dado cita debajo de los arcos de un gran café francés que hay allí.—Sentado á la sombra, le conté aquella salida y sonrió con lijera ironía mirando á lo lejos el azul Mediterráneo.

Iban á dar las diez. El día se anunciaba extremadamente cálido, y torbellinos de polvo comenzaban á levantarse por las calles.

Arriba brillaba Baal con un resplandor débil y pesado; el cielo se obscurecía, tomando ese color plomizo que es peculiar á los días abrumadores en que sopla el siroco del desierto.

Dieron las once, terminaron las agradables correrías de Argel.—Era tiempo de partir,—tal vez para no volver nunca...

Si—Mohammed vino á acompañarme á la chalupa. Bajamos juntos por las anchas escaleras de la Marina, al muelle que estaba desierto é inundados de sol.

Y al medio día, cuando ví alejarse á Argel, tan blanco, con su gran calor, con aquel cielo obscurecido, me puse á pensar en el Gran-Desierto, al que habia olvidado un poco desde hacía cinco años, á consecuencia de mis viajes posteriores. Sentía la proximidad de esa inmensa hornaza del Sahara que por detras de la ciudad y del Sahel nos enviaba su sed y su arena.—Y he aquí, que en vez de sentir ahora pena por abandonar á Suleima y á Argelia, lo que

sentía era una pena punzante por separarme del desierto; pena por Bled-el-Ateuch, el mayor y el más misterioso, de los santuarios de Baal; pena por el Sudán negro,—por aquel tiempo ya lejano en que he vivido y he sufrido allí... Y comprendo una vez más que es una locura recorrer el mundo entero, aclimatarse á todas partes, adherirse á todo, vivir cinco ó seis existencias humanas, en lugar de una sola buena, que es lo que hacen las gentes sencillas que permanecen y mueren en el rincón, siempre querido, donde sus ojos se abrieron á la luz.

XX

Suleima, la tortuga, es una persona de costumbres ordenadas que vivirá lo menos cien años.

—Las tortugas, como los reptiles, duran indefinidamente. Aún se paseará al sol por el blanco empedrado, entre los tiestos de captas con flores encarnadas, cuando dentro de mucho tiempo, la verdadera Suleima y yo, hayamos muerto;—ella en algún tugurio de prostitutas después de haber vendido y revendido su forma admirable,—y yo ¿quién sabe dónde?... Ya no habrá huella de nosotros debajo del sol, ni de nuestros cuerpos, ni de nuestras

dos almas tan diferentes, aunque un instante aproximadas por ese encanto inconsciente de los sentidos, por ese misterio extraño que constituye el amor...

Y cuando mis biznietos miren á Suleima la tortuga, correr entre las flores que produzcan los veranos de entonces, les contarán que este animal fué cogido en Argelia por uno de su abuelos, por un ascendiente desconocido.

Con seguridad, ellos no lograrán representarse esta captura hecha en invierno, en la montaña de Orán, en un obscuro día de viento y lluvia, en medio de florestas delicadas.

¡Y el abuelo aparecerá también ante ellos cubierto por extrañas tintas de leyenda!...

XXI

Esos niños del porvenir encontrarán escrita aquí, casi por completo, la sencilla historia del abuelo y la tortuga...

FIN

SUPLEMENTO AL CATÁLOGO

DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD

DE

EL COSMOS EDITORIAL

CASA FUNDADA EN 1883

PREMIADA

en la Exposición Literario-Artística de Madrid (1884-85)
con diploma de primera clase,
y con la medalla de Instrucción Pública
por el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela

MADRID, ARCO DE SANTA MARÍA, 4, MADRID

1889

PRIMERA PARTE

LITERATURA

OBRAS DE ADOLFO BELOT (1)

Loca de amor.—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 334 páginas, 2,50.

La culebra (continuación de *Loca de amor*).—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 352 páginas, 2,50.

Las corbatas blancas.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

La explotación del secreto (continuación de *Las corbatas blancas*).—Versión castellana de Pedro Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 352 páginas, 2,50.

La pecadora.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 346 páginas, 2,50.

Una luna de miel en Monte-Carlo.—Ilustrada con varias láminas.—Jugadores.—Salón y mesas de la ruleta y del treinta y cuarenta del Casino de Monte-Carlo.—Aventuras curiosas y divertidas de dos recién casados.—Su estancia en Monte-Carlo.—Guía del viajero y del jugador en aquella localidad.—Medios infalibles de perder el dinero.—Consejos que servirán acaso para ganar, ó al menos para defenderse, 3 y 3,50.

Melinita.—Versión castellana de H. Regin: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE JULIO CLARETIE
(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

Juan Mornas.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50.

---

(1) En todas las obras contenidas en el presente catálogo, el precio menor que se les asigna, es el de las obras encuadernadas á la rústica, y el precio mayor, el de las obras encuadernadas en tela, tratándose de novelas y obras literarias, y en pasta española, tratándose de obras de medicina. Los precios son por pesetas.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, acompañando el importe en letras de fácil cobro, libranzas del Giro mutuo, sellos de Correos de la Península ó billetes de los Bancos de España, Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes, es preciso certificar las cartas.

Noris.—Costumbres del día.—Versión castellana de C. F.: un tomo en 8.º mayor de 383 páginas, 2,50 y 3.

La fugitiva.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 3 y 3,50.

La querida.—Versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

El Señor Ministro.—Novela parisiense.—Versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

Santiaguito.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 380 páginas, 2,50 y 3.

Un diputado republicano (Michel Berthier).—Versión castellana de C. de Torre-Muñoz: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 y 3.

Una mujer de gancho.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 y 3.

El último foso.—Versión castellana de un redactor de EL COSMOS: dos tomos en 8.º mayor, de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

Roberto Burat.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 y 3.

El Príncipe Zilah.—Versión castellana de un redactor de EL COSMOS: un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 y 3.

Los amores de un interno.—Versión castellana de Max M. Velázquez: dos tomos en 8.º mayor de 760 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

La casa vacía.—Versión castellana de Teodoro de la P. Belmonte: un tomo en 8.º de 401 páginas, 2,50 y 3.

¡Candidato!—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 404 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE JORGE OHNET

Lise Fleurón.—Versión castellana de José de Olave: un tomo en 8.º mayor de 528 páginas, 2,50.

El gran margal.—Versión castellana de J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 480 páginas, 3.

Las señoras de Croix-Mort.—Versión castellana de Carlos de Ochoa y Madrazo: un tomo en 8.° mayor de 300 páginas, 3.

Negro y rosa.—Versión castellana de Carlos de Ochoa: un tomo en 8.° mayor de 328 páginas, 3 y 3,50.

OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS

Paulina.—Pascual Bruno.—Versión castellana de D. E. de O.: un tomo en 8.° mayor de 415 páginas, 3 y 3,50.

Amaury.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.° mayor de 432 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE OCTAVIO FEUILLET

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

La muerta. — Versión castellana de Carlos de Ochoa y Carlos Frontaura: un tomo en 8.° mayor de 331 páginas, 3.

Los amores de Felipe. — Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.° mayor de 350 páginas, 2,50.

Un matrimonio en la aristocracia.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.° mayor de 312 páginas, 2,50.

El Conde Luis de Camors.—Versión castellana de F. Norberto Castilla; un tomo en 8.° mayor de 370 páginas, 2,50 y 3.

La novela de un joven Pobre.—LA CONDESITA. —Versión castellana de F. Norberto Castilla: un tomo en 8.° mayor de 412 páginas, 2,50 y 3.

El viajero.—LA PARTIDA DE DAMAS. — ONESTA.— ALIX.—Versión castellana de C. de Ochoa: un tomo en 8.° mayor de 360 páginas 3 y 3,50.

El divorcio de Julieta.—CARIBDIS Y SCILA.—EL CURA DE BOURRON.—Versión castellana de C. Vidal, 1,50.

OBRAS DE EMILIO GABORIAU

Matrimonios de aventura.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.° mayor de 350 páginas, 2,50 y 3.

Los hombres de paja.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.° de 336 páginas, 2,50 y 3.

El dinero de los otros (continuación de *Los hombres de paja*).—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.° mayor de 320 páginas, 2,50 y 3.

El proceso Lerouge.—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.° mayor de 420 páginas, 2,50 y 3.

(La vida infernal).—**Pascual y Margarita.**—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.° mayor de 424 páginas, 2,50 y 3.

(La vida infernal).—**Lía de Argeles** (continuación de *Pascual y Margarita*).—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.° mayor de 470 páginas, 2,50 y 3.

(La cuerda al cuello).—**El incendio de Valpinson.**—Versión castellana de Ricardo de Vargas: un tomo en 8.° mayor de 400 páginas, 2,50 y 3.

(La cuerda al cuello).—**El veredicto.**—Versión castellana de Ricardo de Vargas: un tomo en 8.° mayor, 2,50 y 3.

Los amores de una envenenadora.—Versión castellana de Antonio Sendras Burín: un tomo en 8.° mayor de 350 páginas, 3 y 3,50.

(Los esclavos de París).—**Los delatores.**—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.° mayor, 2,50 y 3.

(Los esclavos de París).—**Los secretos de la casa de Champdoce.**—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.° mayor, 3 y 3,50.

El legajo núm. 113.—Versión castellana: dos tomos en 8.° mayor, 5 y 6.

El crimen de Orcival.—Versión castellana de D.ª Joaquina Balmaseda: dos tomos en 8.° mayor de más de 600 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

La canalla dorada.—Versión castellana de doña Joaquina Balmaseda: ídem íd. íd. de más de 650 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

El capitán Coutanceau.—Versión española de Miguel Bala: un tomo en 8.° mayor cerca de 400 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE JORGE SAND

El castillo de Flamarande.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.° mayor de 324 páginas, 2,50 y 3.

Los dos hermanos (continuación de *El castillo de Flamarande*).—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.° mayor de 340 páginas, 2,50 y 3.

Mi hermana Juana.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.° mayor de 340 páginas, 2,50 y 3.

Valentina.—Versión castellana de D. Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española: un tomo en 8.° mayor de 564 páginas, 3 y 3,50.

Cesarina Dietrich.—Versión castellana de doña Joaquina García Balmaseda: un tomo en 8.° mayor de 336 páginas, 2,50 y 3.

El Marqués de Villemer.—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.° con un bonito cromo en la cubierta, 1.

Indiana.—Versión castellana de Eugenio de Ochoa (de la Real Academia Española): un tomo en 8.° mayor de 368 páginas, 2,50 y 3.

Juan de la Roca.—Versión castellana de C. San Román: un tomo en 8.° mayor de más de 340 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE PAUL BOURGET

Mentiras.—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.° mayor de 355 páginas, 2,50 y 3.

Cruel enigma.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.° mayor de 290 páginas, 2,50 y 3.

Un crimen de amor.—Versión castellana de F. de Madrazo: un tomo en 8.° mayor de 323 páginas, 2,50 y 3

OBRAS DE PIERRE LOTI

Mi hermano Ives.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.° mayor de 376 págs., 2,50 y 3.

Recuerdos de destierro.—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.° mayor de 308 páginas, 2,50 y 3.

Aziyadé.—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.° mayor, 2,50 y 3.

Flores de hastío.—Versión castellana de J. López Sendino: un tomo en 8.° mayor, 2,50 y 3.

El Casamiento de Loti.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.° mayor de más de 300 páginas, 2,50 y 3.

Madame Chrysanthème.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.° mayor de más de 340 páginas, 2,50 y 3.

La historia de un Spahi.—Un tomo en 8.° mayor de más de 300 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE ANDRÈ THEURIET

Pecado mortal.—Versión castellana de A. Vascáno y Honoré d'Elthour: un tomo en 8.° mayor, de más de 300 páginas, 2,50 y 3.

La boda de Gerardo.—Una Ondina.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.° mayor de más de 350 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE EMILIO ZOLA

Germinal.—Versión castellana de Angel de Luque segunda edición: dos tomos en 8.° mayor, de más de 1.000 páginas entre los dos tomos, 6 pesetas en rústica.

Su excelencia Eugenio Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.° mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5.

El vientre de París.—Versión castellana de Enrique Meric: dos tomos en 8.° mayor, de más de 600 páginas entre los dos tomos, 5.

La confesión de Claudio.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.° mayor de 380 páginas, 3 y 3,50.

La fortuna de los Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.° mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

La conquista de Plassans.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.° mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

Aneta Micoulin.—Versión castellana de Félix del Valle: un tomo en 8.° mayor de 356 páginas, 3.

La caída del Padre Mouret.—Versión castellana de J. Tadince: dos tomos en 8.° mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

Magdalena Ferat.—Versión castellana de Enrique Martínez: un tomo en 8.° mayor de 444 páginas, 3 y 3,50.

Cuentos á Ninon.—(A Ninon.—Simplicio.—El tarjetero de baile.—El ideal de amor.—El hada amorosa.—¡Sangre!—Los ladrones y el asno.—Hermana de los pobres.—Aventuras de Sidonio el grande y del pequeño Mederico.)—Versión castellana de A. Mira: un tomo en 8.° mayor de 350 páginas, 3 y 3,50.

Nuevos cuentos á Ninón.—Un baño.—Las fresas.—El gran Michú.—El Ayuno.—Los hombros de la Marquesa.—Mi vecino Santiago.—El paraíso de los gatos.—Lilia.—La leyenda del Capita azul del amor.—El herrero.—La crisis.—La aldeilla.—Recuerdos.—Las cuatro jornadas de Juan Gourdon).—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.° mayor de 370 páginas, 3 y 3,50.

Los misterios de Marsella.—Versión castellana de F. de Madrazo y Álvarez Veriña: dos tomos en 8.° mayor de más de 730 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

La tierra. — Versión castellana de León Ballcag: dos tomos en 8.° mayor de 700 páginas entre los dos tomos, 6 y 7.

OBRAS DE VARIOS AUTORES

ARAMIS.—**Literatura de Bonafoux**: un tomo, 3.

ARAMBILET.—**Agnes:** narración del día: un tomo en 8.° mayor, 1.

ARMONICUS.—**La Gioconda:** ensayo crítico analítico sobre *La Gioconda*, ópera de A. Ponchielli: 0,50.

BARBEY D'AUREVILLY.—**Lo que no muere:** versión castellana de Ricardo Pérez: un tomo en 8.° mayor de 496 páginas, 2,50.

BOUVIER.—**Las borgoñas del día:** versión castellana de Ángel de Luque: dos tomos en 8.° mayor de cerca de 1.000 páginas entre los dos tomos, 5.

CÁNOVAS DEL CASTILLO (Antonio).—**La campana de Huesca**: *Crónica del siglo XII*: un tomo, 5.

CANIZO.—**Justicia y Providencia:** novela de costumbres: un tomo en 8.° mayor de 432 páginas, 2,50.

CARMEN SILVA *(S. M. la Reina de Rumanía).*—**Flores y perlas.**—Versión castellana de D.ª Faustina Sáenz de Melgar: un tomo en 8.° mayor de más de 340 páginas, 2,50 y 3.

CUBAS.—**El ángel del presidio:** novela: un tomo en 8.° mayor, 1,50.

IDEM.—**La mortaja de limosna:** novela: un tomo en 8.° mayor, 1,50.

IDEM.—**El panal de miel:** un tomo en 8.° mayor de 544 páginas, 2,50.

CUENTOS Y NOVELAS ESCOGIDAS de Balzac, Hoffmann, Edgard Poe, Scholl, etc., etc.: un tomo en 8.° mayor de 400 páginas, 2,50.

DELPIT.—**Las represalias de la vida:** versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.° mayor de 416 páginas, 2,50.

DICKENS.—**Días penosos:** versión castellana del licenciado Barbadillo: un tomo en 8.° mayor de 524 páginas, 2,50.

EÇA DE QUEIROS.—**El primo Basilio:** versión castellana de un aprendiz de hacer novelas: dos tomos en 8.° mayor de cerca de 900 páginas entre los dos tomos, 5.

EDMOND.—**La leñadora:** versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.° mayor de 436 páginas, 2,50.

ENAULT.—**Gabriela de Celestange:** versión castellana de A. de Luque: un tomo en 8.° mayor de 432 páginas, 2,50.

ENNERY.—**El Príncipe de Moria:** versión castellana de Ricardo de Hinojosa: un tomo en 8.° mayor de 384 páginas, 2,50.

FLAUBERT (Gustavo).—**Salammbó:** versión castellana de A. Mora: un tomo en 8.° mayor de 348 páginas, 2,50 y 3.

FORTUNIO.—**La Virgen de Belém:** versión cas-

tellana de Carlos B. Figueredo: un tomo en 8.° mayor de 400 páginas, 2,50.

GALERIA DE DESGRACIADOS. — (Poesías por varios escritores y escritoras): un tomo en 8.°, 1.

GAUTIER.—**Fortunio. La muerta enamorada:** versión castellana de un aprendiz de estilista: un tomo en 8.° de 372 páginas, 2,50.

IDEM.—**Novelas cortas:** (El vellocino de oro.—El nido de ruiseñores.—Una noche de Cleopatra.—El perrito de la Marquesa.—El Rey Candaule.—La cadena de oro): versión castellana de un aprendiz de estilista: un tomo en 8.° mayor de 332 páginas, 2,50.

HOUSSAYE.—**La comedianta:** versión castellana de un redactor de *El Cosmos*: un tomo en 8.° mayor de 400 páginas, 2,50.

LA CERDA.—**El gran problema:** un tomo en 8.° mayor de 416 páginas, 2,50.

LA CERDA.—**La tela de araña:** (Historia de una mujer): un tomo en 8.° mayor, 1.

LOPEZ GULJARRO. — **Tierra y cielo:** un tomo, 3.

MAHALIN.—**La bella horchatera:** versión castellana de J. Olave: dos tomos en 8.° mayor de cerca de 800 páginas entre los dos tomos, 5.

MALOT.—**Zyta la saltimbanquis:** versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.° mayor de 360 páginas, 2,50 y 3.

MUSSET.—**La confesión de un hijo del siglo:** versión castellana de Ricardo Gil: un tomo en 8.° mayor de 320 páginas, 2,50 y 3.

ORTEGA MUNILLA. — **Orgía de hambre:** un tomo en 8.° mayor de 448 páginas, 2,50.

OSSORIO Y BERNARD.—**Cuadros de género trazados á pluma:** un tomo en 8.°, 2.

IDEM.—**Romances de ciego.** (Poesías): un tomo en 8.°, 1.

IDEM.—**Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol:** un tomo en 8.°, 2.

PIERRE SALES.—**¡Incendiario!** Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.° mayor de cerca de 400 páginas, 2,50 y 3.

RIVIERE.—**El combate de la vida:** versión cas-

tellana de Pedro Sañudo Autrán: tres tomos en 8.° mayor de 1.200 páginas entre los tres tomos, 7,50.

SIMON (Julio).—**Dios, patria y libertad:** versión castellana de J. Orellis: un tomo en 4.° de 328 páginas, 5.

SOLES EGUÍLAZ.—**En el quinto cielo:** un tomo en 8.° mayor de 428 páginas, 2,50.

TRUEBA.—**El gabán y la chaqueta:** dos tomos en 8.° mayor de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5.

VEGA (Federico de la). — **Menudencias filosóficas.**—*Cartas á Severo Seralín*: un tomo, 4.

ULBACH.—**El suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote:** versión castellana de Carlos Nésgra: un tomo en 8.° mayor de 436 páginas, 2,50.

VASCANO.—**Javier Malo:** un tomo en 8.° mayor de 464 páginas, 2,50.

X.***—**Al lado de la dicha:** versión castellana de Enrique Nésgra: un tomo en 8.° mayor de 356 páginas, 2,50.

ZACCONE.—**Los dramas de la Bolsa:** versión castellana de Faustina Sáez de Melgar: un tomo en 8.° mayor de 436 páginas, 2,50.

WILKIE COLLINS.—**¿Señorita ó señora?** (Un drama de la vida privada): versión castellana de Ángel de Luque: un tomo en 8.° mayor de 344 páginas, 2,50 y 3.

SEGUNDA PARTE

MEDICINA (1)

CHARCOT.—**Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso,** dadas en la Salpêtrière,

(1) En todas las obras contenidas en el presente catálogo el precio menor que se las asigna es el de las obras encuadernadas á la rústica, y el precio mayor el de las obras encuadernadas en tela, tratándose de las novelas y obras literarias, y en pasta española tratándose de obras de medicina.

Los precios son por pesetas.

coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa, por D. Manuel Flores y Plá, 1882: dos tomos en 4.° con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas, con cerca de 1.100 páginas entre los dos tomos, 26 y 29.

FONSSAGRIVES *(obra de texto).*—**Tratado de materia médica,** traducido y anotado por el doctor D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor: tres tomos en 4.° con más de 2.000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto, 30 y 34,50.

IDEM.—**Tratado de la Higiene de la infancia,** traducido y anotado por D. Manuel Flores y Plá: un tomo en 4.° de 720 páginas, 10 y 11,50.

IDEM.—**Higiene y saneamiento de las poblaciones:** versión castellana del doctor Eduardo Blanco Vázquez: un tomo en 4.° de cerca de 600 páginas, 6 y 7,50.

FONSSAGRIVES *(obra de texto).*— **Formulario terapéutico para uso de los prácticos:** versión castellana de D. Hipólito Carilla y Barrios: un tomo en 8.° mayor de 500 páginas, 5 y 6.

POUILLET.—**Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del onanismo en la mujer:** un tomo en 8.° mayor de más de 200 páginas, 2,50 y 3,50.

IDEM.—**La espermatorrea:** Tratado de las pérdidas seminales, traducido de la última edición francesa: un tomo en 8.° mayor de más de 300 páginas, 2,50 y 3,50.

IDEM.—**Tratado de los flujos blenorrágicos, contagiosos, agudos y crónicos del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto; de sus accidentes y de sus complicaciones, seguido de un estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos:** versión castellana del doctor D. Eduardo Blanco: un tomo en 8.° mayor de cerca de 600 páginas, 4 y 5.

IDEM.—**Estudio médico-psicológico sobre el onanismo en el hombre:** Versión castellana de

D. José de Olave y Alonso: un tomo en 8.° mayor de cerca de 500 páginas, 3 y 4.

DUMONTPALLIER.—**La metaloscopia y la metaloterapia ó el burquismo,** conferencias dadas por el Dr. Dumontpallier, seguidas del estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del doctor Burq. Versión castellana de D. Manuel Flores y Plá: un tomo en 4.° de más de 200 páginas, 3 y 4,25.

SANTERO *(obra de texto).*—**Elementos de Higiene privada y pública:** dos tomos en 4.° con más de 1.400 páginas entre los dos tomos, 20 y 23.

NUÑEZ.—**Estudio médico del veneno de la Tarántula,** según el método de Hahnemann, precedido de un resumen histórico del tarantulismo y tarantismo: 1864: un tomo en 4.° mayor de más de 200 páginas, 5 y 6,50.

VERDOS.—**Acción terapéutica del alcohol en las pneumo y cardiopatías agudas:** obra premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona: un tomo en 8.° mayor de 250 páginas, 2 y 3.

AUDHOUI.—**Tratado de las enfermedades del estómago:** versión castellana de H. Carilla: un tomo en 8.° mayor de 424 páginas, 2,50 y 3,50.

JACCOUD.—**Lecciones de Clínica Médica,** dadas en el Hospital de la Piedad (primera serie: años 1883-84). Versión castellana de D. Esteban Sánchez de Ocaña: un tomo en 4.° con 12 grabados intercalados en el texto y cerca de 600 páginas, 12,50 y 14.

IDEM.—**Lecciones de Clínica Médica,** dadas en el Hospital de la Piedad (segunda serie: años 1884-85). Versión castellana de D. Javier Santero: un tomo en 4.° con 36 grabados intercalados en el texto y cerca de 700 páginas, 12,50 y 14.

IDEM.—**Lecciones de Clínica Médica,** dadas en el Hospital de la Piedad (tercera serie: años 1885-86). Versión castellana de D. Javier Santero: un tomo en 4.° con 36 grabados intercalados en el texto y cerca de 700 páginas, 12,50 y 14.

MARISCAL (Nicasio).—**Higiene de la vista en las escuelas:** Obra laureada por la Sociedad Españo-

la de Higiene en el concurso público de 1887: forma un tomo en 8.° mayor de 232 páginas, ilustrado con 11 foto-grabados, 2 y 3.

EN PUBLICACIÓN

Tratado de Medicina legal, de jurisprudencia médica y de toxicología, por Legrand du Saulle, médico del Hospital de la Salpêtrière de París, perito de los Tribunales, miembro fundador de la Sociedad de Medicina legal, etc., etc.; Georges Berryer, abogado del Tribunal de apelación de París, y Gabriel Pouchet, profesor agregado de la Facultad de Medicina de París, jefe del laboratorio del Hospital de Saint-Louis, perito de los Tribunales, etc., etc.: Obra premiada por el Instituto de Francia. Traducida, anotada y aumentada con la legislación médico-legal española, la inglesa y las de las diferentes Repúblicas americanas, comparada y comentada por el Dr. D. Teodoro Yáñez y Font, profesor de Medicina Legal y Toxicología en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, socio de varias Academias científicas nacionales y extranjeras; D. Carlos Núñez y Granés, licenciado en Derecho civil y canónico y en Derecho administrativo, abogado del ilustre Colegio de Madrid, exdiputado á Cortes, etc., y D. Eduardo Blanco, exmédico forense. Van publicados cinco cuadernos, á 3 pesetas cada cuaderno.

Manual de técnica anatómica, que comprende todas las materias de la asignatura de Disección, por D. Federico Olóriz Aguilera, catedrático por oposición de Anatomía descriptiva en la Facultad de Medicina de Madrid, y exayudante disector y exprofesor de Disección en la de Granada. Van publicados cuatro cuadernos, á 3 pesetas cada cuaderno.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, sellos de correos de la Península ó billetes de los Bancos de España, Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes es preciso certificar las cartas.

DIRECCIÓN

"COSMOS„ MADRID... { *Para telegramas.* / *Direktion telegraphisth.* / *Telegraphic direction.* / *Direzione telegrafico.* / *Adresse Télégraphique.*

MADRID, 1889.—Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934